LA TRANSFORMACIÓN DE LA INTIMIDAD

SEXUALIDAD, AMOR Y EROTISMO EN LAS SOCIEDADES MODERNAS

LECTURA Y CULTURA SIN ECONOMOS
BIBLIOTECA
www.lecturasinegoismo.com

Anthony Giddens

CATEDRA

open access

La transformación de la intimidad

Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas

Colección Teorema
Serie mayor

Anthony Giddens

La transformación de la intimidad

Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas

SEGUNDA EDICIÓN

CATEDRA
TEOREMA

Título original de la obra:
The Transformation of Intimacy
Sexuality, Love & Eroticism in Modern Societies

Traducción: Benito Herrero Amaro

Creative Commons

© Anthony Giddens, 1992
Ediciones Cátedra, S. A., 1998
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 7.675-1998
ISBN: 84-376-1324-8
Printed in Spain
Impreso en Gráficas Rógar, S. A.
Navalcarnero (Madrid)

Índice

PREFACIO 9

INTRODUCCIÓN 11

Capítulo I. EXPERIMENTOS COTIDIANOS, RELACIONES, SEXUALIDAD 15

Cambio social y conducta sexual 19
Heterosexualidad, homosexualidad 22

Capítulo II. LAS TEORÍAS DE FOUCAULT SOBRE LA SEXUALIDAD 27

Sexualidad y cambio institucional 31
Reflexividad institucional y sexualidad 36
La decadencia de la perversión 40

Capítulo III. AMOR ROMÁNTICO Y OTRAS FORMAS DE AFECTIVIDAD 43

Matrimonio, sexualidad y amor romántico 44
Papeles de los sexos y amor 47

Capítulo IV. AMOR, COMPROMISO Y EL NUEVO MODELO DE RELACIÓN AFECTIVA 53

El romance de la búsqueda 54
Mujeres, matrimonio, relaciones 56
Mujeres, hombres y amor romántico 61
Amor romántico frente a amor confluente 63

Capítulo V. AMOR, SEXO Y OTRAS ADICCIONES 67

Sexo y deseo 68
La naturaleza de la adicción 71
Adicción, reflexividad, autonomía del yo 74
Implicaciones para la sexualidad 77
Sexualidad y seducción 81

Capítulo VI. El significado sociológico de la codependencia 85

La naturaleza de la codependencia 86
La adicción y el problema de la intimidad 90
Intimidad, parentesco y paternidad 93
Padres e hijos 95
¿Padres tóxicos? 100

Capítulo VII. Turbulencias personales, trastornos sexuales 105

Sexualidad y teoría psicoanalítica: comentarios preliminares 106
Desarrollo psicosocial y sexualidad masculina 108
Sexualidad masculina, compulsividad y pornografía 110
Violencia sexual masculina 113
Sexualidad femenina: el problema de la complementariedad 116
Papel sexual, intimidad y cuidados 121

Capítulo VIII. Las contradicciones de la pura relación personal 125

La pura relación personal: ruptura y reconstrucción 126
Lesbianismo y sexualidad masculina 130
Homosexualidad y encuentros episódicos 134
Hombres y mujeres: ¿juntos o separados? 136
La separación de los sexos 140

Capítulo IX. Sexualidad, represión, civilización 145

Sexo y represión: Reich 145
Herbert Marcuse 150
Las posibilidades del radicalismo sexual 154
Represión institucional y la cuestión de la sexualidad 158
La modernidad como obsesión 160
Emancipación sexual 162
Conclusión 165

Capítulo X. La intimidad como democracia 167

El significado de la democracia 167
La democratización de la vida personal 171
Mecanismos 174
Sexualidad, emancipación, política de vida 177

Prefacio

Muchas personas han leído y comentado posteriormente los borradores de este libro. En la medida en que he sido capaz, he intentado tener en cuenta la mayor parte de las críticas recibidas. Quiero dar las gracias especialmente a Grant Barnes, Michèle Barret, Theresa Brennan, Montserrat Guiberneau, Rebeca Harkin, David Held, Sam Hollick, Graham McCann, Heather Warwick, Jeffrey Weeks y a un revisor anónimo de Stanford University Press. Citaré también a Avril Symonds, por su trabajo en la preparación del manuscrito y a Helen Jeffrey por su concienzuda edición de la copia.

He pretendido producir un libro accesible a la mayor parte de los lectores que se tomen el trabajo de leerlo. Por esta causa, he evitado utilizar tecnicismos siempre que ha sido posible; incluso cuando he penetrado en áreas de cierta complejidad. He utilizado una gran variedad de fuentes, mas en aras de la facilidad de lectura he reducido al mínimo las referencias y las citas a pie de página. Acaso necesite cierto comentario aquí una referencia que he utilizado extensamente, se trata de la psicología de la auto-ayuda. Despreciada por muchos, ofrece a mi entender opiniones de inestimable valor. Yo mismo me defino en su favor y declaro adherirme a sus postulados, en la mayor medida que puedo, al desarrollar mis argumentos.

Introducción

La sexualidad es un tema que puede parecer de poca relevancia pública, ya que en principio aunque sea una cuestión absorbente, es de índole privada. Es también un factor constante porque es un factor biológico y necesario para la continuación de la vida de la especie. De todas formas, el sexo se proyecta siempre en el dominio público y —sobre todo— habla el lenguaje de la revolución. Se dice que en las pasadas décadas se ha producido una revolución sexual y se han depositado esperanzas en este terreno de la sexualidad por muchos pensadores, para quiénes la sexualidad representa un reino potencial de libertad, no reducido por los límites de la civilización contemporánea.

¿Cómo interpretar estas pretensiones? Ésta es la pregunta que me movió a escribir este libro. Me puse a escribir sobre sexo, y me encontré escribiendo también sobre amor y sobre los comportamientos específicos de los hombres y de las mujeres. Las obras sobre el sexo tienden a contextualizarse en el juego de los papeles masculino y femenino. En algunos de los estudios más notables sobre la sexualidad escritos por hombres, no hay ni una sola mención al amor y el tema de los comportamientos específicamente masculinos o femeninos constituye un apéndice. Hoy, por primera vez en la historia, las mujeres exigen la igualdad con el hombre. En las líneas que siguen no intento analizar en qué medida persisten en los dominios político y económico las desigualdades sexuales. Me referiré —en cambio— a un orden emocional en el que las mujeres —mujeres ordinarias en sus vidas cotidianas, así como grupos feministas muy concienciados— han protagonizado en vanguardia cambios de enorme importancia. Éstos se refieren esencialmente a una exploración de las potencialidades de la llamada "relación pura", es decir una relación de igualdad sexual y emocional, que tiene connotaciones explosivas res-

pecto de las formas preexistentes de las relaciones de poder entre los diversos papeles sexuales establecidos.

El surgimiento del amor romántico proporciona un estudio casuístico de la relación pura. Los ideales del amor romántico han influido más, durante mucho tiempo, en las aspiraciones de las mujeres que en las de los hombres; aunque éstos, desde luego, también hayan sido condicionados por ellos. El *ethos* del amor romántico tiene un doble impacto sobre la situación de las mujeres. Por un lado, ha contribuido a poner a la mujer "en su sitio", que es la casa. Por otro lado, en cambio, el amor romántico puede ser visto como un compromiso activo y radical contra el "machismo" de la sociedad moderna. El amor romántico presupone que se puede establecer un lazo emocional duradero con el otro sobre la base de unas cualidades intrínsecas en este mismo vínculo. Es el precursor de la "pura relación", aunque esté en tensión con ella también.

La emergencia de lo que yo llamo sexualidad plástica es crucial para la emancipación, implícita tanto en la pura relación como en la reivindicación del placer sexual por parte de las mujeres. La sexualidad plástica es una sexualidad descentrada, liberada de las necesidades de la reproducción. Tiene sus orígenes en la tendencia, iniciada a finales del siglo XVIII, a limitar estrictamente el número familiar; pero se desarrolla posteriormente, como resultado de la difusión de la moderna contracepción y de las nuevas tecnologías reproductivas. La sexualidad plástica puede quedar moldeada como un rasgo de la personalidad y se une intrínsecamente con la identidad. Al mismo tiempo —en principio— libera la sexualidad de la hegemonía fálica, del desmedido predominio de la experiencia sexual masculina.

Las sociedades modernas tienen una historia emocional clandestina que está aún por revelar. Se trata de la historia de las aspiraciones sexuales de los hombres, que se han mantenido disociadas de sus personalidades públicas. El control sexual de las mujeres por parte de los hombres es más que un rasgo incidental de la vida social moderna. En la medida en que el control en cuestión se relaja, aparece bien a las claras el carácter compulsivo de la sexualidad masculina. La decadencia de este control menguante genera también una oleada creciente de violencia masculina hacia las mujeres. En este momento, se ha abierto un abismo entre los sexos y no se puede decir con certeza cuándo se tenderá un puente.

No obstante, las posibilidades cada vez más radicalizadas de la transformación de la intimidad son muy reales. Algunos han proclamado que esta intimidad puede ser opresiva y, evidentemente, puede serlo si se la considera como algo muy estricto y cerrado. Aunque si se la concibe como una negociación transaccional de lazos persona-

les por parte de personas iguales, el hecho aparece a una luz diferente. La intimidad implica una absoluta democratización del dominio interpersonal, en una forma en todo homologable con la democracia en la esfera pública. Hay todavía más implicaciones. La transformación de la intimidad puede tener una influencia subversiva sobre las instituciones modernas consideradas como un todo. La esfera social, en la que la realización emocional sustituye a la meta del crecimiento económico, sería muy diferente de lo que hemos conocido hasta el presente. Los cambios que afectan ahora a la sexualidad son revolucionarios, no en la superficie sino en profundidad.

CAPÍTULO PRIMERO

Experimentos cotidianos, relaciones, sexualidad

En su novela *Before She Met Me (Antes de que ella me encontrase),* Julian Barnes describe el destino de un tal Graham Hendrick, historiador universitario, que ha abandonado a su mujer e hijos y ha comenzado una relación con otra mujer. Cuando comienza la novela, Graham está al filo de los cuarenta años, ha permanecido casado durante quince años, se encuentra "en la mitad del camino de la vida" y "puede sentir ya que se desliza cuesta abajo por la colina". En una fiesta conoce a Ann, que anteriormente fue actriz cinematográfica de reparto y que ahora se ha convertido en compradora de modas. Por cierta razón su encuentro suscita en él sentimientos de esperanza y exaltación que apenas recordaba. Siente que su línea de comunicación con otra persona, interrumpida hace veinte años, se ha restablecido repentinamente y se siente "una vez más capaz de locuras e idealismo".

Tras una serie de encuentros clandestinos, que se convierten en un asunto escandaloso, Graham abandona a su mujer e hijos y comienza a vivir con Ann. Obtenido el divorcio, se casan. El núcleo del argumento es el descubrimiento progresivo de los amantes que han pasado por la vida anterior de Ann, antes de que Graham entrase en ella. Ann le oculta pocas cosas, pero nunca le proporciona informaciones sin que él se las pida. Graham se obsesiona gradualmente por los detalles sexuales del pasado de Ann. Analiza y revisa los pasajes que Ann ha rodado para la pantalla, tratando de adivinar un intercambio de miradas u otros signos que le indiquen que ella y algún hombre en particular han sido amantes. A veces, ella admite que han existido relaciones sexuales, aunque la mayor parte de las veces insiste en que no las ha habido.

El desenlace final de la historia es salvaje y subvierte por completo el estilo de humor insulso que caracteriza la mayor parte del li-

bro. Tras una investigación detenida, Graham descubre que su mejor amigo, Jack —a quien ha confiado los problemas relativos a la vida de Ann, "antes de que ella me encontrase"— ha tenido relaciones sexuales con Ann hace varios años. Graham va a ver a su amigo como si no sucediese nada, llevando consigo un cuchillo que tiene "una hoja que mide seis pulgadas de largo y una de ancho, hasta el filo". Cuando Jack le vuelve la espalda, prestando atención a un asunto menor, Graham le apuñala. Cuando Jack, estupefacto, gira, Graham le clava repetidamente el cuchillo, "entre el corazón y los genitales". Tras ponerse un apósito sobre un dedo, que se ha herido durante el asesinato, se sienta de nuevo frente a los restos del café, que Jack le había preparado.

Entretanto, Ann, preocupada por la ausencia de Graham, que ha durado toda la noche, ha telefoneado a la policía y a los hospitales de la ciudad, tratando de localizarle sin éxito. Ann husmea en el escritorio de Graham. Allí encuentra documentos que atestiguan las investigaciones compulsivas de éste sobre su pasado y se da cuenta de que él conoce su asunto con Jack (única relación sexual que le había ocultado). Ella va al piso de Jack y allí encuentra a Graham, junto al cuerpo ensangrentado de Jack. Sin saber por qué, deja que Graham la calme y le ate los brazos con unos pocos centímetros de cuerda de tender la ropa. Graham calcula que este procedimiento le proporcionará bastante tiempo para cumplir su objetivo, antes de que ella pueda alcanzar el teléfono para pedir ayuda. "No cortar las líneas, para evitar el melodrama." Con el cuchillo, se corta profundamente a cada lado de la garganta. En lo que concierne a Ana, "la amaba, no cabía duda alguna", ha calculado mal. Ann se precipita de cabeza a través del cristal de la ventana. Entre tanto, la policía llega; el sillón está irremediablemente lleno de sangre, Graham está muerto. Los últimos párrafos de la novela implican que Ann se ha suicidado también —si accidentalmente o no, no lo sabemos.

Before She Met Me no es primordialmente una novela sobre los celos. Mientras Ann lee los materiales que Graham había acumulado sobre ella reconoce que el adjetivo de celoso no le cuadra bien. Lo importante es que él "no pudiera manipular su pasado"[1]. El final es violento —situación incongruente, dado el tono cómico del resto del libro—, pero frío. La violencia de Graham constituye un frustrado intento de dominio. Sus orígenes quedan bastante oscurecidos por el novelista, hecho que refleja la oscuridad que esto representa para

---

[1] Todas las citas pertenecen a Julian Barnes, *Before She Met Me,* Londres, Picador 1986.

el propio Graham. Graham trata de descubrir los secretos de la historia sexual de Ann porque ésta no cumple las expectativas que se tienen habitualmente respecto de una mujer —su pasado es incompatible con sus ideales. El problema es emocional, él reconoce lo absurdo que es imaginar que Ann hubiera organizado su vida anterior con vistas a encontrarse con él. Pero incluso su independencia sexual, antes de que él "existiese" para ella, le resulta inaceptable hasta tal punto que el resultado final es una agresividad destructiva y violenta. En su favor se puede decir que Graham trata de proteger a Ann de la violencia que ella ha provocado en él; aunque, desde luego, ésta queda prendida finalmente en la misma.

Los hechos descritos en la novela son genuinamente contemporáneos. La novela no tendría sentido como descripción de la vida de la gente corriente, por ejemplo, de hace un siglo. Pues presupone un grado notable de igualdad sexual; se basa en el hecho, hoy común, de que una mujer tenga múltiples amantes antes de establecer un compromiso sexual "serio" (incluso durante el mismo y después). Desde luego, siempre ha habido una minoría de mujeres para las que ha sido posible la vivir diferentes experiencias sexuales, y con ello una cierta medida de igualdad. Pero la mayoría de las mujeres han sido clasificadas como virtuosas o disolutas. Las "mujeres disolutas" han existido sólo en los márgenes de la sociedad respetable. La "virtud" se ha definido siempre como el rechazo de una mujer a la tentación sexual, rechazo reforzado por diversas protecciones institucionales, tales como un noviazgo vigilado, matrimonios a la fuerza, etc.

De los hombres, en cambio, tradicionalmente siempre se ha considerado —y no sólo lo han hecho ellos mismos— que necesitaban experiencia sexual para su salud física. Generalmente, siempre se ha aceptado que los hombres tengan relaciones sexuales múltiples antes del matrimonio, y la doble moral, también después del matrimonio, ha sido un fenómeno real. Como dice Lawrence Stone en su estudio sobre la historia del divorcio en Inglaterra, hasta hace poco ha existido un modelo rígidamente dual respecto a la experiencia sexual de hombres y mujeres. Un solo acto de adulterio por parte de una mujer era "una ruptura imperdonable de la ley de propiedad y de la idea de la descendencia hereditaria" y su descubrimiento ponía en juego medidas punitivas. El adulterio, por parte de los hombres, en contraste, era "considerado como un 'desliz' lamentable, pero comprensible"[2].

Incluso en un mundo de igualdad sexual creciente —aunque

---

[2] Lawrence Stone, *The Road to Divorce, England 1530-1987*, Oxford, Oxford University Press 1990, pág. 7

diste mucho de ser completa— los dos sexos deben hacer cambios fundamentales en sus perspectivas y en sus conductas. La adaptación que se exige a las mujeres es considerable, aunque quizás por ser hombre el novelista, éstas no están representadas ni retratadas con mucha simpatía en el libro. Barbara, la primera mujer de Graham, es descrita como una mujer chillona, un ser exigente, cuyas actitudes juzga desconcertantes. A pesar de que siente un amor consistente hacia Ann, la comprensión de sus puntos de vista y acciones apenas es más profunda. Se puede afirmar que, a pesar del trabajo profundo de búsqueda intensa de las opiniones y acciones de la vida anterior de Ann, no llega a conocerla en absoluto.

Graham tiende a juzgar la conducta de Barbara y Ann en términos tradicionales: las mujeres son emocionales, caprichosas, sus procesos de pensamiento no se mueven por cauces racionales. Aunque tenga compasión por ambas, particularmente, en el momento en que se desarrolla la historia, por Ann. Su nueva esposa no es una "mujer de mala vida" ni tiene derecho alguno a tratarla como tal. Cuando Ann va a ver a Jack, tras haberse casado con Graham, rechaza firmemente las proposiciones de éste. Pero Graham no puede sacar de su mente la amenaza que siente respecto a las actividades que tuvieran lugar antes de que él la "controlara".

El novelista describe muy bien la tentativa del segundo matrimonio de Graham, matrimonio abierto, que difiere sustancialmente del primero. El primer matrimonio de Graham —queda bien explícito— fue más bien un fenómeno "natural", basado en la división convencional de los papeles de ama de casa y de macho que trae el dinero a casa. Con Barbara, el matrimonio fue un acuerdo de negocios y no una parte especialmente gratificante de la vida; algo así como tener un empleo que no se aprecia especialmente, pero cuyos deberes son aceptados[3]. Con su segundo matrimonio, Graham ha entrado en un nuevo mundo, que sólo emergía de forma incipiente en el tiempo de su juventud. Un mundo de negociación sexual, de "relaciones" que hacen aparecer en el lenguaje las nuevas terminologías de "compromiso" e "intimidad".

Before She Met Me es una novela sobre la inquietud y sobre la violencia masculinas, en un mundo social en el que se producen profundas transformaciones. Las mujeres ya no se pliegan al dominio sexual, y los dos sexos deben negociar, con las implicaciones que todo esto produce. La vida personal se ha convertido en un proyecto personal abierto, que crea nuevas demandas y nuevas ansiedades. Nues-

---

[3] Barnes, *Before she Met Me,* págs. 55 y ss.

tra existencia interpersonal se ve transfigurada completamente, al involucrarnos en lo que llamaré *experimentos sociales de cada día,* a los que nos someten los cambios sociales más amplios. Precisaremos con detalles sociológicos en qué consisten estos cambios, que tienen relaciones directas con el sexo, la familia y la sexualidad.

CAMBIO SOCIAL Y CONDUCTA SEXUAL

Lilian Rubin estudió en 1989 las historias sexuales de casi mil personas heterosexuales de Estados Unidos, de edades entre los dieciocho y cuarenta y ocho años. De esta forma, describió y reveló "la crónica de un cambio de gigantescas proporciones en las relaciones entre hombre y mujer", durante las pasadas décadas[4]. La primera experiencia sexual de los encuestados de más de cuarenta años, contrastaba dramáticamente con la relatada por los grupos de edad más joven. La autora prologa su informe refiriendo cómo eran las cosas para la generación más vieja, a partir de su propio testimonio como miembro de esa misma generación. En el momento de su matrimonio, durante la Segunda Guerra Mundial, era virgen; era una muchacha que obedecía "todas las normas contemporáneas" y nunca "había llegado hasta el final". No estaba sola al establecer unos límites claros a la exploración en materia de sexo, sino que compartía los códigos de conducta comunes a sus amigos. Su marido potencial participaba activamente en el esfuerzo porque estos códigos se cumpliesen. Su sentido de lo que en materia sexual era correcto o erróneo se equiparaba con el de ella misma.

La virginidad de las mujeres hasta el matrimonio era apreciada por los dos sexos. Si se permitían algún intercambio sexual con algún amigo, pocas chicas pregonaban el hecho. Muchas permitían que esto sucediese sólo una vez comprometidas con el chico en cuestión. Las muchachas más activas sexualmente eran desprestigiadas por las demás, y también por los muchachos muy masculinos, que trataban de "aprovecharse" de ellas. Exactamente de la misma manera en que la reputación social de las muchachas descansaba sobre su habilidad para resistir o contener los acosos sexuales, la de los chicos dependía de las conquistas sexuales que podían lograr. La mayor parte de los muchachos ganaba sus conquistas sólo —como dijo un encuestado de cuarenta y cinco años de edad— "pasando el tiempo con una de *aquellas* mujeres, las furcias".

---

[4] Lillian Rubin, *Erotic Wars,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1990, pág. 8.

Cuando consideramos la actividad sexual de los adolescentes hoy menores de veinte años, observamos que la distinción entre chicas buenas y malas todavía se aplica en términos fijados por la ética de la conquista masculina. Pero otras actitudes, por parte de muchas chicas menores de veinte años en particular, han cambiado radicalmente. Piensan que es legítimo desarrollar una actividad sexual, incluido el coito, a la edad que les parezca oportuno. En la encuesta de Rubin, prácticamente ninguna adolescente menor habla de "preservarse" para un compromiso futuro o para el matrimonio. En su lugar, hablan con un mensaje de romance y compromiso, que reconoce la realidad potencialmente finita de sus primeras experiencias sexuales. Así, en respuesta a la pregunta sobre sus actividades sexuales con su amigo, una muchacha de dieciséis años observaba: "nos amamos; por tanto, no hay razón para no hacer el amor". Rubin le preguntó, entonces, en qué medida contemplaba una vinculación a largo plazo con su pareja. Su respuesta fue: ¿quiere decir que si nos casaremos? la respuesta es no. ¿O si seguiremos juntos el próximo año? Lo ignoro. Queda mucho tiempo. La mayoría de los muchachos no están juntos durante tanto tiempo. Nosotros sólo haremos planes para el tiempo en que estemos juntos. ¿No es eso un compromiso?[5]

En las generaciones anteriores, la adolescente sexualmente activa debía representar el papel de inocente. Esta relación se halla hoy invertida: la inocencia representa el papel de sofisticación. De acuerdo con las investigaciones de Rubin, los cambios en la conducta sexual y en las actitudes de las chicas han sido más pronunciados que entre los muchachos. Ella habló con algunos muchachos que eran sensibles a las relaciones entre el sexo y el compromiso, y quienes rechazaban la ecuación entre el éxito sexual y las proezas del macho. Generalmente, sin embargo, hablaron de forma admirativa de los amigos masculinos que iban con muchas chicas y condenaban a las chicas que hacían lo mismo. Pocas muchachas, en el ejemplo de Rubin, emulaban la conducta tradicional masculina abiertamente y con carácter desafiante. Frente a tales acciones, los chicos respondieron, en su mayoría, sintiéndose ofendidos. Ellos todavía preferían la inocencia, al menos de cierto tipo. Algunas mujeres jóvenes, interrogadas por Rubin, que estaban a punto de casarse, encontraban necesario mentir a los futuros cónyuges sobre el nivel de sus experiencias sexuales tempranas.

Uno de los hallazgos más llamativos de la investigación de Rubin, de la que se hicieron eco otras encuestas y que se aplica a todos

---

[5] *Ibíd.*, pág. 61.

los grupos de edad, fue la ampliación de las llamativos de actividad sexual en las que participa la mayoría de las personas o se juzga oportuno que otras lo hagan, si lo desean. Así, entre las mujeres y hombres de más de cuarenta años, poco más de uno entre diez han practicado el sexo oral. Entre la generación actual de adolescentes, aunque no se practique universalmente, el sexo oral forma parte normalmente de la conducta sexual. Cada adulto preguntado por Rubin tiene ahora al menos cierta experiencia en la materia. No se olvide que en Estados Unidos el sexo oral queda descrito como "sodomía" en los libros de derecho y es ilegal en veinticuatro estados.

La mayor parte de los hombres dan la bienvenida al hecho de que las mujeres estén más dispuestas sexualmente y proclaman que, en una relación sexual a largo plazo, desean que el otro miembro de la pareja sea intelectual y económicamente su igual. No obstante, de acuerdo con las investigaciones de Rubin, se encuentran, abierta o inconscientemente incómodos, cuando deben hacer frente a las implicaciones de estas preferencias. Dicen que las mujeres "han perdido la capacidad de ser amables"; que "no saben cómo comprometerse ya" y que las "mujeres hoy no desean ser esposas, y ellos quieren esposas". Los hombres declaran desear la igualdad, pero muchos también afirman que ellos o rechazan el significado de esta premisa o se sienten nerviosos al respecto. Rubin preguntó a Jason, un hombre que según sus propias palabras no tiene problemas "con mujeres muy agresivas", ¿cómo contribuiría usted en la educación de sus hijos? Su respuesta fue: "Deseo hacer todo lo que pueda. No quiero ser un padre despreocupado, pero alguien debe asumir la mayor carga de responsabilidad... Y no diré que puedo ocuparme, porque no puedo. Yo tengo mi carrera y es muy importante para mí, porque he trabajado en ella durante toda mi vida"[6].

La mayor parte de las personas, hombres y mujeres, llegan ahora al matrimonio trayendo un acervo sustancial de experiencia y conocimiento sexuales. No se produce en su caso la abrupta transición entre los manoseos torpes o los encuentros ilícitos y la sexualidad más segura, aunque frecuentemente más exigente, del lecho matrimonial. Las parejas casadas recientemente tienen la mayoría de las veces experiencia sexual y ya no hay periodo de aprendizaje sexual en las primeras etapas del matrimonio, incluso cuando los individuos no han vivido juntos previamente.

Se realizan ahora más ensayos sexuales del matrimonio, como muestra Rubin, por parte de hombres y mujeres, de lo que era normal

---

[6] *Ibíd.*, pág. 146

en generaciones anteriores. Las mujeres esperan recibir, así como proporcionar, placer sexual. Muchas han llegado a considerar una vida sexual plena como un requisito clave para un matrimonio satisfactorio. La proporción de mujeres casadas durante más de cinco años que han tenido aventuras sexuales extramaritales es hoy virtualmente la misma que la de los hombres. La doble moral existe todavía, pero las mujeres ya no toleran la opinión de que, mientras los hombres necesitan variedad y probablemente emprenden aventuras extramaritales, ellas deban comportarse de otra forma.

¿En qué medida podemos hablar sobre los cambios sociales genéricos, a partir de este fragmento de investigación, realizada sobre un número limitado de personas y en un solo país? Podemos aprender, creo, esencialmente, todo lo que necesitamos saber para los fines de este estudio. Está fuera de toda discusión que, hablando en general, los procesos señalados por Rubin, ocurren en la mayor parte de las sociedades occidentales. Y en cierta medida, también en otros lugares del mundo. Desde luego, hay divergencias significativas entre los diferentes países, subculturas y estratos socioeconómicos. Ciertos grupos, por ejemplo, se apartan del tipo de los cambios descritos, o tratan de resistirse a ellos activamente. Algunas sociedades tienen una más larga historia de tolerancia sexual que otras y los cambios que experimentan no son acaso tan radicales como en Estados Unidos. En muchas, sin embargo, tales transiciones están realizándose contra la infraestructura de los valores sexuales más constrictivos que habían caracterizado a la sociedad americana hace varias décadas. Para las personas que viven en estos contextos, particularmente mujeres, las actuales transformaciones son dramáticas y explosivas.

Heterosexualidad, homosexualidad

La investigación de Rubin trata sólo de actividades heterosexuales. Su decisón de excluir las experiencias homosexuales es errónea, teniendo en cuenta el hecho —ya revelado por Kinsey— de que una proporción muy elevada de hombres, han participado en actos homosexuales, en ciertos momentos de sus vidas. Kinsey descubrió que sólo cerca del 50 por ciento de todos los hombres americanos son "exclusivamente heterosexuales". Es decir: ni han participado en actividades homosexuales ni han sentido deseos homosexuales. El 18 por ciento es o exclusivamente homosexual o persistentemente bisexual. Entre las mujeres, el 2 por ciento es plenamente homosexual. El 13 por ciento ha participado en cierta forma de actividad homosexual, mientras que más del 15 por ciento

confesó que había tenido deseos homosexuales sin haber cedido a ellos[7].

Los hallazgos de Kinsey sorprendieron a un público incrédulo en aquel momento. Durante el pasado cuarto de siglo, sin embargo, la homosexualidad se ha visto afectada por cambios tan grandes como los que ha sufrido la conducta heterosexual. Incluso en la fecha en que aparecieron los libros de Kinsey, la homosexualidad era vista todavía por gran parte de la literatura clínica como una patología, una forma de trastorno psicosexual, que iba pareja con toda una gama de trastornos análogos: fetichismo, voyeurismo, travestismo, satiriasis, ninfomanía, etc. Sigue siendo tratada como una perversión por parte de muchos heterosexuales —es decir, como específicamente antinatural y como moralmente condenable. Aunque el término "perversión" en sí mismo ahora ha desaparecido más o menos completamente de la psiquiatría clínica, y la aversión sentida por muchos hacia la homosexualidad no se ve reforzada ya sustancialmente por la profesión médica.

Esta salida a la luz de la homosexualidad es un proceso muy real, con grandes consecuencias para la vida sexual en general. Un signo de ello ha sido la popularización del vocablo autodescriptivo: "gay", ejemplo de un proceso reflexivo donde un fenómeno social puede verse apropiado y transformado por medio de un compromiso colectivo. "Gay", desde luego, sugiere colorido, abertura y legitimación, un grito que derriba la imagen de la homosexualidad, en cierto momento alentada por muchos homosexuales practicantes, así como por la mayoría de los heterosexuales. Las comunidades de cultura "gay" que surgieron en las ciudades americanas, así como en muchas áreas urbanas de Europa, proporcionaron un nuevo rostro público de la homosexualidad. En un nivel más personal, sin embargo, el término "gay" trajo con él una diseminada referencia a la sexualidad como una cualidad o propiedad de la identidad personal. Una persona "tiene" una sexualidad, gay o diferente, que puede ser reflexivamente asumida, interrogada y desarrollada.

La sexualidad llega a ser; al mismo tiempo que "gay" es alguien que puede "ser" y algo que puede "descubrirse", la sexualidad se abre a muchos objetos. De esta forma, *The Kinsey Institute New Report on Sex*, publicado en 1990, describe el caso de un anciano de 65 años, cuya esposa murió después de un matrimonio feliz, que duró cuarenta y cinco años. Un año después del fallecimiento de su es-

---

[7] Alfred C. Kinsey y otros, *Sexual Behaviour in the Human Male*, Filadelfia, Saunders, 1948; *Sexual Behaviour in the Human Female*, Filadelfia, Saunders, 1953.

posa, se enamoró de un hombre. De acuerdo con su propio testimonio, nunca se había sentido atraído por un hombre ni había fantaseado sobre actos homosexuales. Este individuo sigue ahora su orientación sexual abiertamente alterada, y se plantea el problema de "¿qué decir a los hijos?"[8] ¿Hubiera podido haber concebido pocos años atrás la posibilidad de poder transformar su sexualidad de esta manera? Ha entrado en un mundo nuevo de la misma manera que hizo Graham.

La idea de "relación" emerge tan fuertemente en las subculturas gay como en la población heterosexual. Los homosexuales masculinos tienen diversos compañeros sexuales, el contacto con ellos puede ser episódico. Así aparece en la cultura de las casas de baños, antes de que la llegada del SIDA la hiciese desaparecer prácticamente. En un estudio de los años 70, unos seiscientos homosexuales masculinos estadounidenses fueron preguntados sobre cuantos compañeros sexuales habían tenido. Cerca del 40 por ciento respondió que unos quinientos o más[9].

Podría parecer, no obstante, que hallamos aquí un universo social de sexualidad masculina desenfrenada, donde los encuentros de una noche se han convertido en acoplamientos indiscriminados de diez minutos. De hecho, una elevada proporción de gays y la mayoría de mujeres lesbianas, están en todo tiempo en relación con una pareja. Los mismos estudios citados encontraron que la mayor parte del público preguntado había mantenido una relación con un compañero principal, al menos una vez durante un periodo de dos años o más. Las investigaciones de Kinsey durante los primeros ochenta, basadas sobre entrevistas con varios centenares de hombres homosexuales, averiguaron que virtualmente todos estaban en uno u otro punto de una relación regular, de al menos un año[10]. Las mujeres y los hombres gay han precedido a la mayoría de los heterosexuales, en el desarrollo de relaciones, en el sentido en que este término significa hoy cuando se aplica a la vida personal. Porque han "seguido adelante" sin los marcos tradicionalmente establecidos del matrimonio, en condiciones de relativa igualdad entre compañeros.

La "sexualidad" hoy ha sido descubierta, se ha hecho abierta y accesible al desarrollo de diversos estilos de vida. Es algo que "tenemos" o cultivamos, no ya una condición natural que un individuo acepta como un asunto de negocios preestablecido. De algún modo,

---

[8] June M. Reinisch y Ruth Beasley, *The Kinsey Institute New Report on Sex*, Harmondsworth, Penguin, 1990. pág. 143. [Trad. esp.: *Nuevo informe Kinsey sobre sexo*, Barcelona, Paidós, 1992.]

[9] *Ibíd.*, pág. 144.

[10] *Ibíd.*, pág. 145.

en una forma en que hay que investigar, las funciones sexuales son un rasgo maleable de la identidad personal, un punto de primera conexión entre el cuerpo, la auto-identidad y las normas sociales.

Estos cambios están ahora mejor demostrados que en el caso de la masturbación, antaño el símbolo terrible de la sexualidad fallida. Las masturbación ha "estallado" tan abiertamente como la homosexualidad. El Informe Kinsey descubrió que el 90 por ciento de los hombres y el 40 por ciento de las mujeres se han masturbado en algún momento de sus vidas. Cifras de investigaciones más frecuentes han elevado estas proporciones a casi el 100 por cien, entre los hombres; y cerca del 70 por ciento entre las mujeres. Y lo que es igualmente importante: la masturbación es considerada como una fuente importante de placer sexual y se ha recomendado activamente como un modo de mejorar la sensibilidad sexual por parte de ambos sexos[11].

¿De qué forma estos cambios mencionados se relacionan, más generalmente, con las transformaciones de la vida personal? ¿Cómo conectar los cambios de las pasadas décadas con las influencias más prolongadas sobre la conducta sexual? Responder a estas cuestiones supone explicar cómo se originó la sexualidad; cómo es y cómo ha venido a ser algo que "posee" el individuo. Estos problemas son los que me preocupan a lo largo de este libro. Pero un motivo particular ha dominado el pensamiento en estos temas en los últimos años. Podemos hacer una aproximación inicial a través de una estimación crítica de la misma: la historia de la sexualidad de Michel Foucault.

Para salir al paso de posibles malentendidos, permítaseme recalcar que un encuentro a todos los niveles con el pensamiento de Foucault estaría fuera de lugar en este estudio. No abordaré tal cosa. Las brillantes innovaciones de Foucault plantean una serie de cuestiones clave, con enfoques que nadie había pensado hacer antes. En mi opinión, sin embargo, sus escritos son profundamente defectuosos, en lo que concierne tanto al punto de vista filosófico que elabora como a los juicios históricos que hace o presupone. Los admiradores de Foucault se sentirán defraudados: no justifico estas pretensiones en ningún detalle. Mis diferencias con Foucault, sin embargo, emergen muy claramente en el núcleo de los argumentos que expongo. Utilizo esta obra principalmente como un instrumento de contraste para clarificar los mismos.

---

[11] W. H. Masters y V. E. Johnson, *Human Sexual Response,* Boston, Little, Brown, 1966. [Trad. esp.: *La sexualidad humana,* Barcelona, Grijalbo, 1993.]

CAPÍTULO II

Las teorías de Foucault sobre la sexualidad

En la *Historia de la sexualidad,* Foucault ataca lo que —con una frase celebrada— llama "la hipótesis represiva"[1]. De acuerdo con esta opinión, las instituciones modernas nos obligan a pagar un precio —la represión creciente— por los beneficios que ofrecen. La civilización implica disciplina, y la disciplina implica control de los mecanismos internos. Control que para ser eficaz debe ser interno. Quien dice modernidad dice super-ego. El mismo Foucault parece haber aceptado una visión semejante en sus primeros escritos, y veía la vida social moderna como intrínsecamente limitada por el surgimiento del "poder disciplinario", característico de la prisión y del asilo, y también de otras organizaciones, como las "firmas de negocios", escuelas u hospitales. El "poder disciplinar" produce "cuerpos dóciles", controlados y regulados en sus actividades e incapaces de actuar espontáneamente a impulsos del deseo.

El poder aparecía aquí como una fuerza constringente. Aunque —como Foucault vino a apreciar—, el poder es un fenómeno de movilización, no un factor que establece límites y quienes están sometidos al poder disciplinario no tienen necesariamente relaciones de docilidad hacia el mismo. El poder, por tanto, puede ser un instrumento para la producción de placer y no sólo se opone al mismo. La "sexualidad" no debe ser entendida sólo como un impulso que las fuerzas sociales deben controlar. Más bien es "un punto de referencia especialmente denso para las relaciones de poder", algo que puede ser

---

[1] *The history of Sexuality,* tiene tres volúmenes. El más importante es el I, *Introduction.* La trad. inglesa está editada por Harmondsworth, Pelican 1981. [Trad. esp.: *Historia de la sexualidad,* Madrid, Siglo XXI, 1993.]

utilizado como un foco de control social a través de la genuina energía que, infundida con el poder, genera éste.

El sexo no es reducido a la clandestinidad en la sociedad moderna. Por el contrario, es continuamente discutido e investigado. Ha venido a formar parte de "un gran sermón", que sustituye a la tradición más antigua de las prédicas teológicas. Las afirmaciones sobre la represión y el sermón de la transcedencia se refuerzan mutuamente. La lucha por la liberación sexual es parte del mismo aparato de poder que denuncia. ¿Ha existido algún otro orden social —se pregunta Foucault retóricamente— tan persistente y penetrantemente preocupado por el sexo?

Los siglos XIX y XX constituyen los temas de mayor preocupación de Foucault al enfrentarse con la hipótesis represiva. Durante este periodo, la sexualidad y el poder se entreveraron de diversas formas. La sexualidad se desarrollaba como un secreto que debía ser revelado sin tregua y simultáneamente defendido. Pongamos el caso de la masturbación. Médicos y educadores montaron campañas enteras para neutralizar este fenómeno peligroso y dejar claras sus consecuencias. Se le prestó tanta atención, que cabía sospechar que el objetivo no era eliminarla; se trataba de organizar el desarrollo del individuo, corporal y mentalmente.

Esto sucedía también —continúa Foucault— con las numerosas perversiones, catalogadas por médicos, psiquiatras y otros. Las diversas formas de aberración sexual quedaban expuestas a la inspección pública y se las convertía en principios de clasificación de la conducta individual, personalidad y auto-identidad. El efecto no era la supresión de las perversiones, sino darles "una realidad analítica, visible y permanente"; eran "implantadas en los cuerpos, se deslizaban bajo diversos modos de conducta". Así en la normativa premoderna, la sodomía era definida como un acto prohibido, y no una cualidad o un modelo de conducta individual. El homosexual del siglo XIX se hizo un "personaje, un pasado, la historia de un caso", así como "un tipo de vida, una forma de vida, una morfología". Foucault dice textualmente:

> No debemos imaginar que todas estas cosas, antiguamente toleradas, atrajesen publicidad y recibiesen una designación peyorativa cuando vino el momento de atribuir el papel de regulador a un tipo de sexualidad que era capaz de reproducir la fuerza de trabajo y la forma de la familia... A través del aislamiento, intensificación y consolidación de las sexualidades periféricas, las relaciones del poder con el sexo y el placer se ramificaron y multiplicaron, midieron el cuerpo y penetraron los modos de conducta[2].

---

[2] *Ibíd.*, págs. 47-8.

Muchas culturas y civilizaciones tradicionales desarrollaron artes de sensibilidad erótica; pero sólo la moderna sociedad occidental ha desarrollado una ciencia de la sexualidad. Esto ha sido posible mediante la conjunción del principio de la confesión, con la acumulación del saber sobre el sexo.

El sexo se hizo el punto focal de una confesión moderna. La confesión católica, señala Foucault, fue siempre un medio de regular la vida sexual de los creyentes. Abarcaba algo más que las meras indiscreciones sexuales, y aun reconociendo estas infracciones de poca monta, era considerado por el sacerdote y el penitente conjuntamente en términos de un marco ético amplio. Con la contrarreforma, la Iglesia insistió más en la confesión regular y se intensificó todo el proceso. No sólo los actos, sino también los pensamientos, las fantasías y los detalles concernientes al sexo debieron ser puestos a la vista y escrutados. La "carne", que heredamos según la doctrina cristiana, que incluye cuerpo y espíritu conjuntamente, fue el origen próximo de la preocupación sexual moderna: el deseo sexual.

En cierto momento, a finales del siglo XVIII, la confesión como penitencia se convirtió en la confesión como interrogación. Esto se canalizó en diversos discursos —desde la historia-casuística y el tratado científico hasta los panfletos escandalosos, tales como el anónimo *My Secret Life*. El sexo es un "secreto" creado por textos que abjuran de él o lo celebran. El acceso a este secreto supone —según la creencia— desvelar la verdad: la sexualidad es fundamental para el "regimen de la verdad", característico de la modernidad. La confesión en sentido moderno "es todo el conjunto de procedimientos por los que el sujeto se ve incitado a producir un discurso de la verdad sobre su sexualidad, que es capaz de tener efectos sobre el mismo sujeto"[3].

Equipos de expertos, sexólogos y especialistas cualificados están listos para excavar en el secreto que han ayudado a crear. El sexo está dotado con poderes causales vastos y parece tener una influencia sobre muchas acciones diversas[4]. El genuino esfuerzo en la investigación convierte el sexo en algo clandestino y resistente a una observación fácil. Como la demencia, la sexualidad no es un fenómeno que ya existe, que espera el análisis racional y la corrección terapéutica. El placer erótico se convierte en "sexualidad" cuando su investi-

---

[3] Michel Foucault, "The confession of the flesh", en Colin Gordon, *Michel Foucault: Power / Knowledge*, Hemel Hempstead, Harvester, 1980, págs. 215-16.

[4] Michel Foucault, "Technologies of the self", en Luther H. Martin y otros, Londres, Tavistock, 1988 "a la inversa de otras prohibiciones, las interdicciones sexuales están constantemente relacionadas con la obligación de decir la verdad sobre uno mismo". (pág. 16).

gación produce textos, manuales e investigaciones que distinguen la "sexualidad formal" de sus dominios patológicos. La verdad y el secreto del sexo se establecían por la persecución y la puesta a disposición de tales "hallazgos".

El estudio del sexo y la creación de discursos sobre él condujo en el siglo XIX al desarrollo de varios contextos de poder-saber. Uno concernía a las mujeres; la sexualidad femenina fue reconocida e inmediatamente aplastada —tratada como el origen patológico de la histeria. Otro se refería a los niños; el hallazgo de que los niños eran sexualmente activos iba unida a la declaración de que la sexualidad de los niños era "contraria a la naturaleza". Un contexto ulterior se refería al matrimonio y a la familia. El sexo en el matrimonio debía ser responsable y auto-regulado; no exactamente confinado al matrimonio, sino ordenado en formas distintas y específicas. La contracepción era desaconsejada. El control del tamaño de la familia debía surgir espontáneamente de la prosecución disciplinada del placer. Finalmente, se introducía un catálogo de perversiones y se describían modos de tratamiento de las mismas.

La invención de la sexualidad, para Foucault, era parte de ciertos procesos distintos, involucrados en la formación y consolidación de las instituciones sociales modernas. Los estados modernos y las organizaciones modernas, dependen del control meticuloso de las poblaciones en el espacio y en el tiempo. Este control se generaba por el desarrollo de una "anatomía política del cuerpo humano". Las tecnologías de la gestión del cuerpo pretendían regular, y también optimizar, la capacidades del cuerpo. La "anatomía política" es —a su vez— un foco de un reino basado más ampliamente en el biopoder"[5].

El estudio del sexo, observa Foucault, en una entrevista, es aburrido. Después de todo, ¿por qué alargar todavía otro discurso, para incorporarlo a la multiplicidad que ya existe? Lo que resulta interesante es la emergencia de un "aparato de la sexualidad"; una "economía positiva del cuerpo y del placer"[6]. Foucault se concentró más y más sobre este "aparato" en relación con el yo y sus estudios sobre el sexo en el mundo clásico ayudan a proyectar luz sobre como contemplar el asunto[7]. Los griegos estaban preocupados por fomentar el cuidado de la identidad personal, aunque en una forma que era "diametralmente opuesta" al desarrollo del ego en el orden social moderno, que en su forma extrema se concreta en el "culto californiano del

---

[5] Foucault, *The History of Sexuality*, Vol. 1, pág. 142.

[6] Michel Foucault, "The confession of the flesh".

[7] Michel Foucault, Prefacio a *The History of Sexualitiy*, Vol. 2, *The Use of Pleasure*, Hardmondsworth, Penguin 1987.

sí mismo". Entre estos dos extremos está la influencia del cristianismo. En el mundo antiguo, entre la clase superior al menos, el cuidado del yo personal se vio integrado en una ética de la existencia estéticamente cultivada. Para los griegos, dice Foucault, el alimento y la dieta eran más importantes que el sexo. El cristianismo, sustituyó la idea clásica por la convicción de que hay que renunciar al yo: el yo es algo que debe ser descifrado, es la verdad identificada. En el 'culto californiano al yo narcisista', se supone que se descubre la verdad genuina de uno; para separarla de lo que puede oscurecerla o alienarla, para descifrar su verdad gracias a la ciencia psicoanalítica o psicológica"[8].

SEXUALIDAD Y CAMBIO INSTITUCIONAL

"Sexualidad" —como dice Foucault— es un término que aparece por primera vez en el siglo XIX. La palabra existía en la jerga técnica de la biología y zoología, en 1800, pero sólo hacia el final del siglo fue usada con el significado que tiene hoy para nosotros —el que describe el *Oxford English Dictionary:* "la cualidad de ser sexuado o tener sexo". La palabra aparece con tal sentido en un libro publicado en 1889, cuyo tema era responder a la pregunta de por qué las mujeres están expuestas a enfermedades de las que el hombre está exento. La respuesta era la "sexualidad" femenina[9]. Esta tesis estaba originalmente orientada a mantener refrenada la sexualidad femenina, como lo muestra la literatura de la época. La sexualidad emergía como una fuente de preocupación, que necesitaba soluciones. Las mujeres que anhelan el placer sexual son específicamente innaturales. Como escribió un especialista médico: "lo que es condición habitual del hombre (la excitación sexual) es una excepción en el caso de la mujer"[10].

La sexualidad es un constructo social, que opera en campos de poder, y no meramente un abanico de impulsos biológicos que o se liberan o no se liberan. Aunque no podemos aceptar las tesis de Foucault de que hay un camino más o menos directo de desarrollo desde la fascinación victoriana por la sexualidad hasta tiempos muy recien-

---

[8] Michel Foucault, "On the genealogy of ethics; an overview of work in progress", en Paul Rabinow, *The Foucault Reader*, Hardmondsworth, Penguin, 1986, pág. 362. Sobre la mejor discusión acerca de Foucault y la identidad personal, cfr. Lois McNay, *Foucault and Feminism*, Cambridge, Polity, 1992.

[9] Stephen Health, *The Sexual Fix*, Londres, Mc Millan, 1982, págs. 7-16.

[10] *Ibíd.*, pág. 17.

tes[11]. Hay contrastes importantes entre la sexualidad como aparece en la literatura médica y efectivamente marginalizada aquí y la sexualidad como fenómeno cotidiano considerado por miles de libros, artículos y otras fuentes descriptivas de hoy. Además, las represiones de la era victoriana y las posteriores eran demasiado reales en algunos aspectos, como pueden atestiguar generaciones de mujeres —sobre todo[12].

Es difícil, si no imposible, dar sentido a estos asuntos si permanecemos dentro de la posición teórica general que ha desarrollado Foucault, en la que las únicas fuerzas activas son el poder, el discurso y el cuerpo. El poder se mueve de formas misteriosas en los escritos de Foucault. La historia, las realizaciones activamente hechas por los sujetos humanos, apenas existe. Aceptemos sus argumentos sobre los orígenes sociales de la sexualidad, pero encuadrémoslos en un cuadro interpretativo diferente. Foucault ha puesto demasiado énfasis en la sexualidad y en el gasto. Guarda silencio sobre las conexiones de la sexualidad con el amor romántico, un fenómeno muy ligado a los cambios en la familia. Además, su discusión de la naturaleza de la sexualidad permanece demasiado en el nivel del discurso, en diversas formas de discurso. Finalmente, hay que poner en cuestión su concepción del ego, de la identidad personal, en relación con la modernidad.

Foucault argumenta que la sexualidad en la era victoriana era un secreto, aunque un secreto abierto, discutido sin cesar en diferentes textos y fuentes médicas. El fenómeno del heterogéneo debate médico es importante, en gran parte por las razones que ofrece. Aunque sería un craso error suponer que el sexo estaba ampliamente representado, analizado o investigado en fuentes accesibles para el gran público. Los diarios médicos y otras publicaciones semioficiales sólo

---

[11] Ver en Heath, *The Sexual Fix*, una versión de esta opinión.

[12] Lawrence Stone, "Passionate attachments in the West in historical perspective", en William Gaylin y Ethel Person, *Passionate attachements*, Nueva York, Free Press, 1988. Ha habido muchas discusiones sobre la "hipótesis represiva". Ver, por ejemplo, Peter Gay, *The bourgeois Experience*, Oxford, Oxford University Press, Vol. 1, 1984 volumen 2, 1986. Cfr también a James MacHood y Kristine Wenburg, *The Mosher Survey*, Nueva York, Arno, 1980, que se refiere a un estudio de cuarenta y cinco mujeres victorianas, llevada a cabo por Celia Mosher. El 34 por ciento de sus encuestados dijo que "siempre" o "habitualmente" experimentaron orgasmo en las relaciones sexuales, un promedio que se compara favorablemente con el informe Kinsey sobre las mujeres. El extraordinario trabajo de Ronald Hyam, *Empire and Sexuality*, Manchester, Manchester University Press, 1990, demuestra que el "victorianismo" no puede ser entendido sino es en el contexto británico. La "represión" en casa vino a la par de la difusión de la licenciosidad sexual en los dominios del imperio, por parte de los colonizadores masculinos.

eran accesibles a pocos. Hasta el final del siglo XIX la mayor parte de la población era analfabeta. El confinamiento de la sexualidad al campo de discusión técnico fue un modo de censura de facto. Esta literatura no estaba disponible para la mayoría, incluso de la población educada. Esta censura afectaba de forma tangible más a las mujeres que a los hombres. Muchas mujeres casadas no tenían de hecho conocimiento alguno sobre el sexo, salvo de las cosas que tenían relación con las indeseables urgencias masculinas, que había que soportar. Una madre decía a su hija unas frases que se han hecho famosas: "tras tu boda, querida, sucederán cosas desagradables, pero no te enteres de ellas. Yo nunca lo hice"[13].

Amber Hollibaugh, una activista lesbiana, proclamaba en 1980, la necesidad de una "manifestación clara" de las mujeres, para que revelasen deseos todavía no articulados:

> ¿Dónde están todas las mujeres que no vienen espontáneamente y las que no quieren venir, que no saben lo que les gusta, pero pretenden encontrarlo? ¿Dónde las mujeres que hacen el papel masculino en una relación lesbiana o las del rol femenino? ¿Y las que toman la iniciativa en la relación sexual con los tíos, o practican el sadomasoquismo consentido, que se sienten más como maricas que como mujeres lesbianas; que aman los penes artificiales, la penetración, los vestidos; les gusta sudar, hablar vulgarmente, mirar como asoma la expresión de necesidad en las caras de sus amantes; que están confusas y necesitan experimentar en forma activa sus fantasías y piensan que la pasión homosexual masculina es ardiente?[14]

La fascinación por el sexo que siente Foucault aparece aquí en la exhortación extática de Hollibaugh; pero, ¿puede, aunque sólo sea en el estilo, haber algo más diferente de los tediosos textos médicos, redactados por hombres, que él describe? ¿Cómo nos hemos movido de un punto a otro durante un periodo de más de un siglo?

Si seguimos a Foucault, las respuestas a estas cuestiones podrían parecer sencillas. La obsesión victoriana por el sexo, se podría argumentar, vino a culminar con Freud, quien, comenzando por una investigación sobre las mujeres histéricas, consideró la sexualidad como el núcleo de toda experiencia humana. En la misma coyuntura, Havelock Ellis y los demás sexólogos comenzaron a trabajar decla-

---

[13] Citado por Carol Adams, *Ordinary Lives*, Londres, Virago, 1982, pág. 129.

[14] Amber Hollibaugh, "Desire for the Future: Radical Hope in Passion and Pleasure", en Carole S. Vance, *Pleasure and danger. Exploring Female Sexuality*, Londres, Routledge, 1984, pág. 403. [Trad. esp.: *Placer y peligro*, Madrid, Talasa, 1989.]

rando que la búsqueda del placer sexual, por parte de los dos sexos era deseable y necesaria. De aquí, vía Kinsey y Masters, hay poco trecho hasta una obra como *Treat Yourself to Sex,* en la que el lector es comparado sexualmente con un receptor de radio: "Pregúntese por qué ha dejado de sintonizarnos. ¿Cuántas veces ha disfrutado usted un programa inesperado, que usted sintonizó cuando tocaba al azar los botones del aparato?"[15].

Pero las cosas no son tan simples. Para explicar cómo se han realizado estos cambios debemos alejarnos de un excesivo énfasis sobre el discurso y contemplar factores que están ausentes de los análisis de Foucault. Algunos conciernen a influencias muy a largo plazo, mientras otros lo hacen a un periodo más reciente.

Indicaré con brevedad las tendencias a largo plazo, aunque su importancia global sea fundamental, puesto que señalaron el escenario para las que afectaban a la última fase. Durante el siglo XIX, la formación de los lazos matrimoniales, para la mayor parte de los grupos de población, llegó a basarse sobre consideraciones diferentes de los juicios de valor económico. Las nociones de amor romántico, que tenían su arraigo principalmente en grupos burgueses, se difundieron por todo el orden social. "Tener un romance" se convirtió en un sinónimo de cortejar; las novelas fueron la primera forma de literatura de masas*.

La difusión de los ideales del amor romántico fue un factor tendente a desligar el lazo marital de otros lazos de parentesco y a darles una significación especial. Esposos y esposas comenzaron a ser vistos como colaboradores en una empresa emocional conjunta, esta tarea era más importante que sus obligaciones hacia los hijos. La "casa" vino a ser un medio diferente del trabajo; y, al menos en principio, se convirtió en un lugar donde los individuos recibían apoyo emocional, en contraste con el carácter instrumental del trabajo. Tuvo importantísimas repercusiones sobre la sexualidad, el hecho de que las presiones para constituir grandes familias, característica virtual de todas las culturas premodernas, dejaran paso a las tendencias a limitar el tamaño familiar de forma rigurosa. Esta práctica, aparentemente una estadística demográfica, ponía el dedo en la llaga en lo referente a la se-

---

[15] Paul Brown y Carolyn Faulder, *Treat Yourself to Sex,* Harmondsworth, Penguin, 1979, pág. 35.

* El autor juega aquí con diversas palabras de la misma raíz: "Romances", "romancing", "romantic". "Romance" quiere decir novela, género narrativo de temas muy diversos, que en la época eran predominantemente amorosos. "Romancing" era emprender una aventura amorosa sentimental, cortejar a la amada. "Romantic" "Romanticism" es un talante cultural —colectivo e individual— en el que predomina el sentimiento que rezuman las novelas románticas. *[N. del T.]*

xualidad. Por vez primera, para una masa de población femenina, la sexualidad podía separase del ciclo crónico de embarazo y parto.

La contracción del tamaño de la familia fue tanto una condición histórica como una consecuencia de la introducción de los métodos modernos de contracepción. El control de natalidad, desde luego, ha tenido sus partidarios desde hace tiempo, sobre todo entre las mujeres, pero el movimiento de planificación familiar no se difundió en la mayor parte de los países hasta la Primera Guerra Mundial. En el Reino Unido, el cambio de actitud en la opinión oficial —hostil hasta este momento— se produjo con Lord Dawson, médico real, que declaró en un discurso a la iglesia, en 1921: "el control de nacimientos está aquí. Se trata de un hecho establecido y, para bien o para mal, debe ser aceptado... ninguna denuncia lo eliminará". Esta opinión no gustó a muchos. El *Sunday Express* declaró en respuesta: "Lord Dawson debe irse"[16].

La contracepción efectiva implica más que incrementar la capacidad de limitar los embarazos. En combinación con las demás influencias que afectan al volumen de la familia, arriba señaladas, ha significado una profunda transición en la vida personal. Para las mujeres, y —en un sentido parcialmente diverso, también para los hombres— la sexualidad se ha hecho maleable, abierta a una configuración de diversas formas y a una "propiedad" potencial del individuo.

La sexualidad surgió como una parte de una diferenciación progresiva del sexo, respecto de las exigencias de la reproducción. Con la elaboración ulterior de las tecnologías reproductivas, esta diferenciación se ha hecho completa. Hoy esta concepción puede ser artificialmente producida, en lugar de ser artificialmente inhibida. La sexualidad es al fin plenamente autónoma. La reproducción se puede realizar en ausencia de actividad sexual. Se trata de una "liberación" final por la sexualidad, que a partir de ahora puede convertirse plenamente en una cualidad de los individuos y de sus transacciones con los demás.

La creación de *una sexualidad plástica,* separada de su integración ancestral con la reproducción, el parentesco y las generaciones, fue la condición previa de la revolución sexual de las pasadas décadas. Para la mayoría de las mujeres, en la mayoría de las culturas y en todos los periodos de la historia, el placer sexual, allí donde se hacía posible, estaba ligado intrínsecamente al miedo a los embarazos repetidos, y por tanto, a la muerte, dada la proporción sustancial de mujeres que perecían en el parto y las elevadas tasas de mortalidad

---

[16] Citado en Adams, *Ordinary Lives*, pág. 138.

infantil que se producían. La ruptura de todas estas relaciones fue así un fenómeno con implicaciones muy radicales. Puede decirse que el SIDA ha reintroducido la conexión de sexualidad y muerte, pero el SIDA no es una vuelta a la vieja situación, porque el SIDA no distingue entre los sexos.

La "revolución sexual" de los pasados treinta o cuarenta años no es justamente, ni siquiera primordialmente, un avance en la permisividad sexual neutral en lo que concierne a los papeles sociales de cada sexo. Implica dos elementos básicos: uno es la revolución en la autonomía sexual femenina —producida básicamente en esta época, pero con antecedentes en el siglo pasado[17]. Sus consecuencias para la sexualidad masculina son profundas, por eso se puede decir que es en gran parte una revolución inacabada. El segundo elemento es el florecimiento de la homosexualidad, masculina y femenina. Los homosexuales de ambos sexos han establecido una nueva base sexual que sobrepasa con mucho lo más ortodoxo desde el punto de vista sexual. Cada uno de esos procesos tiene relación con el movimiento libertario sexual proclamado por los movimientos sociales de los años sesenta, pero la contribución de este frente libertario a la emergencia de una sexualidad plástica no fue ni necesaria ni particularmente directa. Estamos tratando aquí de cambios muy profundos e irreversibles, producidos por tales movimientos, que facilitaron un discurso sin trabas sobre la sexualidad que anteriormente no había sido posible.

Reflexividad institucional y sexualidad

Al analizar el desarrollo sexual, Foucault tiene razón al decir que el discurso se hace constitutivo de la realidad social que refleja. Una vez elaborada una nueva terminología para la comprensión de la sexualidad, de las ideas, conceptos y teorías, alumbradas en estos términos, ésta permea la vida social misma y contribuye a reorganizarla. Para Foucault, sin embargo, este proceso aparece como una intrusión fijada y de dirección única del "saber-poder" en la organización social. Sin negar su relación con el poder, deberíamos ver el fenómeno más bien como una *reflexividad institucional,* que está en movimiento constante. Es institucional, porque constituye un elemento básico es-

[17] Este punto está desarrollado con detalle en Barbara Ehrenreich y otros, *Remaking Love,* Londres, Fontana, 1987. [Trad. esp.: *Por su propio bien,* Madrid, Taurus, 1990.]

tructurante de la actividad social en las situaciones actuales. Es reflexivo en el sentido de que introduce los términos para describir la vida social, entrar en su rutina y transformarla, no como un proceso mecánico ni necesariamente de forma controlada, sino porque forma parte de los marcos de acción que adoptan los individuos y los grupos.

La expansión de la reflexividad institucional es una característica que ha venido a definir a las sociedades modernas en un periodo relativamente reciente. La creciente movilidad geográfica, los medios de comunicación de masas y un gran acúmulo de diversos factores han erradicado elementos tradicionales de la vida social que habían resistido mucho tiempo —o se habían adaptado a la modernidad. La continua incorporación reflexiva del saber no sólo acrecienta la brecha, sino que proporciona un ímpetu básico para los cambios que se producen, tanto en contextos personales como globales de acción. En el área del discurso sexual, aquellos textos que informan, analizan y comentan aspectos prácticos de la sexualidad, tienen efectos más duraderos que los abiertamente propagandísticos, que abogan por la búsqueda del placer sexual. Los informes de Kinsey, al igual que otros que le siguieron, pretendían analizar lo que sucedía en una región particular de la actividad social, tal y como pretende hacer la investigación social. Aunque desvelaron muchas cosas, también influyeron, iniciando ciclos de reinvestigación y ulterior debate. Estos debates formaron parte de un amplio dominio público, pero también han servido para alterar las opiniones iletradas sobre los actos sexuales y sus implicaciones. No cabe duda de que el balance científico de estas investigaciones ayuda a neutralizar el malestar moral relativo a la índole específica de las prácticas sexuales particulares. Mucho más importante, sin embargo, ha sido el hecho de que el surgimiento de tales investigaciones indica y contribuye a acelerar la reflexividad sobre el nivel de las prácticas sexuales ordinarias y cotidianas.

En mi opinión, todo esto tiene poco que ver con la confesión, incluso en el sentido tan general que este término tiene para Foucault. La discusión sobre este concepto —por provocador que sea— parece simplemente erróneo. La terapia y el consejo, incluidos los del psicoanálisis —podemos estar de acuerdo en ello—, se hacen cada vez más prominentes con la maduración de las sociedades modernas. Su centralidad, sin embargo, no es un resultado del hecho de que —como afirma Foucault— proporcionan "procedimientos regulados para la confesión del sexo"[18]. Incluso si consideramos sólo el psicoanálisis, la comparación con el confesonario es demasiado forzada

[18] Michel Foucault, "The confession of the flesh".

para ser convincente. Un presupuesto de la confesión es que el individuo es capaz de de proporcionar la información requerida. El psicoanálisis, sin embargo, supone que los bloqueos emocionales que derivan del pasado, inhiben la autocomprensión del sujeto y su autonomía de acción[19].

La interpretación que hace Foucault del desarrollo del ego en las sociedades modernas debe ser puesta en cuestión de una forma básica. En lugar de ver la identidad personal como construida por medio de una "tecnología" particular, debemos reconocer que la identidad del ego se hace muy problemática en la vida social moderna, especialmente, en la época reciente. Rasgos fundamentales de una sociedad de elevada reflexividad son el carácter "abierto" de la autoidentidad y la naturaleza reflexiva del cuerpo. Para las mujeres que luchan por lograr una liberación de los papeles asignados a cada sexo, la pregunta: "¿Quién soy yo?" —que Betty Frieden describió como "el problema que no tiene nombre"[20]—, emerge a la superficie con intensidad particular. Lo mismo sucede a los homosexuales masculinos o femeninos, que cuestionan los estereotipos heterosexuales dominantes. La cuestión es la identidad sexual, pero no sólo ella. Lo que los psicólogos anglosajones llaman el yo es hoy para cada uno un proyecto reflexivo: una interrogación más o menos continua de pasado, presente y futuro[21]. Es un proyecto llevado adelante en medio de una profusión de recursos reflexivos: terapia y manuales de auto-ayuda de todos los tipos, programas de televisión y artículos de revista.

Contra todo esta infrestructura, podemos interpretar las contribuciones freudianas a la cultura moderna a una luz diferente de la de Foucault. La importancia de Freud no fue sólo lograr que la obsesión moderna por el sexo fuese la preocupación más fuerte; sino más bien que Freud revelase las conexiones entre sexualidad y autoidentidad, que eran absolutamente oscuras, y que —a la vez— pusiese de relieve que estas conexiones eran problemáticas. El psicoanálisis tiene sus orígenes en el tratamiento médico de las patologías de la conducta. Fue considerado por Freud como un método de combatir las neurosis. A esta luz se le considera por parte de muchos de sus adeptos en el presente, así como por muchas otras terapias que ha ayu-

---

[19] Jacques Alain Miller, Contribution to Foucault: "The confession of the flesh". Ver también Mark Cousins y Athar Hussain, *Michel Foucault*, Londres, Mac Millan, 1984, págs. 212-15.

[20] Betty Frieden, *The Feminine Mystique*, Harmondsworth, Penguin, 1965. [Trad. esp.: *Mística de la feminidad*, Madrid, Júcar, 1974.]

[21] Anthony Giddens, *Modernity and self-identity*, Cambridge, Polity, 1991.

dado a inspirar. El psicoanálisis puede curar neurosis, aunque se puedan discutir sus éxitos a este respecto. Su importancia específica, sin embargo, reside en que proporciona una panoplia y un rico acervo de recursos conceptuales y teóricos, para la creación de una narrativa reflexivamente ordenada del yo personal, de la identidad personal. En una situación terapéutica, sea del tipo psicoanalítico clásico o no, los individuos son capaces (en principio) de alinear su pasado con las exigencias del presente, consolidando una línea de la historia emocional, con la que se sienten relativamente contentos.

Lo que se aplica al ego, se aplica al cuerpo. Éste es lisa y llanamente —en cierto sentido, todavía por determinar— el dominio de la sexualidad. Al igual que la sexualidad y el ego, se ve muy invadido por la reflexividad. El cuerpo ha sido siempre adornado, mimado, y, a veces —por la prosecución de determinados ideales— castigado o maltratado. ¿Qué es lo que explica, sin embargo, nuestras preocupaciones por la apariencia del cuerpo y el control actual, que difiere de un modo claro de preocupaciones más tradicionales? Foucault tiene una respuesta que se refiere a la sexualidad. Las sociedades modernas, dice, en contraste específico con el mundo premoderno, dependen de la generación de biopoder. Aunque esto es al menos una verdad a medias. El cuerpo se convierte en un foco de poder administrativo, que debe estar seguro. Pero más que esto, se convierte en una carrera visible hacia la identidad del ego y se ve crecientemente integrado en las decisiones sobre el estilo de vida que hace un individuo.

La reflexividad sobre el cuerpo acelera —de forma fundamental, con la invención de la dieta en su significado moderno; diferente, desde luego, del antiguo— algo que como fenómeno de masas sólo data de varias décadas. La dieta está ligada a la introducción de una "ciencia de la nutrición", al poder administrativo en el sentido de Foucault. Pero también coloca la responsabilidad sobre el desarrollo y la apariencia del cuerpo en manos de su poseedor. Lo que un individuo come, incluso el más privado de medios materiales, se convierte en una cuestión influida por la reflexión sobre la selección dietética. Todos hoy, en los países desarrollados, si exceptuamos a los más pobres, están "a dieta". Con la incrementada eficiencia de los mercados globales, no sólo abunda el alimento, sino que se dispone de una diversidad de alimentos acumulados a lo largo del año. En estas circunstancias, lo que uno come es una opción por un modo de vida, influida y decidida con ayuda de gran número de libros de cocina, folletos de medicina popularizada, guías nutricionales. ¿No nos maravilla que los desórdenes nutricionales hayan sustituido a la histeria como patología propia de nuestra época? ¿No nos extraña que este

desorden afecte más generalmente a las mujeres, particularmente a las jóvenes? La respuesta es que la dieta se conecta con la apariencia física, la identidad personal y la sexualidad en el contexto de los cambios sociales, que los individuos luchan por asimilar. La delgadez extrema ya no es símbolo de devoción extática sino testimonio de la intensidad de esta batalla secular por la dieta.

La decadencia de la perversión

¿Cómo debemos reaccionar ante la decadencia de la "perversión"? ¿Cómo puede ser que las acciones sexuales que en tiempos fueran condenadas tan severamente y ahora son formalmente ilegales, se practiquen ampliamente y se fomenten en muchos círculos? Una vez más, resulta muy fácil trazar la historia superficial. Los sexólogos, así como Freud y al menos alguno de sus seguidores más ortodoxos, desautorizaron el énfasis moral realizado sobre la noción de perversión. Los *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad,* publicados por primera vez en 1905, trataron de demostrar que los rasgos sexuales asociados con las perversiones, lejos de restringirse a pequeñas categorías de personas anormales, son rasgos comunes a la sexualidad de cada persona. De ahí, concluía Freud, que sea "inapropiado utilizar la palabra perversión como un término de reproche"[22]. Havelock Ellis, declaró que también era inaceptable la expresión que debía reemplazarla: "desviación sexual".

Se puede decir que posteriormente los grupos y movimientos aludidos comenzaron a defender activamente la aceptación social y la legitimación legal de la homosexualidad, impugnando incluso el término de desviación para tratarla. Así, por ejemplo, los grupos de E.E.U.U., como la Mattachine Society y The Daughters de Bilitis, que fueron fundados cuando retrocedía la marea alta del Mccarthyismo, y la subsiguiente creación de grandes comunidades de gays, producida por una eflorescencia de nuevos grupos y asociaciones, muchos de los cuales promovían gustos sexuales minoritarios. La batalla para garantizar la tolerancia pública sobre la homosexualidad, indujo a otras organizaciones, preocupadas por promover el pluralismo sexual a "salir a la luz". Como dice Jeffrey Weeks:

> Ya no parece que haya un gran continente de normalidad, rodeado por pequeñas islas de desorden. En lugar de eso, podemos

---

[22] Sigmund Freud, "The sexual aberrations", en *Three Essays on the Theory of Sexualitiy,* Standard Editions, Londres, Hogarth, 1953, pág. 160. [Trad. esp.: *Tres ensayos sobre teoría sexual,* Madrid, Alianza, 1993.]

> observar racimos de islas, grandes y pequeñas... Han emergido nuevas categorías y minorías eróticas. Las más antiguas han experimentado un proceso de subdivisión en los gustos más sofisticados; aptitudes y necesidades específicas vienen a ser la base de la proliferación de identidades sexuales[23].

Dicho de otra forma, la diversidad sexual, contemplada todavía por los grupos como perversión, se ha trasladado de los cuadernos de la historia casuística hacia el mundo social de cada día.

Vista en estos términos, la decadencia de la perversión debe ser considerada como una batalla, en parte victoriosa, en el contexto del estado democrático liberal. Las victorias han sido ganadas, pero las confrontaciones continúan, y las libertades que han sido logradas podrían todavía ser barridas probablemente por una marea reaccionaria. Los homosexuales todavía deben oponerse a prejuicios profundamente arraigados, y con mucha frecuencia, a una violencia clara. Sus luchas emancipatorias encuentran resistencias quizás tan profundas como las que continúan obstruyendo el acceso a la igualdad económica y social.

No hay razón para dudar sobre tal interpretación. Aunque haya otra forma de ver las cosas, que sugiere que la incipiente sustitución de la perversión por el pluralismo es parte de una gama de cambios muy amplia, ligada integramente con la expansión de la modernidad. La modernidad va asociada con la socialización del mundo natural: la sustitución progresiva de estructuras y acontecimientos, que serían parámetros externos de la actividad humana, por procesos socialmente organizados. No sólo la vida social misma, sino lo que solía ser considerado como "naturaleza" se convierte en algo dominado por sistemas socialmente organizados[24]. La reproducción fue en cierta ocasión parte de la naturaleza y la actividad heterosexual fue inevitablemente su punto focal. Una vez que la sexualidad ha llegado a ser un componente "integral" de las relaciones sociales, como resultado de los cambios ya discutidos, la heterosexualidad ya no es un modelo para juzgarla. Todavía no hemos alcanzado un nivel en el que la heterosexualidad se acepte sólo como un registro entre otros, pero ésta es la implicación de la socialización de la reproducción.

Esta visión de la decadencia de la perversión no resulta incoherente con la otra opinión, ya que la tolerancia debe ser un principio rector del dominio público. Proporciona, sin embargo, una interpretación en la que la emergencia de la sexualidad plástica tiene un pa-

---

[23] Jeffrey Weeka, *Sexuality*, Londres, Tavistock, 1986, cap. 4.
[24] Giddens, *Modernity and Self-Identity*.

pel de primera importancia. Todavía he de decir muchas más cosas sobre la sexualidad plástica en las páginas que siguen. Primero, aludiré a lo que desprecia específicamente Foucault: la naturaleza del amor y en concreto el surgimiento de los ideales del amor romántico. La transmutación del amor es un fenómeno de la modernidad, de análoga importancia a la emergencia de la sexualidad; y se relaciona de forma inmediata con los temas de la reflexividad y de la identidad del yo personal.

CAPÍTULO III

Amor romántico y otras formas de afectividad

"El amor —como observa Bronislaw Malinovski en su estudio sobre los habitantes de las Islas Trobriand— es una pasión tanto para el melanesio como para el europeo, que atormenta la mente y el cuerpo, en mayor o menor escala; conduce a muchos a un callejón sin salida, a escándalo o tragedia; más raramente, ilumina la vida y dilata el corazón que rebosa de gozo"[1]. Entre las reliquias del antiguo Egipto han sobrevivido numerosos ejemplos de poesía amorosa; algunos datados antes del año 1000 a. C. El amor queda descrito allí como la dilatación del ego y también se le atribuyen poderes curativos:

> ¡Verla me conforta!
> Cuando ella abre sus ojos mi cuerpo rejuvenece.
> Su voz me refuerza,
> abrazarla elimina mi enfermedad.
> ¡Ya hace siete días que se marchó de mi lado![2]

Aunque el uso profano de la palabra "pasión" —distinta de su uso anterior, que significaba pasión religiosa— es relativamente moderno, tiene sentido considerar que el amor apasionado, *amour passion*[3], implica una conexión genérica entre el amor y la atracción se-

---

[1] Bronislaw Malinowski, *The Sexual Life of Savages,* Londres, 1929, pág. 69. [Trad. esp.: *Vida sexual de los salvajes del nordeste de la Melanesia,* Madrid, Morata, 1975.]

[2] Citado por Martin S. Bergmann, *The Anatomy of Loving,* Nueva York, Columbia, 1987, pág. 4.

[3] El término es de Stendhal, pero yo no lo utilizo con el significado que tiene, ni sigo la clasificación de tipos de amor que ofrece. Se puede anotar entre paréntesis que, en el periodo temprano de su desarrollo, la ciencia social estaba estrechamente entre-

xual. El amor apasionado está marcado por una urgencia que lo sitúa aparte de las rutinas de la vida cotidiana, con las que tiende a entrar en conflicto. La implicación emocional con el otro es penetrante —tan fuerte que puede conducir al individuo o a los dos individuos a ignorar sus obligaciones ordinarias. El amor apasionado tiene una especie de sortilegio que puede asimilarlo al religioso en su fervor. Cada cosa del mundo parece adquirir una frescura nueva, aunque acaso al mismo tiempo fracasa en el empeño de capturar el interés individual, tan estrechamente ligado con el objeto amoroso. En el nivel de las relaciones personales, el amor pasión es específicamente desorganizador, en un sentido similar al carisma; desarraiga al individuo de lo mundano y genera un caldo de cultivo de opciones radicales así como de sacrificios[4]. Por esta causa, enfocado desde el punto de vista del orden social y del deber, es peligroso. Resulta muy sorprendente que el amor pasión no haya sido reconocido en ningún lugar ni como necesario ni como suficiente para el matrimonio y en la mayor parte de las culturas ha sido considerado como subversivo.

El amor pasión es un fenómeno más o menos universal. Debe ser diferenciado, como probaré, del amor romántico, que es más específico de una cultura. En las páginas que siguen trataré de definir ciertos rasgos distintivos del amor romántico y señalar sus implicaciones. Mi propósito es primero de índole analítica; no deseo escribir una historia del amor romántico, ni siquiera en esquema. Sin embargo, será preciso comenzar con una breve introducción histórica.

Matrimonio, sexualidad y amor romántico

En la Europa premoderna, la mayor parte de los matrimonios se realizaban por contrato, no sobre la base de la atracción sexual mutua, sino por las circunstancias económicas. En las clases pobres, el matrimonio era un medio de organizar el trabajo agrícola. Una vida caracte-

---

verada con la especulación sobre la naturaleza del amor y también sobre las divisiones entre los sexos. Stendhal estaba muy influido por Destutt de Tracy y se refería a este libro sobre el amor como un "libro de ideología". Él interpretaba esto como un "discurso sobre las ideas", pero esto asume también la forma de una investigación social. La fascinación de Comte sobre el amor queda documentada y evidenciada en sus últimos escritos por su asociación con Clothilde de Vaux. Durante el periodo "clásico" de formación de la sociología moderna, sin embargo, estas influencias han permanecido sumergidas. Durkheim, por ejemplo, que citó frecuentemente a Comte, en otros aspectos, ha dedicado poca atención a esta última obra de Comte y se ha referido a ella con cierto menosprecio.

[4] Francesco Alberoni, *Falling in Love,* Nueva York, Random House, 1983. [Trad. esp.: *Enamoramiento y amor,* Barcelona, Gedisa, 1988.]

rizada por un ininterrumpido trabajo duro era incapaz de conducir a la pasión sexual. Se ha escrito que entre los campesinos de la Francia y de la Alemania del siglo XVII, los besos, las caricias y otras formas de afecto físico, asociadas con el sexo, eran raras entre las parejas casadas. Las oportunidades para los hombres, de emprender aventuras extramatrimoniales, sin embargo, eran frecuentemente muy numerosas[5].

Sólo entre grupos aristocráticos se permitía abiertamente la licencia sexual entre las mujeres "respetables". La libertad sexual sigue al poder y es una expresión del mismo. En ciertos momentos y lugares, en estratos aristocráticos, las mujeres estaban suficientemente liberadas de las exigencias de la reproducción y del trabajo rutinario, para ser capaces de procurarse un placer sexual independiente. Desde luego, jamás se relacionó esto con el matrimonio. En la mayor parte de las civilizaciones se han creado historias y mitos que proclaman el mensaje de que quienes pretenden crear lazos permanentes por medio del amor pasional quedan condenados.

La diferenciación trazada entre la sexualidad "casta" del matrimonio y el carácter apasionado o erótico de los asuntos extramaritales fue bastante común entre otras aristocracias distintas de las europeas. Lo específico de éstas era la emergencia de ideales amorosos estrictamente relacionados con los valores morales del cristianismo[6]. El precepto de que alguien debería dedicarse a Dios para conocerle, y que por medio de este proceso se lograba el auto-conocimiento, se hizo parte de la unidad mística entre hombre y mujer. La idealización temporal del otro tipo de amor apasionado se unió aquí a una implicación más permanente con el objeto amoroso. Aparece aquí presente ya en una fecha temprana cierto ingrediente de reflexividad[7].

El amor romántico, que comenzó a hacerse notar a partir de finales del siglo XVIII en adelante, asumió estos ideales e incorporó elementos del *amour passion,* sin ser nunca distinto de ambos. El amor romántico introdujo un elemento novelesco dentro de la vida individual —una fórmula que difundía radicalmente la reflexividad del amor sublime. La narración de una historia es uno de los significados del término "romance" (novela). Esta historia quedaba individuali-

---

[5] Michael Mitterauer y Reinhard Sieder; *The European Family,* Oxford, Blackwell, 1982, págs. 126-9. Estas opiniones, sin embargo, resultan controvertidas entre los historiadores.

[6] Esto es discutido de una forma especialmente sutil, por Niklas Luhmann, *Love as Passion,* Cambridge, Polity, 1986, cap. 5. [Trad. esp.: *El amor como pasión,* Barcelona, Ed. 62, 1985.]

[7] Beatrice Gottlieb, "The meaning of clandestine marriage", en Robert Wheaton y Tamara K. Hareven, *Family and Sexualitiy in French History,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1980.

zada ahora, insertando al yo y al otro en una narrativa personal, que no incluía una referencia particular a un proceso social más amplio. El surgimiento del amor romántico coincidía más o menos con la emergencia de la novela: la conexión de ambas constituyó una nueva forma narrativa.

El complejo de ideas asociadas con el amor romántico, amalgamaba por primera vez el amor con la libertad, considerados ambos como estados normativamente deseables. El amor pasional siempre ha sido liberador, pero sólo en el sentido de generar una ruptura con la rutina y el deber. Esta cualidad del *amour passion* fue lo que lo puso justamente al margen de las instituciones existentes. Los ideales del amor romántico, en contraste, lo insertaron directamente en los lazos emergentes entre libertad y autorrealización.

En el amor romántico, los afectos y lazos, el elemento sublime del amor, tienden a predominar sobre el ardor sexual. La importancia de este punto difícilmente puede ser sobreestimada. El complejo del amor romántico es, a este respecto, tan inhabitual en la historia, que Max Weber lo describe como un ingrediente de la ética protestante[8]. El amor rompe con la sexualidad a la vez que la incluye. La "virtud" asume un nuevo sentido para ambos sexos, y ya no significa sólo inocencia, sino cualidades de carácter que seleccionan a la otra persona como "especial".

Se supone que el amor romántico implica frecuentemente una atracción instantánea: "amor a primera vista". Sin embargo, en la medida en que la atracción inmediata forma parte del amor romántico, debe ser separada claramente de las compulsiones erótico-sexuales del amor-pasión. El primer "golpe de vista" es un gesto comunicativo, un impacto intuitivo de las cualidades del otro. Se trata de un proceso de atracción para alguien que puede —como se dice— hacer completa y plena la vida de alguien.

La idea de "novela / romance", en el sentido que el término vino a asumir en el siglo XIX, contribuyó simultáneamente a producir cambios seculares que afectaban a la vida social como un todo[9]. La modernidad es inseparable del ascenso de la razón, cosa que implica asumir que la comprensión de los procesos físicos y sociales sustituye al papel arbitrario del misticismo y del dogma. La razón no deja sitio a la emoción, porque simplemente ésta cae fuera de su dominio; pero

---

[8] Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism,* Londres, Allen and Unwin, 1976. [Trad. esp.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Barcelona, Ed. 62, 1993.]

[9] Lawrence Stone, *The Family, Sex and Marriage in England 1500-1800,* Harmondsworth, Pelican, 1982, págs. 189 ss.

de hecho la vida emocional se ha reorganizado en el marco de las condiciones cambiantes de las actividades del día a día. Por encima del umbral de la edad moderna, los encantos del amor, los filtros y afrodisiacos, eran instrumentos a merced de hombres y mujeres "astutos", que podrían ser utilizados para ayudar y controlar los caprichos. Cabía la alternativa de consultar a un sacerdote. El fatum del individuo, su destino, sin embargo, en sus relaciones personales y en otras esferas, estaba ligado a un orden cósmico más amplio. La novela, tal y como aparece desde el siglo XVIII en adelante, tiene todavía resonancias de las concepciones del fatum cósmico, aunque mezcladas con una actitud que contemplaba un futuro abierto. Una novela ya no era, como había sido considerada anteriormente, el conjuro específicamente irreal de un grupo de posibilidades en un reino de ficción. En lugar de eso, se convirtió en una vía potencial para controlar el futuro, así como en una forma de seguridad psicológica (en principio) para aquellos cuyas vidas estaban afectadas por aquél.

PAPELES DE LOS SEXOS Y AMOR

Alguien ha dicho que el amor romántico ha sido un complot urdido por los hombres contra las mujeres, para llenar sus mentes con sueños vanos e imposibles. Aunque tal opinión no puede explicar el atractivo de la literatura romántica, ni el hecho de que las mujeres tuviesen un gran papel en su difusión. "Es rara la mujer joven en el Reino Unido —escribía alguien en *The Lady's Magazine,* con cierta exageración, en 1773— que no haya leído con avidez un gran número de novelas románticas." "Estas publicaciones —añadía el escritor, con acritud— tienden a viciar el gusto"[10]. Un creciente número de novelas e historias románticas, que no ha descendido en la actualidad —muchas escritas por mujeres— inundaron las librerías desde los inicios del siglo XIX hasta nuestros días.

El surgimiento del hecho complejo del amor romántico debe ser comprendido en relación con diversos conjuntos de influencias que afectaron a las mujeres de alrededor de finales del siglo XVIII en adelante. Una fue la creación del hogar, a la que ya nos hemos referido. La segunda fue el cambio de relaciones entre padres e hijos; la tercera fue lo que algunos han descrito como "invención de la maternidad". En lo que concierne al status de las mujeres todos estos factores quedaron estrechamente integrados[11].

---

[10] *Ibíd.* pág. 189.

[11] Ann Dally, *Inventing Motherhood,* Londres, Burnett, 1982. Véase también Eliza-

Aunque quepa discutir si la infancia es o no una creación de un pasado relativamente reciente, como ha mostrado recientemente Ariès, es incuestionable que los modelos de la interacción padres-hijos, quedaron alterados sustancialmente, para todas las clases durante el "represivo" periodo victoriano. La severidad del padre victoriano es legendaria. Aunque en ciertos aspectos, el poder patriarcal en el medio doméstico quedase bastante menguado a finales del siglo XIX. El poder directo del varón sobre el patrimonio doméstico quedó debilitado al ser éste el centro de un sistema productivo con la separación del hogar y del puesto de trabajo. El esposo detentaba el poder básico, con toda seguridad, aunque el acento creciente puesto sobre el calor emocional entre padres e hijos debilitara frecuentemente el uso del mismo. El control de las mujeres sobre la educación de los hijos aumentó en la medida en que las familias disminuían en número de miembros y los hijos aparecían como vulnerables y necesitados de dirección emocional a largo plazo. Como ha dicho Mary Ryan, el centro del hogar "se trasladó de la autoridad patriarcal al afecto maternal"[12].

La idealización de la madre fue una etapa en la construcción moderna de la maternidad e indudablemente alimentó directamente alguno de los valores propagados en relación con el amor romántico. La imagen de la "madre y esposa" reforzó un modelo de "dos sexos" de actividades y sentimientos diversos. Las mujeres fueron reconocidas como diferentes por los hombres, como incognoscibles —habitantes de un dominio ajeno al hombre. La idea de que cada sexo es un misterio para el otro es vieja y ha sido representada de diversas maneras en diferentes culturas. El elemento distintivo y nuevo es aquí la asociación de la maternidad con la femineidad, como cualidades de la personalidad de la mujer —cualidades que una vez infundidas contribuyeron ampliamente a sustentar las concepciones de la sexualidad femenina. Como observaba un artículo sobre el matrimonio publicado en 1839: "el hombre establece la norma sobre la persona y conducta de su esposa. Fundamenta la norma de sus inclinaciones: él gobierna por decreto, ella por persuasión... el imperio de la mujer es un imperio de ternura... sus instrumentos de mando son las caricias, sus amenazas son las lágrimas"[13].

El amor romántico fue esencialmente un amor feminizado. Como ha hecho ver Francesca Cancian, antes de finales del siglo XVIII, si se

---

beth Badinter, *Myth of Motherhood*, Londres, Souvenir, 1981. [Trad. esp.: *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal (siglo XVIII a XX)*, Barcelona, Paidós, 1992.]

[12] Mary Ryan, *The Craddle of the Middle Class*, Cambridge University Press, 1981, pág. 102.

[13] Francesca M. Cancian, *Love in America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pág. 21.

hablaba de amor era exactamente en relación con el matrimonio, era un amor de camaradería, unido a la responsabilidad mutua de esposos y esposas, para gestionar el patrimonio o la hacienda rural. De esta forma en *The Well Ordered Family,* que apareció justamente después del cambio de siglo, Benjamin Wadsworth escribió de la pareja matrimonial que "el deber de amar es mutuo, debe ser cumplido por ambos"[14]. Con la división de esferas, sin embargo, el fomento del amor se hizo tarea predominante de la mujer, las ideas sobre el amor romántico estaban claramente amalgamadas con la subordinación de las mujeres al hogar y con su relativa separación del mundo exterior. Pero el desarrollo de tales ideas fue también una expresión del poder de las mujeres, una aserción contradictoria de autonomía frente a la privación.

Para los hombres, las tensiones entre amor romántico y *amour passion* se disolvieron separando el confort del entorno doméstico de la sexualidad de la querida o de la prostituta. El cinismo masculino hacia el amor romántico quedó claramente fomentado por esta división, que implicitamente no dejaba de aceptar la feminización del amor "respetable". La prevalencia del doble patrón no dio a las mujeres esta salida. Aunque la fusión de los ideales del amor romántico y de la maternidad permitiría a las mujeres desarrollar nuevos dominios de intimidad. Durante el periodo victoriano, la amistad masculina perdió mucho de su calidad de mutua solidaridad que los camaradas sentían mutuamente. Los sentimientos de la camaradería masculina quedaron relegados en gran medida a actividades marginales, como el deporte u otras actividades de ocio o de participación en la guerra. Para muchas mujeres, las cosas se movían en dirección opuesta. Como especialistas del corazón, las mujeres se relacionaban mutuamente sobre una base de igualdad social y personal, dentro del amplio espectro de las divisiones de clase. La amistad entre mujeres contribuyó a mitigar los desajustes del matrimonio, aunque también se mostró gratificante en su propio sentido. Las mujeres hablaban de amistades cuando los hombres lo hacían en términos de amor. Encontraban ahí un genuino confesionario[15].

El consumo ávido de novelas y narraciones románticas, fue en cierto sentido un testimonio de pasividad. La visión individual en la fantasía de lo que se negaba en el mundo ordinario. La irrealidad de las historias románticas desde este ángulo fue una expresión de debilidad, una incapacidad de adaptar una frustrada identidad a la vida

---

[14] *Ibid.*, pág. 15.

[15] Nancy Cott, *The Bonds of Womanhood,* New Haven, Yale University Press, 1977; Janice Raymond, *A passion for Friends,* Londres, Women's Press, 1986.

social presente. Aunque la literatura romántica fuera también (y lo sigue siendo todavía) una literatura de esperanza, una especie de rechazo. Frecuentemente refutaba la idea de establecer la domesticidad como el único ideal importante. En muchas historias románticas, tras un coqueteo con otros tipos de hombres, la heroína descubre las virtudes del individuo firme, fiable, que puede ser un marido sólido. Frecuentemente, sin embargo, el verdadero héroe es un aventurero ardiente, extravagante, que ignora las convenciones en la prosecución de una vida sin ataduras.

Permítaseme en este punto, concluir que el amor romántico se hizo diferente del *amour passion,* aunque al mismo tiempo contuviese residuos del mismo. *El amour passion* no fue nunca una fuerza social genérica, en la forma en que el amor romántico lo fuera desde finales del siglo XVIII hasta tiempos relativamente recientes. Juntamente con otros cambios sociales, la difusión de los conceptos del amor romántico se vio amalgamada con importantes mutaciones que afectaban tanto al matrimonio como a otros contextos de la vida personal. El amor romántico presupone cierto grado de auto-interrogación. ¿Qué siento hacia el otro? ¿Qué siente el otro hacia mí? ¿Son nuestros sentimientos lo bastante "profundos" como para sustentar un compromiso a largo plazo? A la inversa del *amour passion,* que se desarraiga erráticamente, el amor romántico separa al sujeto de un contexto social más amplio, de una manera diferente. Proyecta una trayectoria vital a largo plazo, orientada a un futuro anticipado aunque maleable; crea una "historia compartida" que ayuda a separar la relación marital de otros aspectos de la organización familiar y a darle una primacía especial.

Desde sus primeros orígenes, el amor romántico suscita la cuestión de la intimidad. Es incompatible con la lujuria, y con la sexualidad terrenal, no tanto porque idealizaba a la persona amada —aunque esto formase parte de la historia— sino porque presupone una comunicación psíquica, un encuentro de espíritus que es de carácter reparador. La otra, por ser quien ella o él es, responde a una carencia que el individuo no reconoce necesariamente —hasta que se inicia la relación amorosa. Esta carencia se debe relacionar inmediatamente con la identidad del ego. En algún sentido, el individuo imperfecto se completa.

El amor romántico ha hecho del *amour passion* un conjunto específico de creencias y de ideales engranados con la transcendencia. El amor romántico puede concluir en tragedia y ser alimentado con la transgresión, pero también produce triunfo, una conquista de preceptos y compromisos mundanos. Este amor se proyecta en dos sentidos: ata, idealiza al otro, y proyecta el curso de procesos futuros. Aunque

la mayor parte de los autores se ha concentrado en el primero de estos rasgos, el segundo es al menos igualmente importante y en cierto sentido está implicado en el otro. El carácter de ensoñación, de fantasía de la novela, tal y como se describe en la literatura popular del siglo XIX, produjo el desdén de los críticos racionalistas, hombres y mujeres, que vieron en él un escapismo absurdo o patético. La opinión aquí sugerida, sin embargo, es que la novela encierra una filosofía impugnadora de la realidad. En el siglo XIX, y posteriormente, participó en el importante esfuerzo de remodelación de las condiciones de la vida personal.

En el amor romántico, la absorción del otro —típica del *amour passion*— queda integrada en la orientación característica de "la búsqueda". La búsqueda es una odisea, en la que la identidad del yo espera su validación del descubrimiento del otro. Tiene un carácter activo y en este sentido la novela moderna contrasta con las historias medievales, en las que la heroína es habitualmente pasiva. Las mujeres en las novelas románticas modernas son en su generalidad independientes e inteligentes y así han sido retratadas[16]. El motivo de la conquista en estas historias no es el de la versión masculina de la conquista sexual. La heroína alcanza y funde el corazón de un hombre, que es inicialmente indiferente y lejano a ella cuando no abiertamente hostil. La heroína produce así activamente el amor. Su amor hace que ella sea amada a su vez, disuelve la indiferencia del otro y reemplaza el antagonismo por la devoción.

Si el *ethos* del amor romántico se entendiese simplemente como el arbitrio de los medios por los cuales una mujer encuentra al hombre adecuado, éste sería algo superficial. Aunque tanto en literatura como en la vida, se represente a veces de esta manera, la captura del corazón del otro es de hecho el proceso de la creación de una biografía narrativa mutua. La heroína amansa, suaviza y altera la masculinidad aparentemente intratable de su objeto amoroso, haciendo posible que la afección mutua llegue a ser la línea directriz principal de sus vidas en común.

El carácter intrínsecamente subversivo del hecho complejo del amor romántico quedó frustrado por la asociación del amor con el matrimonio y la maternidad; y por la idea de que el amor verdadero, una vez encontrado, es para siempre. Cuando el matrimonio, para parte de la población, efectivamente era para siempre, la congruencia estructural entre el amor romántico y la relación sexual quedaba cor-

---

[16] Janice A. Radway, *Reading the Romance,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984.

tada. El resultado puede haber sido, frecuentemente, años de infelicidad, dada la precaria conexión entre el amor como fórmula de matrimonio y las demandas de conservarlo más tarde. Aunque un matrimonio efectivo, bien que no especialmente gratificante, podría quedar sustentado por una división del trabajo entre los sexos, con el dominio del esposo, que asignaba el trabajo retribuido al hombre y a la mujer el de la casa. Podemos ver en este sentido lo importante que es confinar la sexualidad femenina al matrimonio para constituir el distintivo de una mujer "respetable". Esto, al mismo tiempo, ha permitido a los hombres mantener su distancia del reino de la intimidad y mantener la condición de casada como objetivo primario de las mujeres.

CAPÍTULO IV

Amor, compromiso y el nuevo modelo de relación afectiva

A finales de los años 80, Sharon Thompson llevó a cabo una investigación sobre las actitudes, los valores y la conducta sexual de 150 adolescentes americanos de menos de veinte años, de diferentes clases y extracciones étnicas[1]. La autora encontró diferencias importantes entre las formas en que los chicos trataban del sexo (no hablaban frecuentemente de amor), en el curso de sus largas entrevistas con ellos, y en las respuestas de las muchachas. Los chicos se mostraron incapaces de hablar del sexo en forma narrativa, es decir relacionándolo con un futuro proyectado[2]. Ellos hablaban principalmente de episodios sexuales esporádicos, tales como una experiencia heterosexual temprana o de diversas conquistas sexuales. Cuando preguntó a las chicas, por otro lado, Thompson encontró que casi cada una de aquellas con las que habló, podía relatar con poco esfuerzo historias largas, "imbuidas de los descubrimientos, ansiedades y del júbilo ante las relaciones íntimas"[3]. Las muchachas —afirmaba— mostraban habilidades semejantes a las de los novelistas profesionales en su capacidad de relatar una historia detallada y compleja; muchas hablaban durante varias horas, sin necesitar la ayuda del entrevistador.

La naturaleza fluida de estas narrativas del yo personal, afirmaba Thompson, derivaba en gran parte de que éstas habían sido ensaya-

---

[1] Sharon Thompson, "Search for tomorrow: or feminisme and the reconstruction of teen romance", en Carole S. Vance, *Pleasure and Danger. Exploring Female Sexuality,* Londres, Pandora, 1989.

[2] *Ibíd.,* pág. 350.

[3] *Ibíd.,* pág. 351.

das. Eran el resultado de las muchas horas de conversaciones de unas chicas con otras, en cuyo transcurso eran discutidos y definidos los sentimientos y esperanzas. Thompson —perteneciente a una generación anterior— acepta que las narraciones contadas pueden haber sido en parte editadas buscando su beneficio. Pero también se puede decir que ha actuado como portavoz de las reflexiones realizadas por los preguntados. Ella cree "haberse entusiasmado con algo valioso, cuasi profético, como es un primer amor cuando el amante lo vive como semejante a un destino, para el futuro". Aunque ella admita una "adicción a la novela y a los romances"[4].

El romance de la búsqueda

El principal instrumento temático de las historias de las muchachas es denominado por Thompson "romance de la búsqueda". La novela proyecta la sexualidad sobre un futuro anticipado, en el que los encuentros sexuales son considerados como episodios en el camino de una relación amorosa final. El sexo —por decirlo así— es un recurso chispeante, con la relación amorosa como búsqueda del destino. La búsqueda del amor romántico aquí, sin embargo, no significa ya un aplazamiento de la actividad sexual hasta que llegue la deseada relación. Tener relaciones sexuales con una nueva pareja puede ser el inicio de un encuentro predestinado, que se revela así después, pero que no es más que una promesa.

Las siguientes palabras constituyen la descripción de un romance dada por una persona interrogada:

> Descubrimos que vivíamos en el mismo barrio. Nos conocimos al subir al mismo autobús. Entonces descubrimos que no deseábamos utilizarlo, preferíamos caminar porque eso significaba tener más tiempo para hablar. Las dos teníamos nuestras propias ideas sobre el mundo. Comenzamos hablando sobre la escuela y terminamos hablando de la situación en China... a los tres meses, estaba enamorada... fue fascinante[5].

Fascinante lo era —o podía haberlo sido, por lo menos, para un investigador sobre la sexualidad de los adolescentes hace veinticinco años— porque se trataba de una relación lesbiana. Una de las conclusiones del trabajo de Thompson es que la diversidad sexual coexiste

---

[4] *Ibíd.*, pág. 351.
[5] Cit. *ibíd.*, pág. 361.

con la persistencia de las nociones de romance o historia amorosa, aunque a veces mantengan una relación difícil y conflictiva. Las muchachas lesbianas de las interrogadas por Thompson sentían el romance de forma tan vigorosa como las heterosexuales.

"La pérdida de la virginidad" para un chico sigue siendo desde tiempo inmemorial una expresión equívoca. En el caso de los muchachos es un plus, una ganancia. Es un talismán que apunta al futuro; pero no compromete, sin embargo, aspectos nucleares del yo personal, es uno entre otros emblemas de la capacidad masculina. En el caso de las chicas, la virginidad es contemplada como una entrega. La cuestión no es —para la mayoría— si debe formar parte de la primera experiencia sexual, sino cómo elegir el momento y la circunstancia correctos. El hecho se conecta directamente con las narraciones románticas. Los chicos esperan forzar el hecho de la iniciación sexual, las chicas prefieren "retrasar las cosas". Las chicas indecisas se plantean la pregunta —a ellas mismas y también implícitamente a su primera pareja— de quién puede ser él o ella. ¿Me permitirá mi sexualidad determinar el curso de mi vida futura? ¿Me dará poder sexual? La primera experiencia sexual es para muchos un test de si se puede lograr o no un futuro escenario romántico.

Como sugiere la expresión, el romance de la búsqueda no es para estas muchachas un conjunto de aspiraciones pasivas: "algún día llegará mi príncipe azul". A pesar de ser un proceso doloroso y lleno de ansiedad, se trata en realidad de un proceso activo de compromiso con el futuro. Repitiendo a Rubin, Thompson afirma que las mujeres a las que hablaba no debían luchar para lograr la libertad sexual. Esta libertad existe, pero el problema es ejercitarla frente a las actitudes masculinas, que todavía arrastran más de un eco del pasado. Las chicas, por tanto, emergen como los principales experimentos sociales. Thompson lo expresa muy bien en el siguiente párrafo:

> En cierta medida, las muchachas adolescentes de menos de veinte años, luchan con el problema que las feministas del siglo XIX ya predijeron, cuando hablaban de la relación existente entre sexo y reproducción, sobre la base de que ello constituía el único camino que tenían las mujeres para persuadir a los hombres a comprometerse en una relación. Pero, en último término no se trata de un problema de imposición sino de visión. Exige hacer frente a la deconstrucción del sexo, de la historia amorosa y de la intimidad y de renegociar el trato entre los papeles sexuales[6].

---

[6] *Ibíd.*, pág. 360.

Bajo la constricción de estas tareas, algunas chicas tratan de refugiarse en las ideas y modos de conducta preexistentes: la aceptación del doble patrón, "sueños de papamoscas de la maternidad", esperanzas del amor eterno. La mayoría se encuentran a sí mismas separándose de las normas y tabúes inicialmente establecidos, adaptándolos en formas que les hacen gastar una considerable dosis de energía emocional, pero que son muy provisionales y abiertas a la reestructuración, a la luz de posibles acontecimientos futuros.

En la proximidad de los veinte años, muchas de las chicas ya han tenido experiencia de amores desgraciados y están bien convencidas de que un romance no implica permanencia. En una sociedad enormemente reflexiva entran en contacto con numerosas discusiones sobre el sexo y sobre las relaciones y las influencias que afectan a la situación de las mujeres. Los elementos fragmentarios del complejo del amor romántico con el que estas muchachas luchan, al tratar de asumir un control práctico de sus vidas, ya no están totalmente unidos al matrimonio. Todas reconocen virtualmente que desean mantener un empleo reetribuido durante la mayor parte de sus vidas y la mayor parte ven la importancia de las habilidades profesionales como base de su futura autonomía. Sólo unas pocas muchachas entre las interrogadas por Thompson, sin embargo —la mayoría de estrato social medio— consideran el trabajo como una base para su autonomía futura. Una muchacha dijo " mi idea de lo que deseo hacer ahora es hacer la carrera que me gusta... si me caso con alguien o vivo con alguien, y mi pareja me abandonase, no tendré problemas porque yo seré totalmente independiente". Aunque como Thompson averiguó respecto de otras, pronto volvían a los asuntos del romance amoroso y de la sexualidad: "Quiero tener una relación ideal con un muchacho. Espero y deseo que alguien me ame y cuide de mí, lo mismo que yo de él"[7].

Mujeres, matrimonio, relaciones

Sólo durante la pasada generación, asumir el propio destino ha significado abandonar la casa paterna. En periodos anteriores, para todas las mujeres, salvo una pequeña proporción, dejar la casa ha significado casarse. En contraste con la mayoría de los hombres, la mayoría de las mujeres continúa identificando la entrada en el mundo exterior con la creación de lazos. Como han hecho notar muchos co-

---

[7] *Ibíd.*, pág. 356.

mentaristas, incluso cuando un individuo está todavía solo y anticipa simplemente relaciones futuras, los hombres hablan en primera persona del singular (Yo...), mientras que las mujeres que relatan sus sentimientos hablan en términos de nosotros. El discurso individualizado, que aparece en la cita anterior queda cualificado por un "nosotros" subrepticio, evocando alguien que "amará y cuidará" y hará un nosotros del "yo".

En contraste con los miembros de grupos de edades más jovenes de hoy, la experiencia de las mujeres mayores estaba casi siempre enmarcada en el matrimonio, aunque la persona en cuestión no se casase. Emily Hancock investigó las biografías de veinte mujeres americanas, de diversa extracción social, de edades entre los treinta y los setenta y cinco años, a finales de los años 80. Algunas estaban todavía en su primer matrimonio, otras se habían vuelto a casar, estaban divorciadas o habían enviudado. El matrimonio había sido para ellas la experiencia nuclear de la vida de una mujer; aunque muchas de ellas hubieran debido reconstruir retrospectivamente su pasado, porque cuando se casaron por primera vez, el matrimonio era bien diferente de lo que es ahora.

Reproduciremos la historia de Wendy, que tenía treinta y nueve años cuando la entrevistó Hancock. La historia de la vida de Wendy demuestra una conciencia reflexiva cada vez mayor de su identidad personal, provocada parcialmente por los cambios sociales externos y en parte por crisis personales y transiciones que ella debió superar. Wendy es la mayor de cuatro hermanos, de una familia rica de Nueva Inglaterra, en la que los padres se regían por códigos estrictos de "conducta recta". Ella se sustrajo a la autoridad de sus padres por medio del matrimonio, y lo hizo activa y conscientemente, por medio de una "fuga" (término que en el curso de pocas décadas se ha hecho arcaico). Para Wendy el matrimonio era equivalente a entrar en la edad adulta. Ella pensaba que éste era "la recreación de un capullo al mismo tiempo que tú eres también una mariposa plenamente desarrollada".

Su afección hacia su futuro marido facilitó su independencia, al menos tal y como entonces veía las cosas: "esta relación con una nueva persona fue la primera acción realmente independiente que realizó. Muchas otras cosas siguieron a ésta". No obstante, este acto de autonomía le acarreó probablemente dependencia material. "Creo que hubiese sido más radical no casarme, pero no podía tomar esta opción. Nunca me vi como una persona que no se casaría. Esto lo daba por supuesto." Pero ella no deseaba ser sólo un ama de casa, y estaba resuelta a no tener una vida tan pobre y estrecha en perspectivas como la de su madre, cuya principal preocupación era la casa.

Wendy se hizo maestra de escuela y le gustó esta carrera. No abandonó el trabajo con el embarazo, sino que optó por una reducción de jornada.

El marido murió en un accidente. Se vio sumida en una fuerte crisis y perdió los soportes sobre los que descansaba el sentido de su ego adulto. Lo traumático no fue exactamente la aflicción sentida, sino la pérdida de la relación sobre la que había basado sus sentimientos de seguridad y realización. Se sintió arrojada de nuevo hacia la adolescencia, aunque tuviera un hijo que cuidar. Sus padres esperaban que volviese y viviese con ellos; ella resistió con éxito, tras haberse dado cuenta de cuánto había dependido de su matrimonio su sentido de la integridad. Su segundo matrimonio, al igual que el primero, fue debido al amor, y fue "parte de un intento de volver a poner las cosas en su sitio". Pero en este punto ella "tenía más perspectiva" que cuando se casó por primera vez: "haciendo estas cosas con una gran autoconciencia, que procede de la lucha, uno se ayuda a ser consciente de sus posibilidades. Tú las modelas de forma más clara, como una escultura". Wendy tuvo más hijos de su segundo matrimonio; estaba contenta con su vida, también encontró satisfacción en su trabajo retribuido, pero no ambicionaba hacer carrera.

Compárese la experiencia de Wendy con la de Helen, de cuarenta y nueve años cuando la encontró el investigador. Cuando era adolescente, Helen carecía de confianza en sí misma de forma patológica. En el colegio, conoció a un profesor y se casó con él. Éste se hizo rápidamente una reputación en su campo profesional. Al abandonar su educación para casarse, su sentido de la autoestima se hizo muy dependiente al implicarse en las aspiraciones y logros de su esposo. Ella ocupaba parte de su vida, según ella misma reconoció, dirigiendo las relaciones sociales de su marido. Ambos habitaban en las viviendas de la universidad. Cuando él le anunció que deseaba el divorcio, al estarle asignada a él la vivienda, ella hubo de marcharse con su hijo. A la inversa de Wendy, sus padres no le invitaron a vivir con ellos ni le ofrecieron apoyo moral o material.

Llena, primero, de desesperación y aplastada por la soledad, Helen volvió al colegio, asistiendo a clases a tiempo parcial, e hizo el bachillerato. A pesar de todo, desempeñó diversos trabajos femeninos inferiores hasta que logró un puesto en una editorial, desempeñando un papel destacado como editora en el momento de la encuesta. Helen es descrita por Hancock como una persona con un talante agudo y sarcástico, proclive a las afirmaciones sardónicas. Su competencia superficial velaba actitudes de desesperanza y de autodesprecio que le había dejado la conclusión de su matrimonio y de las que jamás se había recuperado. Ella se sentía sumergida en una vida "vacía y

árida". Más que tratar de remodelar su futuro, continuaba "su deriva hacia el infinito". Ella terminaba diciendo: "Usted me pregunta qué ha sido mi vida adulta. Un vacío, eso es lo que ha sido. A la edad de treinta y cinco era un cadáver. Ahora tengo casi cincuenta y no puedo imaginar que serán los próximos quince años. Yo he educado a mi hijo, pero mi sentido del tiempo ha desaparecido"[8].

Una mujer razonablemente satisfecha y realizada, y una solitaria y amargada: historias suficientemente banales cada una, aunque en ambos casos mezcladas con un considerable dolor. ¿Qué nos relatan sobre el amor, puesto que el amor no es un tema dominante en las narraciones de las dos? Sería fácil decir, e imposible discutir, que el matrimonio era una trampa para las dos mujeres, aunque fuese una trampa en la que habían caído deliberadamente. Wendy fue capaz de recuperarse de la pérdida de su marido, mientras que Helen no pudo hacerlo y se vio agobiada por la fuerza opresiva de las circunstancias que frecuentemente tienen que arrostrar las mujeres. Cada una se casó por amor —Wendy lo hizo dos veces—, mas para cada una —sin ser consciente de ello— esto supuso una afirmación de independencia, un medio de forjar una identidad. ¿Quién sabe si Wendy todavía sería capaz de asumir efectivamente su vida si su segundo esposo la dejase?

Al igual que la mayoría de las mujeres entrevistadas por Hancock, ambas trataron de salir del tipo de vida que vivieron sus madres, y que definían como una domesticidad sofocante. El proceso estuvo lleno de tensiones, porque cada una de ellas pretendía distanciarse del modelo de sus madres, sin rechazar la femineidad. Nosotros no vemos aquí la perpetuación de actitudes que ligan matrimonio y amor como "estado final"; pero aquí no se trata de un intento simple de entrar en un mundo masculino por medio de la adopción de valores instrumentales. Estas mujeres, como las otras retratadas en el libro de Hancock, son, en sentido real, pioneras que se mueven en un territorio que carece de mapas geográficos, que trazan puntos de referencia en la identidad del yo personal, mientras se enfrentan y tropiezan con cambios en la naturaleza del matrimonio, la familia y el trabajo.

La paradoja es que el matrimonio es utilizado como medio de lograr una autonomía. El amor romántico, como he sugerido antes, es una apuesta contra el futuro, una orientación para controlar el tiempo futuro por parte de las mujeres, que se hicieron especialistas en asuntos de intimidad (tal y como este concepto se entiende en la actualidad). Ha habido una casi inevitable conexión entre amor y matrimo-

---

[8] Las citas proceden de Emily Hancock, *The Girl Within*, Londres, Pandora, 1990.

nio, para muchas mujeres, en los primeros periodos de la evolución moderna. Pero incluso entonces, aparte de las intervenciones de las autoras y autores feministas, las mujeres estaban de facto explorando otras sendas. La separación del matrimonio respecto de sus raíces tradicionales en los factores "externos", se impuso mucho más vigorosamente sobre las mujeres que sobre los hombres, quienes podían encontrar en el matrimonio y en la familia, sobre todo, un refugio del individualismo económico. Para los hombres, colonizar el futuro en términos de una carrera económica anticipada tendía a excluir del cálculo la forma paralela, pero sustancialmente muy diferente, de colonizar el tiempo ofrecido por el amor romántico. Para ellos, superficialmente, al menos, el amor permanecía más cercano al *amour passion.*

El matrimonio para Wendy y Helen, cuando entraron en el mismo, era ya algo contradictorio, y también abierto a las influencias de un elevado nivel de reflexividad. Todavía no se habían visto privadas de sus soportes "externos" y les proporcionaba un status diferente para mujeres, en calidad de esposas y madres. Aunque al principio de sus vidas, ya no era para ellas una cuestión de "encontrar un hombre", sino algo ligado a tareas y preocupaciones muy distintas de las de la generación de sus madres. Las mujeres como Wendy y Helen ayudaron a preparar el camino para reestructurar la vida íntima, detrás de la que está todo el peso de los cambios tratados en el capítulo I. Si las adolescentes menores de veinte años no hablan mucho sobre el matrimonio, no es porque hayan hecho con éxito una transición a un futuro fuera de la casa, sino porque participan en él y contribuyen a una reorganización importante en curso, del matrimonio y otras formas de vínculo personal. Hablan de relaciones más bien que de matrimonio como tal y llevan razón al hacerlo.

El término "relación", significando una relación emocional estrecha con otro, ha sido utilizada generalmente hace sólo muy poco tiempo. Para clarificar de qué se trata vamos a introducir la expresión *pura relación* para designar este fenómeno[9]. Una pura relación no tiene nada que ver con la pureza sexual, y se trata de un concepto delimitador, más que de una mera descripción. Se refiere a una situación en la que una relación social se establece por iniciativa propia, asumiendo lo que se puede derivar para cada persona de una asociación sostenida con otra y que se prosigue sólo en la medida en que se juzga por ambas partes que ésta asociación produce la suficiente satisfacción para cada individuo. Es habitual considerar que el amor se liga con la sexualidad, en el caso de la mayoría de la población se-

---

[9] Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity,* Cambridge, Polity, 1991.

xualmente "normal", por medio del matrimonio. Pero ahora ambos extremos están cada vez más unidos por medio de la pura relación. El matrimonio —para muchos, aunque no para todos los grupos de la población— ha evolucionado crecientemente hacia la forma de una pura relación, cosa que acarrea muchas consecuencias. La pura relación, repitámoslo, forma parte de una reestructuración genérica de la intimidad. Emerge en otros contextos de la sexualidad, junto al matrimonio heterosexual; en algunas de sus formas referidas es paralelo al desarrollo de la sexualidad plástica. El complejo del amor romántico contribuyó a abrir un camino a la formación de las puras relaciones en el terreno de la sexualidad; pero ahora se ha visto debilitado por ciertas influencias que ayudó a crear.

Mujeres, hombres y amor romántico

Hasta aquí hemos hablado preferiblemente de las mujeres. Si el complejo del amor romántico ha sido desarrollado, y también más tarde se ha disuelto en alguna parte, principalmente por las mujeres, ¿qué ha sucedido a los hombres? ¿Han permanecido los hombres al abrigo de los cambios que las mujeres han contribuido a producir, salvo en su papel de defensores reaccionarios de privilegios en los que se atrincheran? No hay que decir que los hombres participan activamente en los experimentos cotidianos descritos en este libro. Pero me creo justificado al ofrecer una interpretación de la transmutación del amor romántico que excluye en gran medida al hombre. Los hombres actúan pasivamente en la transición que se está realizando. En cierto sentido han sido pasivos a partir de finales del siglo XVIII. En la cultura occidental, al menos, éste es el primer periodo en el que los hombres se encuentran a sí mismos *siendo* hombres, es decir poseyendo una "masculinidad" problemática. En tiempos anteriores, los hombres asumieron que sus actividades hacían "historia", mientras las mujeres existían casi fuera del tiempo, haciendo lo mismo que habían hecho siempre.

Los hombres, al igual que las mujeres, se enamoran, y, que se sepa, así ha sido siempre. También han sido influidos en los dos últimos años por el desarrollo de los ideales del amor romántico, aunque en forma diferente que las mujeres. Los hombres que han aceptado estas nociones de amor han sido vistos por parte de la mayoría como "románticos", en una acepción particular del término. Son, por así decirlo, unos pavisosos, que han sucumbido al poder femenino. Estos hombres han eliminado la división entre las mujeres sin mancha y las impuras, tan central en la sexualidad masculina. El romántico no

trata, sin embargo, a las mujeres como iguales. Él se entrega como esclavo a una mujer (o a varias mujeres, en su caso) y trata de de construir su vida a su alrededor, pero el que sucumba no es un gesto de igualdad. Realmente, no es una participación en la exploración emergente de la intimidad, sino más bien un retroceso a tiempos anteriores. El romántico en este ejemplo no es alguien que ha comprendido intuitivamente la naturaleza del amor como forma de organizar el tiempo futuro y la construcción de la identidad personal.

Para la mayoría de los hombres, el amor romántico se contradice con los imperativos de la seducción. Esta observación implica simplemente que la retórica del amor romántico está entre los recursos utilizados por la mayoría de los donjuanes. Desde el comienzo de las transformaciones que afectan al matrimonio y a la vida personal, los hombres por lo general han quedado excluidos del dominio en desarrollo de la intimidad. Las relaciones entre el amor romántico y la intimidad se vieron suprimidas y el enamorarse fue un hecho estrechamente relacionado con el acceso a las mujeres, a aquellas cuya virtud o reputación estaba protegida hasta que, al menos, una unión quedase santificada por el matrimonio. Los hombres han tendido a ser "especialistas del amor" sólo en lo que concierne a las técnicas de seducción o conquista.

Siempre ha habido una separación entre los sexos en términos de experiencia, crianza y educación. "¡Estas mujeres imposibles! ¿Cómo relacionarnos con ellas? El poeta estaba en lo cierto, no podemos vivir con ellas ni sin ellas" (Aristófanes). En el siglo XIX, sin embargo, por razones ya debatidas, las mujeres se hicieron opacas a los hombres de una forma nueva. Se volvieron misteriosas, como sostiene Foucault, para los numerosos discursos que pretendían conocerlas, que hicieron un "problema" de la sexualidad femenina y trataban sus malestares como formas de discualificación social, ascendiendo de profundidades tenebrosas. Pero ellas se hicieron también problemáticas en virtud de las muchos cambios que ayudaban a introducir.

¿Qué quieren los hombres? En cierto sentido la respuesta ha sido clara y bien comprendida por los dos sexos desde el siglo XIX en adelante. Los hombres desean adquirir status entre otros hombres; el que confieren las recompensas materiales y que va unido a los rituales de la solidaridad masculina. Pero el sexo masculino malentiende aquí una tendencia clave en la trayectoria del desarrollo de la modernidad. Los hombres buscaron la identidad en el trabajo, y se equivocaron —siempre hemos de añadir que en general— al no entender que el proyecto reflexivo del ego implica una reconstrucción emocional del pasado para proyectar una narrativa coherente hacia el futuro. Su de-

pendencia emocional inconsciente de las mujeres era un misterio cuya respuesta estaba en las mismas mujeres. La búsqueda de la identidad quedó ligada con esa dependencia desconocida. Lo que los hombres deseaban es algo que las mujeres habían ya logrado en alguna medida. No me maravilla que los autores masculinos, incluido el narrador de *My Secret Life,* se hayan obsesionado con el secreto de que sólo las mujeres podrían revelar, sin que la acumulación de conquistas amorosas consiga revelarlo en absoluto.

Amor romántico frente a amor confluente

En la época actual, los ideales del amor romántico tienden a fragmentarse frente a la presión de la emancipación sexual femenina. El choque entre el amor romántico y el modelo de las relaciones informales asume varias formas, cada una de ellas tiende a quedar cada vez más expuesta ante la visión general, a causa de la creciente reflexividad institucional. El amor romántico depende de la identificación proyectiva; la identificación proyectiva del *Amour passion,* que significa que las personas que se desean como compañeras de pareja se sienten atraídas y luego se ligan mutuamente. La proyección crea aquí un sentimiento de plenitud con el otro, sin duda reforzado por las diferencias establecidas entre masculinidad y femineidad, definida cada una en términos de antítesis. Los rasgos del otro "se conocen" con una suerte de sentido intuitivo. Aunque en otros aspectos la identificación proyectiva corte el desarrollo de una relación cuya continuación depende de la intimidad. Abrirse uno a otro, condición de lo que llamaré *amor confluente,* es en cierta manera lo opuesto de la identificación proyectiva, incluso si esta identificación a veces establece un sendero hacia ella.

El amor confluente es un amor contingente, activo y por consiguiente, choca con las expresiones de "para siempre", "solo y único" que se utilizan por el complejo del amor romántico. La "sociedad de las separaciones y de los divorcios" de hoy aparece como un efecto de la emergencia del amor confluente más que como una causa. El amor más confluente tiene la mayor posibilidad de convertirse en amor consolidado; cuanto más retrocede el valor del hallazgo de una "persona especial", más cuenta la "relación especial".

En contraste con el amor confluente, el amor romántico siempre ha sido calibrado en términos de papeles de los sexos en la sociedad, como resultado de las influencias ya discutidas. El amor romántico tiene ya una vena intrínseca de igualdad, en la idea de que puede derivar una relación de la implicación emocional de las dos personas,

más que de criterios sociales externos. De facto, sin embargo el amor romántico está profundamente tergiversado en términos de poder. Los sueños de amor romántico han conducido muy frecuentemente a la mujer a una enojosa sujeción doméstica. El amor confluente presupone la igualdad en el dar y recibir emocional, cuanto más estrechamente se aproxima un amor particular al prototipo de la relación pura. El amor sólo se desarrolla aquí hasta el grado en que cada uno de los miembros de la pareja esté preparado para revelar preocupaciones y necesidades hacia el otro. La dependencia emocional enmascarada de los hombres ha inhibido su voluntad y su capacidad de hacerse vulnerables. El *ethos* del amor romántico ha sostenido en cierta medida esta orientación, en el sentido en que el hombre deseable ha sido frecuentemente representado como frío e inaccesible. Aunque desde que tal amor disuelve estas características, que quedan reveladas de forma patente, el reconocimiento de la vulnerabilidad emocional del varón es algo evidentemente presente.

El amor romántico es un amor sexual, pero pone entre paréntesis el *ars erotica*. La satisfacción sexual y la felicidad, especialmente en la forma fantasiosa del romance o de la novela, quedan presuntamente garantizadas por la fuerza erótica que produce el amor romántico. El amor confluente introduce por primera vez el *ars erotica* en el núcleo de la relación conyugal y logra la meta de la realización de un placer sexual recíproco, un elemento clave en la cuestión de si la relación se consolida o disuelve. El cultivo de las habilidades sexuales, la capacidad de dar y experimentar la satisfacción sexual, por parte de ambos sexos, se organiza reflexivamente, por la vía multitudinaria de las fuentes de información, consejo y formación sexual.

En las culturas no occidentales, como se ha dicho inicialmente, el *ars erotica* fue esencialmente una especialidad femenina, y casi siempre limitada a grupos específicos. Las artes eróticas fueron cultivadas por concubinas, prostitutas, o por los miembros de comunidades religiosas minoritarias. El amor confluente se desarrolla como un ideal en una sociedad en la que casi cada uno tiene la posibilidad de quedar sexualmente satisfecho y presupone la desaparición del cisma entre mujeres "respetables" y las que de alguna forma quedan fuera del ámbito de la vida social ortodoxa. A la inversa del amor romántico, el amor confluente no es necesariamente monógamo, en el sentido de la exclusividad sexual. Lo que la pura relación implica es la aceptación —por parte de cada miembro de la pareja hasta nuevo aviso— de que cada uno obtiene suficientes beneficios de la relación como para que merezca la pena continuarla. La exclusividad sexual tiene aquí un papel en la relación, en el grado en que los emparejados lo juzguen deseable o esencial.

Hay que señalar un nuevo contraste, muy importante, entre el amor romántico y el confluente: al igual que la relación pura en general, el amor confluente no tiene una relación específica con la heterosexualidad. Las categorías del romance se han extendido al amor homosexual y se ha desarrollado cierta adaptación de los papeles de las relaciones de feminidad / masculinidad a las parejas del mismo sexo. Ya he apuntado que el amor romántico contiene rasgos que tienden a superar las diferencias sexuales. Sin embargo, el amor romántico se ha orientado específicamente hacia la pareja heterosexual. El amor confluente, aunque no necesariametne andrógino, y quizás todavía estructurado alrededor de la diferencia, presupone un modelo de relación pura, por la razón de que un hecho básico del mismo es conocer los rasgos del otro. Es una versión del amor en la que la sexualidad de una persona es un factor que debe ser negociado como parte de una relación.

Quiero dejar aparte por el momento la cuestión de en qué medida el amor confluente, en la práctica, forma parte de las relaciones sexuales en la actualidad. Hay otros aspectos e implicaciones de las llamadas relaciones puras y su asociación con la identidad y la autonomía personales, que deben ser debatidos antes que otros temas. En esta discusión, tomaré como guías —aunque con una vena crítica— con frecuencia las obras terapéuticas y los manuales de autoayuda. No porque ofrezcan una relación de los cambios que afectan a la vida personal: la mayor parte de los casos constituyen manuales esencialmente prácticos, sino porque son expresiones de procesos de reflexividad que ellos delinean y contribuyen a modelar. Muchas son emancipatorias: apuntan hacia cambios que pueden liberar a los individuos de influencias que bloquean su desarrollo autónomo. Son textos de nuestro tiempo, en un sentido comparable a los manuales medievales de urbanidad, analizados por Norbert Elias, o a los trabajos sobre etiqueta utilizados por Erving Goffman en sus estudios sobre el orden de interacción.

CAPÍTULO V

Amor, sexo y otras adicciones

"He mirado la parte delantera del vestido de una mujer cuando estábamos preparando bocadillos en la misión de la iglesia... He tratado de seleccionar otro paciente en la clínica VD... He dormido con el amigo de mi novio cuando estaba ausente de la ciudad..." ¿Pertenecen estas afirmaciones al ámbito secreto del confesonario católico? No, se trata de afirmaciones realizadas públicamente en la reunión de Adictos Anónimos al Sexo (AAS)[1]. Estas siglas nacieron influidas por el tratamiento del alcoholismo y esa organización imita la de Alcohólicos Anónimos[2]. Los grupos de AAS adoptan el método de recuperación en doce pasos de los alcohólicos anónimos, conforme al cual los individuos aceptan en primer lugar que son presas de una conducta compulsiva que no pueden controlar. El primer paso del "Gran libro" de alcohólicos anónimos dice: "admitimos que carecemos de poder en lo que respecta al alcohol y que nuestras vidas se han hecho incontrolables". Los miembros de AAS están obligados a comenzar reconociendo lo mismo en lo que respecta al sexo y de ahí avanzar hacia el control de sus exigencias sexuales.

En una interesante y significativa inversión de las tendencias enumeradas por Foucault, los impulsores de AAS —que en su mayor parte no son médicos— se han propuesto medicalizar la adicción al sexo. Su "condición" —dicen— debe ser registrada en los manuales de diagnóstico como "el desorden del deseo sexual hiperactivo". La

---

[1] Steven Chaple y David Talbot, *Burning Desires,* Nueva York, Signet, 1990, página 35.

[2] Hay otras organizaciones: Sexaholics Anonymous y Sex and Love Addicts anonymous, que tienen orientación heterosexual principalmente. Otros grupos, tales como Sex Compulsives Anonymous son organizaciones homosexuales.

noción puede parecer rebuscada, en la medida en que se puede decir que una parte muy sustancial de la población estaría afectada por la misma. Se puede decir lo mismo de la adicción al alcohol, que de acuerdo con algunos afecta a una cuarta parte de los adultos en Estados Unidos.

Se tardó mucho tiempo hasta que el alcoholismo fuese aceptado oficialmente en los círculos médicos como una adicción, aunque tenga una base psicológica definida.

La adicción al sexo podría parecer a primera vista como otra excentricidad, o acaso como un nuevo modo de explotar a un populacho crédulo, una vez que una categoría psiquiátrica reconocida puede ayudar a partes interesadas a ser objeto de una financiación médica, producir una ayuda a la investigación y presentarse a sí misma como un plantel de expertos. Pero hay que ir más allá de lo que sugeriría esta consideración, tanto en el área de la actividad sexual como en un nivel más amplio. El sexo es sólo una de las adicciones proliferantes reconocidas durante los últimos años. Es posible llegar a ser adicto, entre otras cosas, a las drogas, a la comida, al trabajo, a fumar, a ir de tiendas, al ejercicio, al juego, y —además del componente específicamente sexual—, también al amor y a las relaciones[3]. ¿Por qué esta adicción ha venido a ser un tema ampliamente tratado sólo en un periodo relativamente reciente? Para responder a esta pregunta, que tiene una gran importancia entre los argumentos desarrollados en mi libro, consideremos el tema de la adicción al sexo y analicemos en qué sentido, si lo hay, se trata de un fenómeno real y no de una novedad terapéutica superficial.

Sexo y deseo

"Las mujeres quieren amor, los hombres sexo." Si este estereotipo descarnado fuese cierto, no habría problema alguno sobre la adicción al sexo. El apetito sexual, tal y como aparece en muchos compañeros masculinos de pareja, sería una característica definitoria de su masculinidad. El deseo de amor de las mujeres anularía cualquier inclinación sexual, y esto sería el precio que deberían pagar por adquirir las recompensas de amar y de ser amado.

No obstante, esta vetusta y vieja observación, al menos en el mundo actual, podría plantearse de nuevo: ¿desean las mujeres sexo?

---

[3] Joyce Ditzler y James Ditzler, *If You Really Loved Me-How to survive an Addiction in the Family*, Londres, MacMillan, 1989, es precisamente una muestra de una literatura muy extensa.

Sí, por primera vez las mujeres en general lo desean, más que como especialistas en una *ars erotica,* y son capaces de buscar el placer sexual como un componente básico de sus vidas y de sus relaciones. ¿Desean amor los hombres? Ciertamente sí, a pesar de las apariencias en contrario; quizás más que la mayoría de las mujeres, aunque en formas que todavía hay que investigar. La posición de los hombres en el dominio público se ha logrado a expensas de su exclusión del proceso de transformación de la intimidad.

Veamos donde podríamos ver si esta afirmación es refutada. Comenzaremos describiendo los avatares de Gerri, una mujer joven que entró en contacto con un grupo de AAS en el área de Minneápolis y que partició en el grupo de investigación sobre la adicción sexual femenina, cuyos trabajos nos refiere Charlotte Kasl[4]. Antes de unirse a AAS, Gerri llevó una vida tan esquizofrénica como la de un hombre que podría haber mezclado la probidad en las actividades laborales con la prosecución calculada de conquistas sexuales fuera de sus jornadas de trabajo. Durante el día era asistente docente en un colegio. Por las tardes, a veces, daba otras clases, pero frecuentaba algunos bares y en los meses anteriores a afiliarse a AAS mantuvo relaciones simultáneamente con cuatro hombres diferentes, que ignoraban la existencia de los demás. Cayó en una crisis cuando se dio cuenta de que —a pesar de tomar mayores precauciones que antes— había contraído una enfermedad venerea (por duodécima vez en su vida). Cuando quiso avisar a otros que pudieran haber quedado contagiados, vio que debería establecer contacto con al menos catorce hombres, con los que estuvo implicada durante un corto periodo.

Fue incapaz de decidirse a hacer eso porque no podía enfrentarse con la indignidad de confesar esto en las llamadas de teléfono necesarias, en parte porque estaba temerosa de que los hombres a los que había visto regularmente, descubrirían su duplicidad hacia ellos. Gerri se dio cuenta de lo que era la adicción sexual cuando se encontró con un artículo sobre el tema en la prensa local, que mencionaba un departamento en el hospital sobre asuntos de sexo. La idea de acudir a ella pasó por su mente, pero en lugar de ello telefoneó a uno de sus ligues amigos y pasó la noche con él. Tardó unos días en establecer contacto con la clínica, pocos días después, después de otro

---

[4] Charlotte Kasl, *Women, Sex and Addiction,* Londres, Mandarin, 1990. El libro de Kasl es un instrumento magnífico para reflexionar sobre la adicción sexual. Me inspiraré en él sustancialmente en lo que sigue. Al igual que a mucha literatura terapéutica, me refiero a él durante todo este libro; sin embargo la trato con el método documental de Garfinkel, es decir, como un documento sobre los cambios sociales y personales en proceso, pero también como un síntoma de los mismos.

episodio sexual. Volviendo en automóvil a su apartamento con uno de sus amigos, sufrió un accidente de coche. Así lo relataba:

> Estaba en un estado de shock cuando llegamos a casa. Incluso entonces quise hacer el amor. Habitualmente puedo hacer que el sexo funcione, pero aquella noche no pude. Durante el coito sentí náuseas y mareos. Me alegré al ver que mi amigo vino a casa durante la noche, no tenía interés en verle de nuevo, pero mi ego se sintió ofendido de que no me llamase al día siguiente. Me enorgullezco de que me persigan los hombres[5].

Gerri sintió que su vida estaba fuera de control y pensaba frecuentemente en el suicidio. Trató de prescindir de sus encuentros sexuales durante varios meses, tras unirse al grupo AAS, al que le había enviado la clínica. Durante este tiempo fue arrestada por fraude a la seguridad social. Las autoridades decían que antes de obtener su puesto de trabajo docente, había obtenido beneficios asistenciales a los que no tenía derecho. La imputación era dudosa y su caso fue una especie de *cause célebre,* que recibió el apoyo de varias organizaciones de defensa de los derechos femeninos.

En resumen, varias mujeres acusadas de delitos similares aparecieron antes que ella, todas se confesaron culpables. Ella afirmó, sin embargo, que no lo era. La acusación contra ella fue sobreseída. Gerri, consiguientemente, se convirtió en un miembro prominente de un grupo que impugnaba casos en los que las mujeres que exigían prestaciones sociales quedaban penalizadas. Ella abogaba porque se viera "cómo las mujeres eran humilladas y se observasen las sentencias tan duras que recibían por tratar de sobrevivir". Al luchar por sus derechos, ella "pudo ver cómo se precisaba su meta propia en la vida". Antes, había dicho, "el sexo es un camino para conseguir el poder... el único que conocía"[6]. Comenzó una nueva relación con un hombre y trató de no ligarse sexualmente con ningún otro.

¿Actuó Gerri de la misma forma que un sinnúmero de varones seductores, que tratan de experimentar una vida sexual tan variada como les fuera posible? La respuesta es un rotundo sí. Ella estaba empeñada en una especie de búsqueda, a través del uso de la sexualidad, que sólo puede quedar descrita como una búsqueda frustrada de la identidad. Este objetivo no era el romance convencional de la búsqueda. Persiguió activamente a los hombres y no esperó en su casa que la llamasen. Su autoestima estaba ligada a sus hazañas sexuales,

---

[5] *Ibíd.*, pág. 86.
[6] *Ibíd.*, pág. 439.

que incluían sus habilidades tanto en dar como en recibir placeres sexuales. Y ella podía exhibir una larga lista de hombres "conquistados".

Hay un tono trágico y desesperado en esta historia, que a veces emerge también en las historias masculinas de tipo análogo, aunque aquí sea menos evidente. Puede haber muy bien algunas mujeres hoy día que, sin demasiados problemas psíquicos, adopten una actitud análoga a la masculina cuando organizan la dinámica de su propia conducta sexual; pero ciertamente, Gerri no era de ellas, ya que su conducta le proporcionaba gran sufrimiento. Hay que añadir que sus padres eran alcohólicos y su padre combinaba el alcoholismo con una tendencia a cóleras violentas, dirigidas frecuentemente contra sus hijos. Abusó sexualmente de sus cuatro hijas. Gerri aprendió a ponerse guapa para él —en otras palabras, cedió a sus propuestas sexuales— para protegerse a sí misma y a sus otras hermanas de los golpes y malos tratos. En una ocasión denunció a su padre ante la oficina local de protección del menor. Cuando un trabajador social visitó la familia, su padre logró persuadirle de que no había nada malo en la familia. Más tarde volcó su cólera con ella y nunca más se atrevió a quejarse públicamente.

Gerri "deseaba sexo". Trataba de integrar sus nuevas experiencias sexuales con las otras exigencias de su vida. Aprendió pronto que el sexo le daba una medida de control sobre un mundo, sobre el que su influencia real era limitada y problemática. Gerri sentía que su vida no era auténtica y efectivamente no lo era. Se comportaba de hecho como un aventurero sexual masculino, pero sin el apoyo masculino, o la aceptación de las normas generales, que la mayor parte de los hombres tienen. Podía llamar a los hombres y buscar activamente nuevas parejas, pero no podía buscar un contacto sexual más allá de cierto punto, de la misma manera que lo hace el hombre. Muchos hombres, quizás la mayoría, encuentran inapropiado y amenazador que las mujeres se comporten como éstos lo hacen con ellas. La necesidad de una aprobación sexual constante ha llegado a ser parte del carácter de Gerri, pero ésta debe buscarla en un mundo controlado por los hombres.

La naturaleza de la adicción

Antes de decidir si es razonable hablar de la conducta de Gerri como adicción al sexo, permítaseme situarme en una perspectiva más general y considerar qué significa la idea de adicción. La noción de adicción estuvo ligada en su origen casi totalmente a la dependencia química, del alcohol o de drogas de diversos tipos. Una vez medicali-

zada la idea, fue definida como una patología física: la adicción en este sentido se refiere a un estado del organismo. Este concepto, sin embargo, implica el hecho de que la adicción se expresa en una conducta compulsiva. Incluso en el caso de dependencia química, la adicción se mide de facto en términos de las consecuencias que tiene el hábito para un control del individuo sobre su vida, más las dificultades inherentes para liberarse de este hábito.

Toda la vida social está sustancialmente rutinizada: tenemos modos regulares de actividad que repetimos día a día y que dan forma a nuestras vidas y reproducen instituciones mayores, a las que contribuyen nuestras conductas. Pero estas rutinas no son todas de una pieza. Craig Nakken hace un útil conjunto de distinciones entre modelos de acción, hábitos, compulsiones y adicciones[7]. Un modelo es simplemente una rutina que ayuda a ordenar la vida diaria, pero que un individuo puede alterar cuando lo juzgue necesario. Así, alguien puede sacar el perro a pasear la mayor parte de las mañanas, pero también puede hacerlo por la tarde, si es necesario. Un hábito es una forma más psicológicamente vinculante de conducta repetitiva que un modelo; se requiere un esfuerzo distinto de la voluntad para alterarlo o romperlo. Las actividades habituales son frecuentemente descritas con la palabra "siempre". "Siempre ceno a las ocho de la tarde."

Una compulsión es una forma de conducta que un individuo encuentra muy difícil, o imposible, de detener sólo con el poder de su voluntad. Obrar a impulsos de la misma produce una liberación de tensiones. Las compulsiones habitualmente asumen la forma de rituales personales estereotipados, como en el caso en que un individuo se lava cuarenta o cincuenta veces al día para sentirse limpio. La conducta compulsiva se asocia al sentimiento de pérdida de control sobre el ego. Algunos pueden realizar las acciones rituales en una especie de estado de trance. El no hacerlo causa un exceso de ansiedad.

Las adicciones son compulsivas, aunque tampoco son menos rituales; colorean amplias áreas de la vida individual. Una adicción incluye todos los aspectos de conducta ya mencionados y algunos más. Puede ser definido como un hábito estereotipado que se asume compulsivamente; el sustraerse al mismo proporciona una ansiedad incontrolable. Las adicciones proporcionan una fuente de bienestar para el individuo, al aplacar la ansiedad, pero esta experiencia es siempre más o menos transitoria[8].

---

[7] Craig Nakken, *The Addictive Personality, Roots, Rituals and Recovery,* Centre Cuty, Minn., Hazelden, 1988.

[8] Stanton Peele, *Love and Addiction,* Nueva York, New American History, 175.

Todas las adicciones son esencialmente narcotizantes, pero el efecto químico, si lo hay, no es un elemento esencial de la experiencia adictiva.

Enumeraré, a continuación, alguna de sus características principales:

1. Lo "elevado". Lo elevado es lo que los individuos buscan —hablando en términos de Erwin Goffman— allí donde está la acción[9]; se trata de una experiencia que se sitúa fuera de lo ordinario, de las características mundanas de la vida cotidiana. Es un sentimiento momentáneo de exaltación que la persona disfruta cuando se produce una sensación especial —un momento de liberación. Lo elevado es a veces, aunque no siempre, un sentimiento de triunfo así como de relajación. Antes de convertirse en un proceso de adicción, lo elevado es una experiencia intrínsecamente gratificante. Una vez establecido un modelo adictivo, sin embargo, el sentimiento de liberación predomina sobre las características inherentes de cualesquiera de las sensaciones implicadas.
2. Lo "fijo". Cuando una persona es adicta a una experiencia específica o forma de conducta, el objetivo de lograr algo elevado se convierte en la necesidad de lograr algo fijo. Lo fijo facilita la ansiedad e introduce al individuo en la fase narcotizante de la adicción. Lo fijo es necesario psicológicamente, pero antes o después va seguido por la depresión y por sentimientos de vacío. Y el ciclo comienza de nuevo.
3. Lo elevado y lo fijo son formas de ponerse "fuera del tiempo". Los esfuerzos del individuo están temporalmente en éxtasis y aparecen lejos. La persona se encuentra "en otro mundo" y puede considerar sus actividades ordinarias con un distanciamiento cínico e incluso con desdén. Este desafecto incluye usualmente la desesperación de que la adicción no pueda ser controlada; es algo que sucede a pesar de las "mejores intenciones del individuo".
4. La experiencia adictiva es una relajación del yo, un abandono temporal de esta preocupación reflexiva por la protección de la identidad genérica en muchas circunstancias de la vida de cada día. Algunas formas de lo elevado —las asociadas con el éxtasis religioso, por ejemplo— definen la experiencia específicamente como pérdida del ego reflexivo. En las adicciones, sin embargo, tales sensaciones son normalmente una parte secular del mo-

---

[9] Erving Goffman, *Interaction Ritual*, Londres, Allen Lane, 1972.

delo de conducta. El sentimiento de desplazamiento del yo es intrínseco a la sensación de liberación de la ansiedad.

5. El sentido de pérdida del control de la identidad consciente va seguido de sentimientos de vergüenza y remordimiento. Las adicciones no son ordinariamente fórmulas de un estado de equilibrio sino que tienden a crecer en importancia. Se puede producir un fenómeno de retroalimentación, con lo que crece la dependencia, disminuye el bienestar y aumenta el miedo y el sentimiento de autodestrucción.
6. La experiencia adictiva es sentida como algo muy especial, en el sentido de que constantemente no se desea nada más. No obstante, las adicciones son con frecuencia equivalentes funcionalmente, en términos físicos, para el individuo. Una persona luchará para liberarse de una adicción sólo para sucumbir a otra, y quedará aprisionado en un nuevo modelo de conducta compulsiva. Él o ella pueden emparejar dos formas de conducta adictiva, por ejemplo beber o fumar mucho, o —a veces— utilizar temporalmente una para neutralizar la ansiedad creada por la otra. La conducta adictiva puede quedar "acodada" en el maquillaje psicológico del individuo, perviviendo en forma de rasgos adictivos menores o compulsiones que recubren la adicción nuclear. El hecho de que las adicciones tiendan a ser intercambiables funcionalmente apoya la conclusión de que éstas señalan la existencia de una capacidad subyacente de hacer frente a ciertas especies de ansiedad.
7. La pérdida del yo y el disgusto característico de las adicciones no deben identificarse necesariamente con la indulgencia. Todas las adicciones son patologías de la autodisciplina, pero tales desviaciones pueden ir en dos direcciones —apretar o aflojar. Podemos ver expresada cada una de estas tendencias en las adicciones a los alimentos, que pueden tomar la forma de un devorar compulsivo o de una abstinencia anoréxica. Aunque la bulimia y la anorexia sean opuestas, son dos caras de la misma moneda y frecuentemente coexisten como propensiones del mismo individuo.

ADICCIÓN, REFLEXIVIDAD, AUTONOMÍA DEL YO

En los países occidentales, la gente de diferentes estratos sociales consume alcohol, así como otras drogas, pero no por eso se llaman adictos. Hasta el siglo XIX, la ingesta regular de alcohol, por ejemplo, ha sido vista sólo como un "problema social", cuando conducía al desorden público. La idea de que se puede ser adicto procede de me-

diados del siglo XIX. El término no se hizo de uso común hasta más tarde y precede en un cierto tiempo a la aplicación difusa del término para la adicción alcohólica. La invención de la categoría de adicto —en términos de Foucault— es un mecanismo de control, una nueva red de poder/conocimiento. Aunque marca también un paso por la vía real hacia la emergencia del proyecto reflexivo del yo, que es emancipatorio y coactivo. El adicto, después de todo, es alguien que es "intemperante", palabra que no se refiere sólo a un orden público, sino al rechazo, a la inclinación a no aceptar tranquilamente la carga de cada uno.

La adicción indica un modo particular de control sobre las partes de la vida cotidiana y también sobre el yo. La importancia específica de la adicción puede ser entendida en términos de una sociedad en la que la tradición ha sido más eliminada que nunca anteriormente, y en la que el proyecto reflexivo del yo asume correspondientemente una importancia especial. Donde amplias áreas de la vida de una persona ya no están conformadas por modelos y hábitos preexistentes, el individuo se ve obligado continuamente a negociar opciones de estilo de vida. Además —cosa crucial— estas opciones ya no son aspectos "externos" o marginales de las actitudes individuales, sino que definen donde "está" el individuo. En otras palabras, las opciones de estilo de vida son constitutivas de la narrativa reflexiva del yo[10].

El hecho es que el alcoholismo fuese identificado como una patología física en cierto periodo, mientras dirigía su atención fuera de las conexiones entre adicción, opción de estilo de vida e identidad. La promesa emancipatoria que encerraba estaba bloqueada hasta el grado en que quedó percibida como una enfermedad semejante a cualquier otra. Aunque el primer programa de alcohólicos anónimos ya reconocía que recuperarse de la adicción significaba asumir profundos cambios en el estilo de vida y en el reexamen de la identidad del ego. Como sucede con la psicoterapia y el consejo médico, quienes asisten a reuniones encuentran una atmósfera en la que se suspende el espíritu crítico o el juicio. Los miembros se ven estimulados a revelar sus preocupaciones y ansiedades más íntimas, de forma abierta, sin miedo ni embarazo ni respuesta abusiva. La razón de ser de estos grupos es realizar una reescritura de la narrativa del yo.

En un orden postradicional, la narrativa del yo se ha visto de hecho reelaborada continuamente y las prácticas de la vida se alinean

---

[10] Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity*, Cambridge, Polity, 1991.

con ella, si se quiere que el individuo combine la autonomía personal con un sentido de la seguridad ontológica. Los procesos de autoactualización, sin embargo, son frecuentemente parciales y limitados. De aquí que no sea sorprendente que las adicciones tengan una gama tan amplia. Una vez que la reflexividad institucional llegue a empapar virtualmente todas las partes de la vida social de cada día, casi cada modelo, patrón o hábito, puede convertirse en una adicción. La idea de adicción tiene poco sentido en una cultura tradicional, donde es normal hacer hoy lo mismo que se hizo ayer. Cuando hay una continuidad de la tradición y un modelo social particular, establecido de antemano, que es obedecido, así como sancionado como correcto y justo, nada podría ser descrito fácilmente como una adicción ni servir como una afirmación sobre las características específicas del yo. Los individuos no podrían seleccionar y elegir, y tampoco tendrían obligación de descubrirse a sí mismos en sus hábitos y acciones.

Las adicciones, entonces, son un índice negativo del grado en que el proyecto reflexivo del ego se traslada a un puesto de plataforma central en la modernidad tardía. Son modos de conducta que se introducen —quizás en forma muy consecuente— en este proyecto, pero rechazan quedar incorporadas en el mismo. En este sentido todos son perjudiciales para el individuo y sería fácil ver por qué el problema de superarlos invade ahora la literatura terapéutica. Una adicción es una incapacidad de colonizar el futuro y, en cuanto tal, realiza una transgresión de las primeras preocupaciones con las que deben lidiar reflexivamente los individuos.

Cada adicción es una reacción defensiva, y una vía de escape, un reconocimiento de falsa autonomía que arroja una sombra sobre la competencia del yo[11]. En el caso de las compulsiones menores, los sentimientos de vergüenza se pueden limitar a un suave autodesprecio, a admitir irónicamente que "justamente he sido atrapado en esta trampa". En las formas más pronunciadas de conducta compulsiva, la integridad del yo como un todo se ve amenazada. Unas normas sociales más amplias influirán profundamente en si esto es así o no. Las adicciones que se centran en formas socialmente aceptables se reconocen menos fácilmente como tales, tanto por los individuos a quienes concierne como por los demás. Quizás hasta que se presenten circunstancias de crisis. Esto es así frecuentemente, como voy a indicar de inmediato, en lo que concierne al sexo y respecto del trabajo. Un "alcohólico del trabajo" en un empleo prestigioso podría desarro-

---

[11] *Ibíd.*

llarse durante varios años sin que se reconozca plenamente el carácter compulsivo de su actividad. Sólo cuando otros eventos intervienen se hace patente la naturaleza defensiva de su dedicación; por ejemplo, cuando sufre una crisis nerviosa, pierde su posición o se colapsa su matrimonio. El trabajo, por decirlo así, ha significado mucho para él, pero también ha servido para sacarle del tiempo, ha sido una experiencia narcótica a largo plazo que embota otras necesidades o aspiraciones que no puede controlar directamente. Se ha acostumbrado —según la frase empleada— a perderse regularmente en su trabajo.

Implicaciones para la sexualidad

Volvamos al tema de la adicción sexual. Algunos pueden sentirse inclinados a discutir si el sexo puede ser compulsivo en la misma forma que el trabajo. En lo que concierne a la necesidad de una actividad sexual regular, alguien podría objetar, que es un instinto básico que tienen todos los adultos. Casi cada uno es, en algún caso, un adicto al sexo. Pero la existencia de una necesidad no proporciona los medios para lograr su satisfacción. La necesidad de alimento es también una pulsión primaria, aunque las adicciones a los alimentos se hayan hecho en la actualidad muy prominentes. El sexo es compulsivo, justamente como otros modelos de conducta, cuando una conducta sexual personal queda gobernada por una búsqueda constante de algo, que, sin embargo, conduce persistentemente a sentimientos de vergüenza o inadecuación. La adicción es una conducta opuesta a una libre opción, en lo que respecta al proyecto reflexivo del ego personal; esta observación es exactamente tan válida en el caso de la adicción sexual como de otras formas de conducta.

La sexualidad compulsiva debe ser entendida en medio de la gama de circunstancias en las que la experiencia sexual es más libre que en otras etapas anteriores y donde la identidad sexual forma una parte nuclear de la narrativa del ego. ¿Desean las mujeres el sexo? Desde luego que sí, si esto implica una respuesta positiva al deseo de autonomía sexual y de realización. Hay que considerar la enormidad de los cambios que esta circunstancia presupone. Quien crea que la "hipótesis represiva" no contiene verdad alguna debería ponderar el hecho de que, sólo hace setenta y cinco años, en Gran Bretaña, las muchachas solteras que quedaban embarazadas eran enviadas a miles a reformatorios y hospitales mentales. La Ley de deficiencia mental, promulgada en 1913, permitía a las autoridades locales que persiguiesen, y detuvieran indefinidamente, a las mujeres embarazadas solteras, que fuesen pobres, careciesen de casa o simplemente se

comportasen "inmoralmente". Desde que se extendiera la idea de que el embarazo ilegítimo era un signo de subnormalidad mental, los términos de la referida ley podían ser aplicados y de hecho lo fueron. Las mujeres solteras de estratos más ricos que quedasen embarazadas podrían recurrir a veces a abortos ilegales; las mujeres más pobres también, con un considerable riesgo de su vida, aunque por otro lado fuesen también efectivamente unas parias. La ignorancia sobre el sexo y la reproducción implicaba subnormalidad, pero estaba muy extendida. Una mujer, nacida en 1918 en Londres, preguntada para un estudio de historia oral a cargo de Joy Melville, recordaba que su madre le recomendaba cada noche, al irse a dormir, que no debía tener relaciones sexuales antes del matrimonio o contraería una enfermedad. Ella no se cuestionaba por qué las madres solteras eran recluidas en asilos. Ella pensaba exactamente: "han tenido relaciones sexuales y se han puesto enfermas"[12].

¿Es realmente sorprendente que sea difícil para las mujeres luchar con cambios que han contribuido a producir? La compulsividad en la conducta sexual, como en otras áreas, es una autonomía emergente. Dadas las orientaciones sexuales preexistentes, este hecho tiene diferentes implicaciones para la mayoría de las mujeres, en comparación con la mayoría de los hombres. Para los dos sexos hoy, el sexo acarrea con él la promesa —o la amenaza— de intimidad, algo que afecta a los aspectos primarios del yo. El precario sentido de seguridad de Gerri estaba estrechamente relacionado con su necesidad de demostrar repetitivamente su atractivo para los hombres. Ella era capaz de obtener placer sexual en muchos de sus encuentros, pero —hasta los cambios que se siguieron en su vida— se retiró de los compromisos a largo plazo. Se podría decir que ella había internalizado un modelo masculino de sexualidad, que liga la experiencia sexual a una "búsqueda" establecida sobre la variedad; pero por una combinación de razones psicológicas y sociales, fue una estrategia destructiva. Como dice Kasl:

> Pocas mujeres deciden tener tantas parejas sexuales como les sea posible. Las mujeres sexualmente adictas se ven prendidas en un ciclo en el que la fuente primaria de poder es la conquista sexual y ellas tratan de satisfacer sus necesidades de ternura y lo consiguen por medio del acto sexual. En la conducta sexualmente adictiva de la mayoría de las mujeres que la padecen, subyace un deseo de continuar una relación[13].

---

[12] Joy Melville, "*Baby blues*", *New Statesman and Society*, 3 mayo de 1991, pág. 2.
[13] Kasl, *Women, Sex and Addiction*, pág. 57.

La conducta sexualmente compulsiva de las mujeres asume varias formas, que refuerzan la conclusión de que lo importante no son sus manifestaciones específicas, sino el síndrome subyacente. En algunos casos, la masturbación compulsiva, quizas varias veces al día, es el elemento principal. Estas mujeres tienen pocos compañeros sexuales. Una preocupacion obsesiva por el sexo en el nivel de la fantasía, descrita por una mujer como una "preocupación temerosa por el sexo"[14], es el rasgo dominante en otros ejemplos. En muchos casos, la actividad sexual parece presentar el ciclo común de los desórdenes en la comida. Un periodo de energía sexual frenética alterna con fases en las que el sexo aparece repulsivo, de tal forma que el individuo apenas puede soportar el pensamiento de otro encuentro sexual. La mayoría de tales mujeres parecen ser orgásmicas. El clímax del orgasmo es un momento de triunfo, así como una liberación física y emocional; pero muchas sienten un clímax en la urdimbre de un encuentro sexual, en el que se sienten peculiarmente vivas e incluso eufóricas.

La compulsividad sexual masculina tiende a ser diferente. No existe la equivalencia masculina de la mujer fácil, el hombre sexualmente exitoso es frecuentemente apreciado, especialmente por los demás hombres. Kasl anota que, cuando ella decía a un hombre en una reunión que estaba escribiendo un libro sobre la adicción sexual entre las mujeres, éste reaccionaba en una forma que posteriormente resultó muy familiar: "¿Crees que hay mujeres adictas al sexo? Me gustaría encontrarme con alguna"[15]. Aunque resulta muy evidente que los hombre sexualmente voraces no buscan mujeres cuya conducta sea análoga a la propia y de hecho son activamente rechazados por éstas. Las mujeres se dividen en dos categorías, en la medida en que se refieren a los contactos sexuales con tales hombres: las que han sido "cazadas" y pueden, por ende, ser conquistadas, y las que están en cierto sentido al margen de la sociedad y por ende "no importan"[16].

La adicción al sexo entre los hombres no está plenamente ligada a una pulsión obsesiva por la variedad. Como en el caso de las mujeres, puede asumir la forma de una masturbación compulsiva, y está muy ligada frecuentemente a las fantasías sexuales que invaden casi todas las demás actividades en las que el personaje se ve implicado. Ocasionalmente lo que se conoce en inglés como "sexalcoholismo" se centra sólo sobre una persona. Charlie, descrito en un estudio de

---

[14] *Ibíd.*, pág. 58.
[15] *Ibíd.*, pág. 279.
[16] Chapple and Talbot, *Burning Desires*, cap. 1.

Susan Forward, refiere que éste ha de tener relaciones sexuales con su pareja varias veces al día. Su caracterización de la propia conducta es reflexivamente sofisticada y utiliza conscientemente el lenguaje de la adicción: "Pudimos haber tenido relaciones sexuales diez veces a la semana, pero la undécima vez ella dijo que 'no', yo me sentí rechazado y me sentí furioso con ella. Yo sé ahora que no fue correcto, pero todo lo que vi entonces es que mi 'meta' se evaporaba"[17].

Los que buscan variedad, los mujeriegos más "salidos", combinan la devoción a la aventura sexual con un desprecio que apenas oculta los genuinos objetos de su deseo. Como afirma un autor: "persiguen a las mujeres con una urgencia y con una insistencia obsesiva que hace que el cortejo ordinario parezca casual y sin orden ni concierto, y con una temeridad que amenaza frecuentemente sus matrimonios, sus carreras y su salud"[18]. Las mujeres deseadas con fuerza desbordante se sumergen en la nada, una vez que un ligue haya agotado su ciclo, aunque muchos de estos hombres buscan estabilidad, fuera de estos asuntos casuales, manteniendo una relación continua al mismo tiempo. Al actuar así, tienen frecuentemente que recurrir a las más retorcidas mentiras y subterfugios.

La búsqueda de conquistas sexuales produce exactamente este ciclo deteriorante de desesperanza y desilusión, que se experimenta en otras adicciones. Aquí, el escritor anteriormente citado, habla de sus propias experiencias, que casualmente le indujeron a incorporarse a un grupo de auto-ayuda contra la adicción sexual:

> Fui consciente de que las medidas que había tomado siempre para combatir el dolor se habían vuelto ellas mismas incomnesurablemente dolorosas: el cortejar a las mujeres ya no "funcionaba" en mi caso. He perdido mucho al seguir las pautas de mi adicción. Mi sentido de la vaciedad personal me asaltó a los pocos minutos de mi última conquista. El sexo ya no me daba más que el alivio físico de la eyaculación; bastantes veces no podía alcanzar el orgasmo. Las mujeres no eran ya objetos de amor, ni siquiera de deseo. Había alcanzado el punto en el que despreciaba a mis parejas, incluso apenas había entrado en contacto con ellas. Mi desprecio fue en gran parte a causa de que sabía cuán perniciosamente las necesitaba[19].

---

[17] Susan Forward, *Men Who Hated Women and Women Who Loved Them*, Nueva York, Bantham, 1988, pág. 68.

[18] Peter Trachtenberg, *The Casanova Complex*, Nueva York, Pocket Books, 1988, pág. 17. [Trad. esp.: *El complejo de Casanova*, Ediciones B, Barcelona, 1989.]

[19] *Ibíd.*, pág. 289.

Prosigue diciendo que es difícil aceptar las afirmaciones de algunos mujeriegos de que sus actividades no constituyen un problema para ellos. La respuesta de un hombre a estas preguntas fue: "se trata de encontrar mujeres, no de dominarlas". No obstante, la ansiedad y el temor frente a las mujeres, emerge a la superficie rápidamente en las entrevistas del autor con tales hombres. La calma con la cual ellos pueden relatar sus hazañas sexuales contrasta con la naturaleza frenética de la prosecución de la satisfacción y se parece a las negaciones características de otras adicciones. Las observaciones con las que glosan sus actividades son muy semejantes a las que utilizan los alcohólicos para justificar que beben: "sólo una vez más"; "no perjudica a nadie", "mi mujer no lo sabrá nunca"[20].

Es importante esclarecer el sentido de esta discusión. El flirteo no debe ser contrapuesto a un modelo implícito de monogamia, como si la "fidelidad" pudiera ser definida en términos de exclusividad sexual. El ser mujeriego va unido ciertamente a lo que llamaré más tarde sexualidad episódica, pero no es lo mismo. La relación que las une es la compulsividad.

SEXUALIDAD Y SEDUCCIÓN

Se puede suponer que la compulsividad sexual masculina es simplemente una sexualidad liberada de sus restricciones tradicionales. Después de todo, ¿no ha sucedido en muchas culturas que los ricos acumulasen tantas esposas o concubinas como les era posible? ¿No es Casanova el héroe masculino arquetípico —admirado también por muchas mujeres— y el precursor de los James Bond de hoy?

Sin embargo, el tener dos o más esposas —en el contexto de las culturas premodernas— ordinariamente no tiene nada o tiene poco que ver con la conquista sexual en cuanto tal. Virtualmente, todas las sociedades polígamas han tenido sistemas para estipular matrimonios. Adquirir varias mujeres exigía riqueza material o prestigio social —y era una expresión de ambas cosas. Lo mismo se podía decir del concubinato, allí donde se aceptaba institucionalmente. Casanova no tendría sitio en las culturas premodernas: es una figura de una sociedad cercana a la modernidad. Él no tenía interés en acumular esposas, si tal cosa hubiese sido posible. Él sexo era para él una búsqueda nunca acabada, que terminó no por el cumplimiento de una autorrealización o sabiduría, sino sólo por la decrepitud de la edad. ¿Desean

[20] *Ibíd.*, págs. 283-4.

los hombres el amor? Sí, ciertamente en un sentido que es precisamente el significado de la vida de Casanova. Él es el primer "hombre de mujeres", frase elocuente, porque —a pesar de las apariencias en contrario— muestra quién pertenece a quién.

Tales hombres aman a las mujeres, aunque no puedan amar sólo a una mujer en particular. No hay duda de que se trata de un amor que procede en parte del temor, pero —en la medida en que se puede saber, Casanova no mostraba ese desprecio por la mujer que parece aflorar a la superficie en el caso de los mujeriegos, así como de algunos gays. Él no fue una figura ejemplar en manera alguna: cuando fue viejo se redujo a practicar el estupro para que su vida sexual continuase. En sus días de juventud, sin embargo, miró por las mujeres a las que había amado y abandonado, y trató activamente de proporcionarles esposos fieles a ellas. Havelock Ellis ha dicho de él que "amaba a muchas mujeres pero rompió pocos corazones"[21], aunque este juicio rebosa caridad. En sus *Memorias,* Casanova escribió de forma encantandora acerca de las mujeres con las que se había relacionado. Muchos de sus comentarios, escritos mucho después de que se realizasen los hechos, fueron, conforme a su inteligencia, muy generosos y lisonjeros para ellas.

Casanova fue un seductor. Sus triunfos sexuales se realizaron en un momento en el que se suponía que las mujeres solteras guardaban su virtud y, entre la mayor parte de los grupos, salvo en la aristocracia, el adulterio de las mujeres casadas —en caso de ser descubierto— acarreaba consecuencias devastadoras. Sus seducciones debían ser realizadas con cuidado y constituían objetivos preparados a largo plazo. Tampoco el esfuerzo concluía necesariamente una vez acabada la conquista, puesto que él frecuentemente debía estar seguro, tras el acontecimiento, de que las criadas de la mujer, los guardianes y los parientes no sospechaban.

Los mujeriegos de hoy son producto de las transformaciones en la vida personal que se han producido y se mantienen con fuerza. Son seductores en una era en que la seducción se ha vuelto obsoleta. Esto explica mucho acerca de la naturaleza de su compulsión. La "seducción" ha perdido mucho significado en una sociedad en la que las mujeres están más dispuestas para los hombres que nunca, aunque —y esto es crucial— sólo apareciendo iguales a él. La conquista del mujeriego refleja este cambio fundamental que al mismo tiempo le resta vigor[22].

---

[21] Havelock Ellis, *Psychology of Sex,* Londres, Heinemann, 1946, pág. 189.
[22] Trachtenberg, *The Casanova Complex,* pág. 241.

Los mujeriegos actuales pueden parecer fósiles de una edad anterior, acechando a su presa con valor, armados sólo con penicilina, preservativos (se supone) y un bagaje para hacer frente al SIDA. Aunque si mis argumentos iniciales son correctos, los mujeriegos son parte intrínseca de la sexualidad del mundo actual. Son seductores, sí, en la medida en que están preocupados —sobre todo— con la conquista sexual y con el ejercicio del poder. ¿Pero que premio ofrece una victoria cuando la victoria es tan sencilla? ¿Qué se puede saborear aquí cuando el otro no sólo consiente sino quizás busca la experiencia sexual de forma igualmente impaciente?

La afirmación del poder en la seducción, allí donde las mujeres son vencidas o se las mata simbólicamente, podría parecer superficialmente de lo más desafiante, cuando el individuo se enfrenta con alguien que afirma su igualdad frente a él. Pero la igualdad sexual de la mujer, como ha descubierto Graham Hendrick, disuelve la división arcaica entre las mujeres virtuosas y las corrompidas o degradadas. Una vez que la "muerte" del seductor depende de la destrucción de la virtud; la persecución pierde su dinámica principal. Esta "integridad" que el seductor trata de despojar o destruir con su poder, ya no equivale a la inocencia sexual, y ya asume un papel sexual. En el contexto de la relación no convencional, la integridad no sólo conserva un papel fundamental, sino que se convierte en un atributo ético que cada miembro de la pareja presupone en el otro.

Tradicionalmente, el seductor era un aventurero genuino, que desafiaba no sólo a cada mujer, sino a todo el sistema de la normativa sexual. Era un subversor de la virtud y luchaba contra otros molinos de viento también, porque la seducción también implicaba desafiar el orden masculino de protección sexual y de control. El mujeriego de hoy no es alguien que cultiva el placer sensual, sino un buscador de emociones en un mundo abierto, lleno de oportunidades sexuales. La emoción de la persecución proporciona el clímax, pero el clímax tiende a convertirse en la meta. Los mujeriegos no son tanto libertinos cuanto contrarrevolucionarios inconscientes en un medio en el que la sexualidad y la intimidad están unidas entre sí como jamás lo habían estado anteriormente. El amor confluente, presupone la intimidad: si este amor no se logra, el individuo está presto a abandonarlo. Los mujeriegos mantienen este "espacio potencial" con medios diferentes del respeto por la pareja. Su capacidad para "esfumarse" se logra por medio de la anticipación del próximo encuentro sexual. Son frecuentemente maestros en la retórica del amor romántico, pero resultan incapaces de producir a partir de la misma una narrativa coherente del yo. Por consiguiente, un hombre que se comporta sin fisuras y con seguridad, cuando procede según la rutina de la seduc-

ción, puede encontrarse a sí mismo torpe, se le puede pegar la lengua al paladar y puede proceder con cordura, una vez finalizado el acto sexual. Se encuentra, de hecho, en la situación del fetichista de Karl Kraus, que suspira sólo por un zapato de mujer, pero que tiene que relacionarse con todo el ser humano.

Algunos de estos hombres se relacionan sexualmente con cien o más mujeres al año: ¿en qué sentido se puede decir que "quieren amor" ? En un sentido urgente y especial. Su dependencia de las mujeres es bastante obvia, tan obvia que se trata de una influencia que controla sus vidas. En cierta ocasión, la seducción podría fácilmente ser asimilada a un mundo masculino de triunfo y a una superación de obstáculos —el mundo masculino de la modernidad. Pero esta orientación se hace vacía una vez que la seducción pierde su significado primitivo. El mujeriego no puede ser tan "especial" para cada compañera como pudo serlo Casanova —que la despojaba de la virtud, pero que la rescataba también de una vida de marginación sexual. El moderno aventurero sexual ha rechazado el amor romántico, o utiliza su lenguaje sólo como retórica persuasiva. Su dependencia de las mujeres, por tanto, sólo puede quedar validada a través de la mecánica de la conquista sexual. Se puede decir que el mujeriego, más que otros hombres, mancilla las conexiones entre sexualidad, intimidad y la contradicción reflexiva de la identidad personal; pero esclaviza a las mujeres, en lugar de tratarlas como seres humanos, capaces de dar y de aceptar amor. El mujeriego aparece como una figura que "las ama y las deja". De hecho, es bastante incapaz de dejarlas; ya que cada abandono sólo es un preludio de otro encuentro.

CAPÍTULO VI

El significado sociológico de la codependencia

Los mujeriegos frecuentemente tienen cualidades que se corresponden estrechamente con rasgos comunes del complejo del amor romántico. Entre ellos hay hombres que pueden arrebatar los corazones de las mujeres, o cortejarlas con un fervor particular y acaso hayan llegado a ser muy diestros en estos menesteres. Algunas mujeres —a quienes todas estas cosas resultan muy familiares— podrían muy bien optar por una relación sexual a corto plazo, tratando de lograr una excitación o placer transitorios. En tales mujeres el atractivo del cazador de mujeres se marchita rápidamente o fracasa deliberadamente.

La mayor parte de estos cazadores de mujeres no son semejantes a esto en absoluto[1]. Por el contrario, están dispuestos a involucrarse muy profundamente, una vez que una relación arranca. Las vidas de estas mujeres están salpicadas con desastrosos romances, o con relaciones largas, dolorosas, con hombres que de una forma u otra abusan de las mismas. En resumen, estas mujeres son codependientes y la codependencia se ha convertido en un lugar común de la literatura terapéutica —aunque no se limita a las mujeres en absoluto—; ésta es una expresión que de alguna forma describe lo que una vez fue llamado en general "el papel de la mujer"[2].

Las mujeres codependientes son personas atentas, que necesitan dar atenciones a otros, pero que, casi entera o parcialmente en un nivel inconsciente, anticipan que su devoción será rechazada.

---

[1] Peter Trachtenberg, *The Casanova Complex,* Nueva York, Pocket Books, páginas 244-8.

[2] Ver, por ejemplo, Colette Dowling, *The Cinderella Complex,* Nueva York, Pocket books, 1981, pág. 34. [Trad. esp.: *El complejo de cenicienta,* Barcelona, Grijalbo, 1992.]

¡Qué ironía tan dolorosa! Es posible que la mujer codependiente quede implicada en una relación, precisamente con un flirteador. Ella está preparada y acaso incluso ansiosa de "rescatarlo": él requiere tanta tolerancia porque, a no ser que sea un hipócrita, y mantenga ocultas sus actitudes reales completamente, otras mujeres lo rechazarían.

La naturaleza de la codependencia

El término "codependiente" es un ejemplo de esta "reflexividad revertida" que es tan común en la era actual. El término no fue acuñado por profesionales, surgió en el contexto de los individuos que luchaban contra el propio alcoholismo. En los primeros grupos de alcohólicos que trataban de autoayudarse, el alcoholismo fue entendido como una debilidad de la persona afectada. Se suponía que alguien se recuperaba mejor del alcohol en compañía de otros que padecían el mismo problema, fuera del contexto familiar. Después se reconoció que el alcoholismo afectaba también a aquellos con quienes el alcohólico estaba en contacto. Pero la mayoría creía que el alcohólico debería estar curado antes de reintegrarse con éxito en un contexto doméstico. No obstante, quedó claro que los alcohólicos tienen pocas posibilidades de estar sobrios si al volver a sus antiguas relaciones o familias allí todo sigue igual. Habitualmente, todas estas relaciones vuelven a facilitar la adicción a los alcohólicos.

Las vidas de otros, frecuentemente, tanto en formas sutiles como a veces en formas muy perjudiciales, son así dependientes de la dependencia del adicto. Una de las primeras expresiones acuñadas para interpretar esta situación fue la de "capacitador" —la persona, habitualmente el compañero sexual o cónyuge, y lo más comúnmente una mujer, que consciente o inconscientemente soporta la adicción a la bebida de un individuo. El término de "codependiente" vino a sustituir al de "capacitador" cuando se hizo evidente que este individuo podría sufrir, tanto o más que la persona con dependencia química[3].

Una vez generalizado, el término "codependencia" apareció algo equívoco. Se desarrolló en un contexto en el que había un adicto "bien definido", a cuya conducta respondía la del otro. La noción tiende a implicar una prioridad según quien se haga dependiente de quién. Se refiere a una adicción secundaria, la del capacitador frente

---

[3] Anne Wilson Schaeff, *Codependence. Misunderstood-Mistreated,* San Francisco, Harper and Row, 1986, pág. 11.

al alcohólico. Utilizado de esta forma, el concepto mezcla dos cosas: la refracción de una adicción hacia otro, que construye su conducta en torno a éste, y la cualidad interaccional de una relación. Para complicar más las cosas, hay que decir que la codependencia está unida con mucha frecuencia, no a una relación específica, sino a un tipo de personalidad. Como afirma un autor:

> La codependiente busca aprobación prácticamente de cada una de las personas con las que entra en contacto. En lugar de construir una vida alrededor de una persona, puede tener varios "becerros de oro" alrededor de los que danzar —acaso su madre y su padre, sus amigas, su jefe y el empleado del supermercado. Vive la vida alrededor de las necesidades de otros[4].

Permítaseme formular los conceptos de la siguiente manera. Una *persona* codependiente es alguien que, para reforzar cierto sentido de seguridad ontológica, necesita otro individuo o conjunto de individuos para definir qué es lo que él o ella desean. Él o ella no pueden sentir confianza sin dedicarse a las necesidades de los demás. Una *relación* codependiente es aquélla en la que un individuo queda ligado psicológicamente a un compañero cuyas actividades se gobiernan por la compulsividad de alguna forma. Denominaré relación *fijada* a aquélla en la que la relación misma es objeto de una adicción. En las relaciones individuales fijadas, los individuos no construyen sus vidas alrededor de las adicciones preexistentes de los demás; más bien, necesitan la relación para desarrollar un sentido de la seguridad que no pueden conseguir de otra forma. En sus formas más benignas, las relaciones fijadas, son las que se han consolidado en hábitos. Estas relaciones son mucho más caprichosas cuando los implicados están ligados por modos de antagonismos mutuos, de los que no se pueden desvincular.

Podemos suponer que las relaciones fijadas están más difundidas que la codependencia en cualquiera de sus formas principales. Una relación fijada se construye alrededor de una dependencia compulsiva más que alrededor de una codependencia. Ninguna de las partes es singularmente un adicto, aunque ambas viven dependientes de un lazo, que puede ser una obligación rutinizada o actualmente destructiva para las partes en cuestión. Las relaciones fijadas presuponen habitualmente una separación de roles. Cada persona depende de una "alteridad" que proporciona el socio, pero ninguno es capaz de reco-

---

[4] Jody Hayes, *Smart Love*, Londres, Arrow, 1990, pág. 31.

nocer plenamente la naturaleza de su dependencia con el otro o de asumirla. Los hombres tienden a mantener relaciones fijadas en la medida en que ellos están con otros a los que están profundamente ligados, pero esta vinculación o no es comprendida activamente o es negada activamente. En el caso de las mujeres, la dependencia compulsiva está más frecuentemente asociada con un papel doméstico que se ha convertido en un fetiche —una implicación ritual, por ejemplo, con los quehaceres domésticos y las exigencias de los hijos.

El trabajo de quienes, en el terreno de la terapia, tratan de ayudar a los individuos a escapar de las relaciones adictivas proporciona nuevas claves sobre las transformaciones que influyen en tales relaciones. Aquí encontramos una vez más la centralidad emergente de las puras relaciones, así como sus estrechas relaciones con el proyecto reflexivo del yo y con un modelo de amor confluente. Los lazos adictivos: 1) no permiten el control de la relación entre el yo y el otro, tan vital para la pura relación; 2) sumergen la identidad o en el otro o en rutinas fijadas; 3) evitan esta apertura al otro, que es la condición previa de la intimidad; 4) tienden a preservar las desigualdades de papeles de los sexos y las prácticas sexuales.

La primera regla de todos los programas de terapia es reflexionar: reconocer que se tiene un problema y, por mor de este reconocimiento, comenzar a hacer algo al respecto. En los grupos de autoayuda de alcohólicos se utiliza el término de "tocar fondo" para describir el estado de la mente de quienes dicen "ya basta, voy a cambiar". Incluso una vez que se ha tomado la decisión en algún nivel, se puede necesitar un acicate para actuar. Puede ser un rechazo, una accidente de coche, el sufrir el abuso de un compañero sexual, perder el estado de sobriedad, o una embestida de ataques de ansiedad. Las consecuencias nocivas son como un disparo de energía de parte del lado sano[5]. La decisión de actuar implica asegurarse la ayuda de los demás, al margen de la misma relación adictiva misma, ya que es una forma clave de lograr el distanciamiento inicial así como un apoyo.

El desarrollo de la atención reflexiva implica, como axioma inicial básico, el reconocimiento de la opción. La opción, queda puesta de relieve, significa una evaluación de los límites propios y de las constricciones a las que alguien está sujeto: ésta es la forma de ponderar oportunidades. Este momento reflexivo es llamado "autoconversación". La autoconversación es una reprogramación, una for-

---

[5] Charlotte Kasl, *Women, Sex and Addiction*, pág. 36.

ma de considerar en qué medida las rutinas establecidas deben ser pensadas de una nueva forma o, si fuese posible, descartadas. El reconocimiento de la opción significa enfrentarse con "programas negativos" sobre los que se basan las programaciones adictivas. La programación adictiva puede ser descrita con las expresiones siguientes:

- No puedo hacerlo realmente.
- Sé que no funcionará.
- No estoy hecho para esto.
- No soy lo bastante creativo.
- Nunca tendré bastante dinero.
- No podré estar de acuerdo con mi jefe.
- No creo tener nunca el tiempo que necesito para hacer algo... etc[6].

Debemos alejarnos del círculo vicioso ingenuo, casi totalitario, de todas estas consideraciones: a pesar de que es más bien obvio que "no podré hacerlo", "yo sé que no funcionará" y el resto puede frecuentemente ser una estimación realista de las oportunidades propias en un momento dado. La reflexividad es una condición necesaria para emanciparse de la adicción, pero no suficiente. Sin embargo la importancia que tiene para la conducta este programa es bastante evidente.

La opción, evidentemente, refleja directamente la naturaleza del yo. Lo que una persona quiere ayuda a definir quién es esa persona; encontrar una identidad segura es fundamental para definir los deseos. "Puede haber mil opciones pequeñas en un día. Todas cuentan"[7]. Pero algunas de ellas cuentan más que las demás. Las relaciones compulsivas, como la literatura terapéutica afirma repetidamente, aunque no siempre con tantas palabras, impiden la exploración reflexiva de la identidad personal. Así, un individuo codependiente es visto por Kasl precisamente como "alguien cuya identidad personal está sin desarrollar o permanece desconocida, y que mantiene una identidad personal, construida a base de adhesiones dependientes de instancias externas"[8].

---

[6] Shad Helmstetter, *Choices*, Nueva York, Pocket books, 1989, pág. 47.
[7] *Ibíd.* pág. 97.
[8] Kasl, *Women, Sex and Addiction*, pág. 36.

Los individuos codependientes están habituados a encontrar su identidad a través de las acciones o necesidades de los demás; pero en toda relación adictiva el yo tiende a quedar sumergido en el otro, ya que la adicción es una fuente primaria de seguridad ontológica. Uno de los propósitos que se sugieren frecuentemente en las fases iniciales de la terapia de los grupos de autoayuda es la de "dejar hacer" a los otros —es decir, liberarse del intento de controlar a los demás, característico de la codependencia. El individuo se ve estimulado a tratar de liberarse de este "contrato tácito" de poner al otro en buen camino. El proceso es extremadamente difícil, aunque superficialmente aparezcan signos de que se produce: sus conversaciones ya no se centran continuamente en lo que "él" piensa o hace, en lo que "ellos" dicen. "Mi marido" o "mi pareja" dice. En grupos de apoyo para los compañeros de alcohólicos el "dejar hacer" es denominado desprendimiento amoroso, una frase bastante banal que designa un fenómeno real —la capacidad emergente del codependiente de atender al otro sin acrecentar la carga de su adicción[9].

Lo que a primera vista aparece como un estímulo del egoísmo, e incluso del narcisismo, debería ser entendido como un punto de partida esencial de la posibilidad de desarrollar un amor confluente. Es un requisito previo para el reconocimiento del otro como ser independiente, que puede ser amado por sus rasgos y cualidades específicas. También ofrece la posibilidad de liberarle de una implicación obsesiva en una relación rota o muerta. Un terapeuta ha enumerado algunas características de los nuevos hábitos que deben sustituir a los antiguos, más compulsivos.

> Se puede escuchar el problema de un amigo —digo escuchar— y no tratar de salvarle.
>
> En lugar centrarse exclusivamente en una persona, debe interesarse en muchas.
>
> En lugar de volver a la "escena del crimen", donde vive su examante, o a los lugares concretos a los que ud. fue con él, trate de visitar lugares más interesantes.
>
> Si desea algo o alguien que no está disponible, disfrute con algo o con alguien que si lo esté.
>
> En lugar de fomentar un abuso, diga que no a la relación.

---

[9] Hayes, *Smart Love,* págs. 63-4.

Si se ha roto con un amante y este siempre le llamaba en determinado momento, trate de hacer otra cosa agradable en este momento[10].

La definición de las limitaciones personales se considera fundamental para una relación no adictiva. ¿Por qué? La respuesta concierne de nuevo directamente al yo y a su reflexividad. Las limitaciones establecen qué pertenece a quién, hablando psicologicamente, y por ende compensa los efectos de la identificación proyectiva. Los límites claros dentro de una relación son evidentemente importantes para el amor confluente y el refuerzo de la intimidad. La intimidad no es ser absorbido por el otro, sino conocer sus características y dejar disponible lo propio de cada uno. Abrirse al otro, paradójicamente, requiere establecer límites personales, porque se trata de un fenómeno comunicativo. También requiere sensibilidad y tacto, ya que no equivale en absoluto a vivir sin privacidad. El equilibrio de la apertura, la vulnerabilidad y la confianza, desarrolladas en una relación, deciden si los límites personales se convierten en divisiones que obstruyen más que fomentan esta comunicación[11].

Este equilibrio presupone también un equilibrio de poder —por eso la pura relación personal, con su promesa de intimidad, depende tanto de la autonomía creciente de las mujeres, cuanto de una sexualidad plástica, no montada ya sobre el modelo de la duplicidad. El mismo terapeuta mencionado anteriormente proporciona un formulario que opone las características de las relaciones íntimas frente a las adictivas:

Adictivas	*Íntimas*
Obsesión por encontrar alguien a quien querer.	Desarrollo del yo como prioridad absoluta.
Necesidad de gratificación inmediata.	Deseo de un consentimiento. La relación se desarrolla paso a paso.
Uno de los dos presiona para una relación sexual o compromiso.	Libertad de elección
Desequilibrio de poder.	Equilibrio y reciprocidad en la relación.
El poder aspira al control.	Compromiso, negociación o liderazgo compartido.

[10] *Ibíd.*, pág. 73.

[11] C. Edward Crowther, *Intimacy. Strategies for Succesful Relationships,* Nueva York, Dell, 1988, págs. 156-8.

No se habla, especialmente cuando no van las cosas bien.	Se comparten deseos y sentimientos y se aprecia lo que opina el otro.
Manipulación. Falta de confianza.	Franqueza. Confianza adecuada (saber que el otro se comportará de acuerdo con su naturaleza fundamental).
Tentativas de cambiar al otro para saciar las necesidades propias.	Aceptar la individualidad del otro.
La relación se basa en el engaño y evita lo ingrato.	La relación asume todos los aspectos de la realidad.
La relación es siempre la misma.	La relación es siempre cambiante.
Se supone que uno cuidará y liberará otro.	Autocuidado por ambos miembros de la pareja.
Fusión (obsesionada con los sentimientos y problemas del otro).	Desprendimiento amoroso (preocupación sana sobre el bienestar y desarrollo del otro, sin atosigarle).
Se confunde la pasión con el temor.	El sexo surge de la amistad y del cariño.
Se culpa a sí mismo o al otro de los problemas.	Solución conjunta de los problemas.
Ciclo de dolor y desesperación.	Ciclo de bienestar y satisfacción[12].

¿Se trata de psico-consideraciones piadosas? Quizás, al menos en cierto grado. ¿Son contradictorias algunas de las afirmaciones hechas en la columna de la derecha? Indudablemente —aunque en cierta medida expresen condiciones reales de la vida personal. No obstante, no creo que las posibilidades enumeradas sean un pensamiento meramente desiderativo. Reflejan algunas de las tendencias características de la transformación de la intimidad, que yo trato de documentar a lo largo del libro. ¿Quién podría dejar de ver en ellas la evidencia de una democratización de la vida diaria y un programa para la misma? Comparando la lista de la izquierda con la de la derecha aparece una descripción de la emancipación. No se trata exactamente de "ser libe-

[12] Hayes, *Smart Love*, págs. 174-5.

rado de": el retrato que hemos trazado aquí de la intimidad tiene un contenido sustantivo. Comenzamos a ver a qué puede parecerse un dominio personal liberado.

INTIMIDAD, PARENTESCO Y PATERNIDAD

La transformación de la intimidad se refiere al sexo y a los papeles de cada sexo, pero no se limita a ellos. Éste es un hecho que apoya la tesis que desarrollaré en detalle posteriormente: que se ha realizado una transición en la ética de la vida personal, como un todo. Al igual que los papeles sexuales, el parentesco se vio en tiempos como algo natural, como una serie de derechos y obligaciones que producen los lazos biológicos y matrimoniales. Las relaciones de parentesco, como se ha explicado ampliamente, se han visto destruidas con el desarrollo de las instituciones modernas, que han dejado a la familia nuclear en un aislamiento espléndido. Sin referirnos a la cuestión detalladamente, se puede observar que esta opinión es errónea o al menos equívoca. En la sociedad separacionista o divorcista, la familia nuclear produce una diversidad de lazos de parentesco que se asocian, por ejemplo, a las familias llamadas recombinantes. Sin embargo, la naturaleza de estos lazos cambia en la medida en que están sujetos a mayor negociación que antes. Las relaciones de parentesco acostumbran frecuentemente a ser consideradas como una base firme de confianza. Ahora la confianza debe ser negociada y ganada, y el compromiso es algo personalizado, como sucede en las relaciones sexuales.

Janet Finch habla de un proceso de "elaboración" al analizar las relaciones de parentesco hoy[13]. La gente tiene que resolver el problema de cómo tratar a los parientes y así construye nuevas éticas en la vida diaria. Finch trata este proceso explícitamente en términos de un lenguaje de compromiso. La gente tiende a organizar sus relaciones de parentesco a través de un "compromiso negociado", en el que se precisa qué es lo más justo a la hora de actuar con sus parientes, en diferentes contextos. Por ejemplo, un individuo no decide prestar dinero a un cuñado porque la familia o la sociedad en general imponga la obligación. El dinero se presta, más bien, porque la persona ha desarrollado una serie de compromisos con el otro, que definen este imperativo como correcto.

---

[13] Janet Finch, *Family Obligations and Social Change*, Cambridge Polity, 1989, págs. 194-211.

¿En qué medida difieren las relaciones entre padres e hijos de esta situación? Evidentemente, en la interacción niños-adultos hay un desequilibrio marcado de poder. Sobre todo en los primeros años de la vida del niño. A la luz de este hecho, se podría suponer que la calidad de la relación tiene poco que ver con la atención proporcionada, ya que hay obligaciones sociales preestablecidas, de tipo vinculante, por ambas partes. No obstante, hay una buena razón para dudar del vigor de tales obligaciones en ciertos grupos en la actualidad. La mejor forma para demostrar esto es remontarse desde los lazos paterno-filiales, claramente negociados, hasta los que caracterizan la primera infancia. Muchos padres son ahora padrastros, a la vez que padres y madres biológicos. Los "padrastros" aceptan habitualmente algunas obligaciones hacia los hijos, así como unos derechos, pero éstos son "compromisos negociados" en el sentido de Finch, tanto por parte de los hijos como de los adultos. Consideremos el caso de las obligaciones que los hijos adultos asumen hacia sus padres mayores. En algunas circunstancias y en ciertos contextos culturales, se considera más o menos garantizado que los padres pueden contar más o menos con sus hijos para recibir un apoyo material y social. Pero la tendencia clara que se observa es que el apoyo depende de la calidad de las relaciones que se hayan establecido.

La influencia determinante parece ser la que podría ser descrita como la formación de compromisos cumulativos[14]. En un estudio de madres e hijas, por ejemplo, un encuestado dijo: "Mi madre y yo vivimos juntas porque así lo elegimos. A las dos nos gustaba hacerlo... compartíamos una casa común, reíamos juntas... Yo era independiente, como mi madre. Vivíamos juntas, y no se podía decir que yo cuidaba simplemente de ella"[15]. Ella sentía una obligación de cuidar de su madre, como resultado de su larga historia común. Pero el elemento de afecto mutuo era importante.

Como indica Finch, la noción de compromisos acumulativos nos ayuda a entender cómo, durante algún tiempo, se hace "obvio" admitir que deben ser prestadas diversas formas de atención por parte de uno o ambos progenitores, mientras otros pueden sentir de manera diferente[16].

El cuadro es más complejo en el caso de la relación de los padres con los hijos más jóvenes. No sólo los padres son mucho más poderosos que sus hijos pequeños, sino que sus actitudes y conducta

---

[14] *Ibíd.*, págs. 204-5.
[15] J. Lewis y B. Meredith, *Daughter Who Care*, Londres, Routledge, 1988, pág. 54.
[16] Finch, *Family Obligations and Social Changes*, pág. 205.

modelan la personalidad y las disposiciones del muchacho. De todas formas, no es correcto suponer que la infancia no haya quedado afectada por el mundo de las puras relaciones. La invención social de la maternidad esbozó y dio forma concreta a la idea de que la madre debe desarrollar una relación afectiva con el hijo, que preste un peso específico a las necesidades infantiles. Los manuales de crianza de niños publicados a comienzos del presente siglo aconsejaban a los padres que no se mostrasen excesivamente amigables con los hijos, ya que su autoridad quedaría debilitada. Posteriormente se reforzó la idea de que los padres debían fomentar lazos emocionales con sus hijos, pero reconociendo claramente la autonomía de los mismos[17]. De la misma forma que algunos han hablado de narcisismo, para definir la situación de la identidad personal en la sociedad moderna, otros han dicho que la relación paternofilial ha desembocado en una gran "permisividad". Pero esta es una etiqueta inadecuada para referirse al esfuerzo por elaborar estrategias de educación infantil alternativas a las del pasado. La calidad de la relación es lo que se pone sobre el tapete, insistiendo en que la intimidad debe sustituir a la autoridad paternal. Por ambos lados se requiere sensibilidad y comprensión[18].

Padres e hijos

En las discusiones terapéuticas de las relaciones fijadas o codependientes, se aconseja casi sin excepción, a los individuos que desean desarrollar lazos personales estrechos con otros, "curar al niño que llevamos dentro". Las relaciones entre hijos pequeños y padres aparecen aquí de manera fundamental como importantes para la relación pura y para el modelo de amor confluente. ¿Por qué "la liberación del pasado" es tan importante para el logro de la intimidad? Puesto que muchas formas de terapia que comienzan por el psicoanálisis están orientadas a la experiencia de la infancia, la respuesta a esta cuestión puede proporcionar nuevas claves para la importancia de la terapia y de la orientación en la cultura moderna en general.

Podemos comenzar de nuevo con una guía terapéutica, en este ejemplo la de Susan Forward, que aconseja sobre como "curar el pa-

---

[17] H. Gadlin, "Child discipline and the poursuit of the self: an historical interpretation", *Advances in Child Developpment and Behaviour*, vol. 12, 1978.

[18] *Ibíd.* págs. 75-82.

sado"[19]. Su discusión se refiere al caso de Nicki, una mujer joven que había tenido dificultades en su matrimonio. Era incapaz de defender por sí misma la relación, y cuando su esposo estaba molesto con ella se sentía humillada e indefensa. El terapeuta le pidió que recordase incidentes de su infancia que le hiciesen sentirse de forma semejante y recordó un ejemplo especial —uno de estos incidentes que permanecen siempre en la mente. Su padre deseaba que ella tocase bien el piano y aunque ella no estaba interesada en ello, luchó duramente para agradarle. Cuando tocaba ante otras personas, sentía mucha ansiedad y su nivel bajaba. En un recital se puso tan nerviosa que omitió toda una sección que debía ejecutar. En el camino de regreso a casa, tras el recital, su padre le dijo que después de este desastre no sabía cómo podría ser capaz en lo sucesivo de mirar a la cara a los espectadores. Ella se había destruido a sí misma frente a los demás, era demasiado irreflexiva, descuidada y perezosa para tocar.

Se sintió totalmente machacada, al haber deseado tanto agradarle. Según sus palabras: "creí morirme". El terapeuta se dio cuenta de que en su matrimonio había revivido escenas de su infancia y de pérdida de su "ego adulto"[20]. Le pidió a Nicki que le enseñase un retrato de sí misma cuando era niña. Cuando contemplaron conjuntamente la foto, Nicki recordó muchas otras circunstancias en las que su padre la había avergonzado de forma semejante. Ella imaginaba ser esa niña humillada de la misma forma que lo había sido. Así, pudo hacerse consciente de lo pequeña e indefensa que era en el momento en que el acontecimiento original se produjo. El "niño que llevamos dentro" se hacía tan temeroso y tímido cuando su marido la criticaba.

El terapeuta pidió a Nicki después que se imaginase que su padre estaba sentado en un sillón vacío frente a ella y le dijese las cosas que ella siempre había deseado decirle, pero no fue capaz de hacerlo. Temblando, con rabia, gritó:

> ¿Cómo te atreves a tratarme así? ¿Cómo osas humillarme en la forma en que lo haces? ¿Quién has creído que soy? Siempre te he admirado. Te he adorado. ¿No podrías reconocer lo mucho que me has machacado? Nada de lo que hacía era suficientemente bueno para ti. Me hiciste sentirme, ¡hijo de puta!, como un fracaso total. Yo hubiera hecho lo que fuera por conseguir que tú me quisieses un poco[21].

---

[19] Susan Forward, *Men Who Hate Women and the Women Who Love Men,* Nueva York, Bantam, 1988.

[20] *Ibíd.*, pág. 193.

[21] *Ibíd.*, pág. 195.

El lector, al menos el masculino, puede pensar que esto es ser desagradecida con los padres. Pero quizás, después de todo, ella actuaba lo mejor que podía. Aunque ésta no fuese la cuestión, ya que hiciese lo que hiciese, ella sentía una vergüenza duradera. De acuerdo con Forward, éstos y otros ejercicios terapéuticos fueron de gran valor para evacuar el resentimiento reprimido, que Nicki había sentido hacia su padre.

Se le pidió que hiciera una lista de todas las cosas negativas que su padre, a sus ojos, había pensado de ella. La lista fue larga:

- Soy desconsiderada.
- Soy egoísta.
- Soy irreflexiva.
- Carezco de talento.
- Soy inadaptada.
- Soy un estorbo para la familia.
- Soy desagradecida.
- Soy una mala persona.
- Soy un fracaso.
- Soy una zángana.
- Soy perezosa y nunca acabo una tarea.

Vio inmediatamente que había asumido las opiniones que su padre tenía de ella. Se volvió hacia la lista que había escrito y escribió con trazo vigoroso: "ni era cierto entonces ni lo es ahora". En contraste con sus puntos de vista sobre su padre, sintió que su madre había sido siempre amable y tolerante. Ésta es la lista de las opiniones positivas sobre ella que atribuía a su madre:

- Soy inteligente.
- Soy dulce.
- Soy encantadora.
- Soy generosa.
- Tengo talento.
- Soy una gran trabajadora.
- Soy de buen natural.
- Estoy llena de energía.
- Soy amable.
- Es agradable vivir en mi entorno[22].

---

[22] *Ibíd.*, págs. 198-9.

Tras haber escrito esta lista, Nicki garabateó: "esto es cierto y siempre lo ha sido". Más tarde aceptó que las opiniones de sus padres sobre ella no habían sido tan extremas como ella siempre había supuesto. Su padre, por ejemplo, la había alabado frecuentemente por su inteligencia, opiniones y capacidades atléticas. Consiguió gradualmente que la niña que vivía en su interior se reconciliase con sus progenitores y disolviera la imagen del padre crítico. Forwards no dice si Nicki fue capaz de mejorar de forma efectiva las relaciones con su padre, al que no veía con mucha frecuencia. Logró abandonar sus fantasías de que el padre debía ser "el padre que siempre había deseado". Abandonar sus fantasías le costó "dolor y duelo", pero también una gran dosis de libertad. Toda la energía que había empleado en una búsqueda infructuosa del amor del padre podría ser utilizada en la búsqueda de actividades positivas y significativas para ella"[23].

No me preocupa saber en qué medida estas técnicas particulares de terapia son eficaces, en comparación con —digámoslo— el psicoanálisis clásico u otras terapias que se dirigen al inconsciente. Tratar "el niño que llevamos dentro" significa recuperar el pasado —retroceder y recapturar experiencias infantiles mediorecordadas o reprimidas— aunque sólo sea con la finalidad de liberarlas. Pero la insistencia la ponemos en el presente y en el futuro y la severidad de la ruptura con el pasado viene indicada por el hecho de que se requiere un proceso de resentimiento para renunciar al mismo. ¿Estamos hablando aquí de otra adicción que necesite ser quebrantada? En un sentido más amplio del término que el que hemos discutido anteriormente creo que sí. El terapeuta anima a Nicki a liberar rasgos que —por destructivos que sean— tienen una presión compulsiva sobre sus actitudes y acciones.

La significación del resentimiento llena una gran parte de la literatura terapéutica. Consideremos, por ejemplo, el análisis del "choque amoroso" ofrecido por Stephen Gullo y Connie Church[24]. Gullo desarrolla la idea del choque amoroso a partir de sú trabajo trerapéutico con veteranos de Vietnam, que padecían la fatiga del combate; teoría conocida más popularmente como Shell-Shock[25]. Los soldados que volvían de Vietnam sufrían desorientación psicológica, embotamiento de los sentimientos e incapacidad de establecer relaciones

---

[23] *Ibíd.*, pág. 202.

[24] Stephen Gullo y Connie Church, *Loveshock. How to Recover from a Broken Hearth and Love Again,* Londres, Simon and Schuster, 1989. [Trad. esp.: *Shock sentimental. Cómo superarlo y recuperar la capacidad de amar,* Barcelona, Paidós, 1989.]

[25] Un estudio clásico sobre las secuelas psicológicas de la fatiga en una guerra, es el trabajo de William Sargant, *Battle for the Mind,* Londres, Pan, 1959.

con personas distintas de sus antiguos camaradas de armas. Gullo observó que había paralelismos entre las experiencias de los soldados y las reacciones de personas para las que habían concluido unas relaciones amorosas serias. La comparación podría sugerir que se trivializaba la desazón producida por la fatiga en el combate, aunque de hecho la intensidad de las reacciones que produce la ruptura de una relación consolidada es a veces tan grande y la recuperación tan prolongada.

Cuando una relación termina, incluso para quién es el desencadenante y no la persona abandonada, puede persisitir una imagen del otro, los hábitos asociados con el otro y las expectativas de que se produzca una reconciliación pueden persistir muchos años después. El revivir el dolor es la condición para liberar hábitos que de otra manera se transforman en rasgos adictivos en el presente. El choque amoroso tiene "un tiempo de viaje psicológico", que puede tomarse muchos meses para actuar, aunque su duración dependa del grado de implicación emocional con los recuerdos que el individuo puede reelaborar. Llegar a resignarse a la ruptura, a la "orden de adiós", sólo se logra habitualmente en las últimas fases de abandono, una vez que la presión y la irritación han sido tratadas.

No es fantasioso comparar el permitir la disolución de unas relaciones de adulto con el esfuerzo de liberar a una adulta, como Nicki, de una implicación compulsiva con los asuntos y traumas de la infancia. En cada caso hay un reajuste emocional y cognitivo con el pasado psicológico y con la reescritura de la narrativa del yo. En ambos ejemplos, un fallo en el "distanciamiento" es apto para significar la repetición de patrones o modelos similares de conducta, que forman un ciclo más que una vía de autodesarrollo. "Confrontar su experiencia del choque amoroso y aprender de lo que era erróneo en la relación, puede revivir el dolor en una experiencia de crecimiento y proporcionar intuiciones y habilidades para enfocar la siguiente relación, que pueden resultar estimulantes"[26].

Al hablar de las relaciones entre los muchachos adultos y sus padres, hay que decir que se necesita un esfuerzo de imaginación para pensar en términos de "recuperación", que se hace natural cuando se considera la situación de quien trata de superar la pérdida de una persona querida. La infancia es algo que prepara a alguien para una participación ulterior más autónoma en el mundo de los adultos, más que una fase de la vida de la que hay que huir. No obstante, la relación de los padres con los hijos es, como las demás, algo de lo que el

---

[26] Gullo y Church, *Loveshock*, pág. 28.

adulto debe liberarse, aunque normalmente no porque ésta se desintegre de la misma forma que lo hace una relación amorosa adulta. Supongamos que damos el paso inhabitual de tratar las relaciones de los padres con los hijos como una relación más de las que forman los individuos y que luego se diluyen. Inmediatamente veremos que muchas relaciones entre padres e hijos deberían ser consideradas desde un punto de vista terapéutico, como seriamente defectuosas. Si no fuera porque los hijos dependen intrínsecamente de los padres, sería aconsejable que los abandonaran. Como trataré de indicar, podremos sacar algunas conclusiones interesantes si analizamos el caso de los padres "de mala conducta" de la misma forma que lo hacemos con los cónyuges que regularmente pisotean las necesidades del otro.

¿PADRES TÓXICOS?

Permítaseme seguir mencionando la obra terapéutica de Susan Forward cuando generaliza sus preocupaciones con Nicki, al ofrecer una descripción de las condiciones en que los padres se pueden volver "tóxicos" para los hijos[27]. ¿Qué es un padre tóxico? Hay un dicho muy sabido que dice que el efecto que tendrá el comportamiento de los padres hacia sus hijos será siempre defectuoso. Ningún padre podrá discernir todo lo relativo a las necesidades de un chico o responder adecuadamente a las mismas. Aunque hay muchos padres que tratan a sus hijos de forma que se daña su sentido de la dignidad personal y que les puede sumir en batallas de por vida con las memorias e imágenes de su infancia. Los padres "tóxicos"

> tienden a ver la rebelión o incluso las diferencias individuales como un ataque personal. Se defienden a sí mismos mediante el refuerzo de la dependencia de sus hijos y la desprotección. En lugar de promover un desarrollo sano, lo zapan inconscientemente; muchas veces con la creencia de que están actuando por el bien de sus hijos. Pueden usar frases tales como: "contribuye a robustecer su carácter", "necesita aprender de sus errores", pero sus arsenales de negatividad perjudican realmente la autoestima de los muchachos y frustran cualquier asomo de independencia. En el núcleo de cada adulto maltratado inicialmente —incluso entre los triunfadores— hay un niñito que se siente impotente y asustado[28].

---

[27] Susan Forward, *Toxic Parents, Overcoming Their Hurtful Legacy and Reclaiming Your Life,* Nueva York, Bantam, 1990. [Trad. esp.: *Padres que odian,* Barcelona, Grijalbo, 1990.]

[28] *Ibid.,* pág. 16.

Forward describe una gran variedad de "padres tóxicos". Hay padres que son sencillamente "emocionalmente inadecuados". No están ahí para educar a sus hijos, quienes podrían sentir que están para protegerles, o pueden esforzarse infinitamente por buscar muestras de su amor. Se trata de padres que, a propósito o no, han abdicado de sus responsabilidades respecto a sus hijos. Una categoría distinta de padres "tóxicos" son los controladores. Los sentimientos y necesidades de los muchachos están subordinados a los de los padres. La reacción típica de los chicos se expresa de la siguiente forma: "¿por qué no me dejan vivir mi vida?"

Estos tipos de toxicidad parental son relativamente sutiles; otros son más brutales. El alcoholismo desempeña de nuevo un papel preponderante. En la mayoría de las familias en las que uno o los dos padres son adictos al alcohol, se realiza un encubrimiento sistemático de este hecho, con el cual los hijos deben tropezarse necesariamente, y que produce frecuentemente efectos mutilantes sobre su propio desarrollo personal. "Ningún miembro de esta familia es alcohólico", es la imagen que se ofrece al mundo exterior, pero dentro del grupo familiar las presiones realizadas sobre los muchachos pueden ser excesivas.

Existen los agresores físicos y verbales. Todos los padres dicen a veces cosas que sus hijos encuentran ofensivas; pero si este daño es visible, acaso la mayoría trate de reparar los daños con amabilidad o con una excusa. No obstante, algunos padres atacan a sus hijos con un sarcasmo más o menos continuo e insultos. "Si alguien se vuelve a tu paso, es porque ha percibido el hedor que proviene de cada poro de tu cuerpo", dijo el padre de una cliente de Forward a su hija. Para describir su mal olor[29].

La agresión verbal regular va acompañada regularmente con el castigo físico de los hijos. La agresión física se define por la legislación federal norteamericana como: "infligir daños físicos como golpes, quemaduras, azotes, cortes, fracturas de huesos y cráneo, por medio de patadas, puñetazos, mordiscos, pinchazos, golpes con palos, azotes, etc". Las medidas legales contra el castigo físico a los niños, en Estados Unidos al igual que en otros países, sólo se invocan en casos extremos de violencia paterna, y muchos de estos ejemplos nunca llegan a ser conocidos por la policía. Los muchachos cuyos padres son indiferentes a ellos podrían apalearles, como medio de expresar otras frustraciones, aunque desde luego, el lema "no olvides el palo" es seguido por padres que creen que la disciplina física es necesaria para producir respeto a la autoridad.

---

[29] *Ibíd.*, págs. 106-107.

Finalmente, está la agresión sexual de los padres, fenómeno que —por lo que sabemos— afecta de diversas formas a sectores sustanciales tanto de chicos como de chicas. El incesto ha venido a ser visto no sólo como un deseo secreto, sino como una realidad que se produce en muchas familias, de todas las clases sociales. Aun si lo definimos estrictamente, excluyendo el acoso sexual verbal y visual, y nos referimos sólo a la estimulación directa de las zonas erógenas del cuerpo, el incesto es mucho más común de lo que generalmente se ha pensado por parte de profesionales de la asistencia social y de especialistas en el estudio de la familia. Las investigaciones dicen que un 5 por ciento de todos los muchachos, a la edad de dieciocho años, han sido sexualmente molestados por uno u otro de los padres (incluidos los padrastros)[30]. El nivel de acoso sexual por parte de otros miembros de la familia es mucho más alto. Principalmente, pero no en su totalidad, el acoso es llevado a cabo por hombres, aunque la violación, el abuso sexual de los niños, no es exclusivamente un delito masculino. Los muchachos aparecen como víctimas de los incestos, tantas veces como las chicas. El incesto padre-hija es el tipo más frecuente, pero el acoso sexual a los hijos por parte de las madres tampoco es infrecuente.

Los "padres tóxicos". ¿No estamos hablando aquí de las formas en que muchos padres se han comportado hacia sus hijos, especialmente si tenemos *in mente* las formas menos extremas e invasoras de abuso? En gran parte, creo que éste es el caso. El periodo durante el cual se produjo la reducción del tamaño de la familia y en el que los hijos fueron más "valorados" por los padres, fue aquel en el que tomó cuerpo la idea de que los muchachos debían obedecer a sus mayores y mejores. No obstante, incluso en su origen fue una noción apta para ser subvertida por la creación de una esfera expansiva de intimidad. Ésta fue en gran medida una doctrina machista, sustentada por el dominio del padre. La disciplina del padre ligaba al niño a la tradición, a una intepretación del pasado. La autoridad en esta situación era una aserción dogmática, reforzada en muchos casos por el castigo físico. En parte a causa de la "creación de la maternidad", surgió una forma de educación de los hijos más igualitaria, en la que se concedía mayor autonomía al hijo. La situación está sujeta hoy a una nueva transición: la transformación de los lazos del muchacho con sus padres, así como con otros miembros de la familia, en una relación, en el sentido contemporáneo de este término.

Analicemos algunos de los consejos que Forward da a quienes

---

[30] David Finkelhor y otros, *The Dark Side of Families,* Beverly Hills, Sage, 1983.

desean reajustar sus relaciones con padres tóxicos. Aunque esto pudiera llevar un largo periodo de terapia, la persona debe llegar a aprender dos principios básicos: "uno no es responsable de lo que se le hizo cuando era un muchacho indefenso" y "uno es responsable de emprender iniciativas concretas para hacer algo al respecto". ¿Cómo se puede lograr esto? Se recomienda al individuo, por encima de todo, lograr una dosis de independencia emocional de sus padres. Él o ella deben aprender a "responder" más que a "reaccionar" meramente de forma automática a la conducta de los padres, aun cuando la interacción la produzcan los recuerdos de los padres y no seres humanos concretos. Una parte de este proceso, dice el terapeuta, es que la persona puede decir "no puedo" o "no quiero" en relación con las demandas reales o hipotéticas de los padres, como forma de afirmar la autonomía. Por consiguiente, el propósito es reevaluar los términos en los que se basa la relación de los padres con los hijos, intentando que todas las partes traten a las otras como iguales. El "no puedo", "no lo haré", se convierte entonces no en un instrumento de bloqueo sino en un punto de partida negociado, en cuyos términos los individuos son capaces de ejercer su libre decisión. "La falta de elección implica quedarse atrapado en la red"[31].

Repitamos algunas de las líneas desarrolladas en todo este capítulo. El tema de los padres tóxicos nos permite ver claramente las relaciones entre el proyecto reflexivo del yo, la pura relación y la emergencia de nuevos programas éticos para la reestructuración de la vida personal.

Declarar la independencia emocional de los propios padres es un medio para comenzar simultáneamente a reformar la narrativa del yo y de afirmar los propios derechos.

La conducta del individuo ya no se organiza en términos de una "reviviscencia" de las rutinas de la infancia. Hay aquí un paralelismo directo con la superación de las adicciones formadas en la vida posterior, que proceden ordinariamente de hábitos establecidos en una etapa muy anterior.

Una base parental "tóxica" evita que el individuo desarrolle una narrativa del yo, entendido como un "recuento biográfico" con el que se sienten a gusto emocionalmente. La falta de autoestima, que asume habitualmente la forma de un sentimiento inconsciente o de una vergüenza desconocida, es una consecuencia importante, en la medida en que es más básica la incapacidad individual de relacionarse con otros adultos en pie de igualdad emocional. Huir de las bases pa-

---

[31] Forward, *Toxic Parents*, pág. 211.

rentales tóxicas es inseparable de la afirmación de determinados principios éticos o jurídicos. Los individuos que tratan de alterar sus relaciones con los padres, tratando de reexaminar sus experiencias infantiles están en efecto reclamando sus derechos. Los niños tienen derecho no sólo a ser alimentados, vestidos y protegidos, sino también a ser atendidos emocionalmente, a que se les respete sus sentimientos. En suma, las características del amor confluente propias de las relaciones adultas no son menos relevantes para las relaciones entre niños y adultos.

Para los niños, especialmente los pequeños, que no son capaces de articular verbalmente sus necesidades, el reclamar sus derechos es imposible. Esto debe realizarse por medio de los adultos, en forma de argumentación ética. Esta afirmación ayuda a ilustrar el tema de la autoridad. Cuando los lazos padres-hijos se aproximan más y más a la pura relación personal, podrá parecer que la opinión del padre no tiene primacía sobre las inclinaciones del hijo, hecho del que se derivan disputas por la "permisividad". Pero esto no se sigue en absoluto. Una liberalización de la esfera personal no implica la desaparición de la autoridad; lo cierto es más bien que el poder coercitivo deja paso a relaciones de autoridad que pueden ser defendidas de acuerdo con ciertos principios. Pero analizaré este tema con mayor extensión en el capítulo final.

CAPÍTULO VII

Turbulencias personales, trastornos sexuales

"Se ha dicho que en toda la voluminosa literatura sobre sexo y sexualidad, hay muy poco sobre la sexualidad masculina en cuanto tal... Parece como si fuese una parte ya aceptada de la vida cotidiana, que es invisible"[1]. Un juicio extraño, se podría pensar, dada la preocupación de Freud y de muchos que vinieron después del mismo sobre la experiencia sexual masculina. Pero si se tiene en cuenta que se ha tratado no en los términos de la actividad sexual misma, sino en relación con los conflictos que suscita el sexo, la observación adquiere cierto sentido.

La sexualidad masculina aparecía sin problemas en el contexto de las circunstancias sociales "separadas y desiguales" que prevalecieron hasta hace poco. Su naturaleza queda encubierta por una serie de influencias sociales que han sido o están siendo minadas. Se incluyen las siguientes: 1) el dominio de los hombres en la esfera pública; 2) el doble modelo; 3) la separación de las mujeres en dos bandos: puras (casables) e impuras (prostitutas, rameras y brujas); 4) la definicición de la diferencia sexual como establecida por Dios, la naturaleza y la biología; 5), la problematización de las mujeres como seres difíciles de entender e irracionales en sus deseos y acciones; 6) la división sexual del trabajo.

Cuanto más se disuelvan estas formas sociales preexistentes —aunque todas tengan todavía sus apoyos— más cabría esperar que la sexualidad masculina sufriese trastornos frecuentes y compulsivos. La compulsividad sexual masculina puede ser entendida —como se

[1] Andy Metcalf, Introduction to Andy Metcalf y Martin Humphries, *The Sexuality of Men*, Londres, Pluto, 1985, pág. 1.

ha indicado en un capítulo anterior— como un obsesiva aunque frágil rutina que se ha separado de sus anteriores bases. Es una "odisea" comparable a la de la modernidad misma —considerada al menos desde el dominio de sus instituciones públicas— preocupada con el control y distancia emocionales, pero armada con una violencia potencial.

SEXUALIDAD Y TEORÍA PSICOANALÍTICA: COMENTARIOS PRELIMINARES

El descubrimiento freudiano de la plasticidad de la sexualidad documentada en sus *Tres Ensayos* —un logro extraordinario—, se encaja mal con su interpretación de la sexualidad masculina, así como de la femenina. Como Freud describe, ésta es reputada como un proceso "natural", en el que las energías eróticas se dirigen hacia objetos específicos en el entorno del niño. Si ponemos el acento sobre la sexualidad plástica y nos preguntamos justamente por qué las niñas envidian a los chicos, y no damos por hecho que esa envidia se basa en una cualidad física determinada, podemos comenzar a reconstruir los orígenes de la "masculinidad" en una forma diferente de la de Freud.

La transición edípica, la piedra angular del análisis maduro del desarrollo psicosexual, no aparece en forma significativa en los *Tres Ensayos*. Cuando esta obra fue escrita, la teoría del complejo de Edipo, sólo había sido formulada de forma rudimentaria. Así, aunque Freud modificase más tarde los argumentos de los *Tres Ensayos* a la luz de sus puntos de vista subsiguientes, las ideas de que la sexualidad no tiene un objeto intrínseco cedió el lugar al axioma de que la masculinidad y la sexualidad masculina son la norma. Los muchachos tienen la ventaja de que sus genitales son visibles y se localizan fácilmente como fuente de estimulación erótica. El desarollo sexual es un asunto amenazador tanto para los muchachos como para las muchachas: la visibilidad del pene les hace vulnerables y la rivalidad del muchacho con su padre es la base de la mezcla de una pérdida y una adquisición de autonomía, extremadamente tensas. La niña pequeña es un ser carente en su sentido más profundo, ya que su inadecuación visible es intrínseca a su existencia. Ella está desposeída desde el comienzo, porque ha nacido "castrada". Su heterosexualidad la obtiene sólo de manera secundaria, una vez que aprende que nunca podrá poseer a la madre, al faltarle el pene. No hay una vía directa a la femineidad.

Dada la preeminencia de esta noción de deseo del pene, los escritos de Freud parecen poco prometedores como fuente de inspiración para autores feministas. Pero de hecho, el encuentro entre femi-

nismo y psicoanálisis ha probado ser la fuente de contribuciones importantes y originales a la teoría psicológica y social[2]. Una diferencia importante, sin embargo, se ha establecido entre la obra de autores —Julia Kristeva, Luce Irigaray y otros— influidos por Jacques Lacan y por la perspectiva filosófica del postestructuralismo, y la obra de otros autores —como Nancy Chodorow, Dorothy Dinnerstein o Carol Gilligan— influidos por el predominio de las escuela de las relaciones con el objeto. Las diferencias entre estos puntos de vista son —en cierto sentido— profundas, pero en otro sentido pueden quedar exageradas. El factor menos importante es el que parece ser, frente a las cosas, el más importante: el impacto del postestructuralismo.

Espero que el lector no familiarizado con los debates sobre estos asuntos me permitirá el uso de un vocabulario más exigente en los próximos dos o tres párrafos que el que he usado en el resto del texto. De acuerdo con el pensamiento postestructuralista, nada tiene esencia, cada cosa queda estructurada en el juego móvil de los significantes. Al refractarse a través del debate feminista con Freud, este punto de vista se expresa como una crítica del "esencialismo". Si los significados se definen siempre negativamente, a través de lo que ellos no son, entonces las expresiones "identidad sexual" "o identidad del yo" son equívocas. Implican una unidad espúrea. Estos puntos de vista encuentran apoyo en la disputa lacaniana de "demenciación": el sujeto sólo aparece ante sí mismo por medio de un desconocimiento.

La crítica del "esencialismo", en mi opinión —de todas formas— se basa en una teoría desviada del lenguaje[3]. El significado se define, ciertamente, por la diferencia. No se inserta en un juego sin fin de significantes, sino en contextos pragmáticos de uso. No hay absolutamente razón por la que, en el nivel de la lógica, el conocimiento de la naturaleza que depende del contexto disuelva la continuidad de la identidad. La cuestión del "esencialismo" es un pretexto, salvo como cuestión empírica de cómo la identidad personal del ego personal es tenue o fragmentaria y en qué medida hay cualidades genéricas que tienden a distinguir a los hombres de las mujeres.

Más consecuente es el status de las tesis lacanianas, de las que se han apropiado al menos algunas autoras feministas, que sostienen que las mujeres están excluidas específicamente del dominio de lo

---

[2] Sobre la mejor discusión reciente, véase Teresa Brennan, *Between Feminism and Psychoanalysis*, Londres, Routledge, 1989.

[3] Anthony Giddens, "Structuralism, post-structuralism and the Production of Culture", en Anthony Giddens y Jonathan Turner, *Social Theory Today*, Cambridge, Polity, 1987. [Trad. esp.: *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza, 1990.]

simbólico, del lenguaje mismo. Para Irigaray, por ejemplo, a pesar de las críticas que hace a Lacan en otros aspectos, no existe una economía significativa de lo femenino: la femineidad es un "agujero" en doble sentido. Esta actitud, sin embargo, es un instrumento de la conexión que Lacan traza entre lo simbólico y la "ley del padre", para cuya aceptación no parece haber buenas razones. Más plausible es sugerir, con Chodorow, que este "lenguaje masculino", en la medida en que existe, tiende a ser más instrumental y teorético que el de las mujeres. Pero, en algunos aspectos clave, "el lenguaje masculino" expresa tanto privación como dominio. En mi razonamiento, por tanto, seguiré más el punto de vista de las relaciones con el objeto, que el lacaniano. Algunas de las puntualizaciones de la teoría feminista lacaniana, sin embargo, deben ser admitidas —particularmente su insistencia sobre el carácter fragmentario y contradictorio de la identidad sexual. Una vez que se prescinde de las anteojeras postestructuralistas, no hay razón para mantener estos resaltes en el contexto de una perspectiva de las relaciones con el objeto.

Desarrollo psicosocial y sexualidad masculina

Siguiendo a Chodorow, podemos afirmar que, en los primeros años de la vida —particularmente y quizás *sólo* en la sociedad contemporánea— la influencia de la madre supera a la del padre y de otros cuidadores[4]. La primera experiencia que tiene el niño de su madre es virtualmente opuesta a la imagen de un individuo impotente y castrado. Particularmente en un nivel inconsciente, el niño y la niña pequeños, ven a la madre como todopoderosa. El sentido original de identidad del yo surge, juntamente con el potencial de intimidad y se desarrolla por medio de la identificación con la figura de una hembra tan penetrante. Para lograr un sentido consolidado de independencia, todos los niños deben, en cierto momento, comenzar a liberarse de la influencia de la madre, de sus amores. Se sigue que éste es el camino hacia la masculinidad, más que a la femineidad, que es un desvío. Los orígenes de la identidad del yo varón están ligados a un sentido profundo de inseguridad, a un sentido de pérdida que invade los recuerdos del inconsciente individual. La confianza básica, la fuente genuina de seguridad ontológica, se ve intrínsecamente comprometida, una vez que el muchacho queda abandonado al mundo de los hom-

[4] Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering*, Berkeley, University of California Press, 1978. [Trad. esp.: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1994.]

bres por la única persona que ha sido el principal adulto querido con el que se podía contar.

Desde este punto de vista, para ambos sexos el falo, la representación imaginaria del pene, extrae su significado de la fantasía de la dominación femenina[5]. Simboliza separación, pero también rebelión y libertad. En la fase anterior a la transición edípica, el poder fálico procede más de la separación de las esferas de autoridad de la madre y del padre, que de la pura preeminencia del macho en cuanto tal. El falo representa libertad de la dependencia excesiva de la madre así como la capacidad de atraer su amor y atención. Se trata de un símbolo clave en la búsqueda temprana que hace el niño de una identidad independiente. El deseo o envidia del pene, fenómeno real como dice Jessica Benjamin, representa el deseo de los niños pequeños, muchachos y muchachas, de identificarse con el padre como primer representante del mundo exterior[6]. La fase edípica, cuando llega, confirma la separación del muchacho respecto de la madre, pero ofrece la recompensa de una mayor libertad, o más bien, la plenitud del querer, que no es exactamente la misma cosa, a cambio. La masculinidad es así enérgica y esforzada, aunque la energía del niño se reviste de una pérdida inicial.

Cuanto más avanza la transformación de la intimidad, en un nivel institucional, más tiende la transición edípica a acercarse a una "reaproximación": la capacidad de los padres e hijos de relacionarse sobre la base de una comprensión de los derechos y de las emociones del otro. La cuestión del "padre ausente" fue tratada primero por la Escuela de Frankfurt y más recientemente por grupos de activistas masculinos, y puede contemplarse aquí a una luz más positiva que negativa. Menos que una figura específicamente disciplinadora, ya que la disciplina inicial es asumida por la madre, el padre (o la figura idealizada del padre) ha venido a ser —en términos de Hans Leowald—, más "generoso"[7]. Encontramos aquí la intrusión de la vergüenza en el desarrollo de la psique masculina, aunque, en comparación con el caso de las niñas, la culpabilidad tiene todavía un lugar prominente. Lo que se juega aquí no es tanto la identificación con una figura claramente punitiva cuanto un repudio defensivo de la educación.

El sentido masculino de la identidad se forja así en circunstancias

---

[5] Janine Chasseguet-Smirgel, "Freud and female sexuality", *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 57, 1976.

[6] Jessica Benjamin, *The Bonds of Love*, Londres, Virago, 1990.

[7] Hans Leowald, "Waning of the Oedipus complex", en *Papers on Psychoanalysis*, New Haven, Yale University Press, 1983.

en las que la pulsión a la autosuficiencia va amalgamada con un handicap emocional mutilador. Hay que desarrollar una narrativa de la identidad personal que describa el dolor de la privación del amor original de la madre. Sin duda alguna, los elementos de todo esto son más o menos universales, pero lo importante en el contexto actual es el desarrollo peculiarmente tenso de la sexualidad masculina, en una situación en la que el amor maternal —recibido tal y como es— es simultáneamente crucial y a la vez está ausente. El pene es el falo, sí, pero hoy lo es en circunstancias en las que el sostenimiento del poder fálico se centra cada vez más sobre el pene, o más bien, sobre la sexualidad genital, como su principal expresión. La comprensión de la masculinidad en las sociedades modernas en esta forma ilumina las modalidades típicas de la compulsividad masculina. Muchos hombres se ven inducidos, tras escrutar a las mujeres, a buscar lo que les falta. Esta carencia puede manifestarse en cólera y violencia abiertas. Se ha convertido en un lugar común de la literatura terapéutica el decir que los hombres tienden a ser "incapaces para expresar sentimientos" o que "son inaccesibles a las emociones". Pero esto es demasiado descarnado. En lugar de ello, deberíamos decir que muchos hombres son incapaces de construir una narrativa del ego, que les permita reconciliarse con una esfera de la vida personal, cada vez más democratizada y reorganizada.

SEXUALIDAD MASCULINA, COMPULSIVIDAD Y PORNOGRAFÍA

La naturaleza quebradiza de la sexualidad masculina en las circunstancias sociales modernas está bien documentada en los casos de estudio terapéutico. Heather Formani dice que "sea lo que fuere la masculinidad, lo cierto es que es muy perjudicial para los hombres". La casuística que proporciona ofrece una amplia base para esta afirmación[8]. En comparación con las mujeres, muchos hombres tienden a ser sexualmente incansables; aunque también "compartimentan" su actividad sexual en sectores de sus vidas en los que son capaces de encontrar estabilidad y control[9].

El carácter compulsivo de la pulsión hacia una sexualidad episódica se hace mayor en la medida en que las mujeres detectan, y rechazan, su complicidad con la dependencia emocional oculta del macho. El amor romántico, como he tratado de mostrar, contenía siem-

---

[8] Heather Formani, *Men. The Darker Continent*, Londres, Mandarin, 1991, pág. 13.
[9] Cfr. Michael Ross, *The Married Homosexual Man*, Londres, Rouletdge, 1983.

pre una protesta contra esta complicidad, aunque de alguna forma contribuía a apoyarla. Cuanto más mujeres presionan en favor de una ética del amor confluente, más insostenible se hace una dependencia emocional del macho; pero lo más difícil para muchos hombres es tratar esto con la desnudez moral que esto implica. En la medida en que el pene se convierte en el falo, la sexualidad masculina es responsable de girar entre el dominio sexual asertivo, incluido el uso de la violencia, por un lado, y las ansiedades constantes sobre la potencia, por otro (susceptibles de salir a la superficie en relaciones de cierta duración, donde el nivel de rendimiento sexual no puede quedar aislado de las implicaciones emocionales de diversos géneros).

La ansiedad masculina sobre la sexualidad quedó mucho tiempo oculta a la vista, mientras estaban vigentes las diversas condiciones sociales que la protegían, como he advertido anteriormente. Si la capacidad femenina y las necesidades de expresión sexual quedaron ocultas cuidadosamente hasta bien entrado el siglo XX, también lo fue la traumatización concurrente del varón. El análisis que hizo Lesley Hall de cartas escritas por hombres a Marie Stopes ilustra este ramalazo de inquietud y desesperación sexual, tan lejos de la imagen del lascivo despreocupado o del sexualmente desbocado que cabría imaginar[10]. La impotencia, las poluciones nocturnas, la eyaculación precoz, las preocupaciones sobre el tamaño del pene y su función, aparecen una y otra vez en las cartas. Muchos de los hombres con los que Stopes entró en contacto tuvieron buen cuidado de puntualizar que no eran gente debilucha, sino personas "grandes y fuertes", "de una forma física por encima del promedio", "atléticos, bien conformados, muy fuertes físicamente", etc.

La ansiedad basada en la falta de conocimiento del sexo es un tema persistente, así como los sentimientos crónicos de inferioridad y la confusión personal. La incapacidad para generar una responsabilidad sexual en el compañero es un lamento común, como lo es la falta de placer por parte del hombre. "Ninguno de nosotros siente esta satisfacción en el abrazo más estrecho, que el instinto y la razón me dicen debe producirse"[11]. La mayoría de las preocupaciones sexuales de los corresponsales de Stopes versan sobre los fracasos sexuales o las preocupaciones sobre la normalidad; los fallos en la masculinidad han sido experimentados como amenazas a una relación valorada, más que problemas expresados en abstracto.

---

[10] Lesley A. Hall, *Hidden Anxieties. Male Sexualitiy, 1900-1950,* Cambridge, Polity, 1991.

[11] *Ibíd.*, pág. 121.

Aunque no pretendo discutir estos temas detalladamente, el análisis que voy a hacer me ayudará a detectar el sentido de ciertos rasgos de la pornografía de masas e importantes aspectos de la violencia sexual masculina. La pornografía podría ser considerada como la mercantilización del sexo, pero esta afirmación sería una observación demasiado parcial. La actual explosión de material pornográfico, en gran parte dirigido a los hombres, y en gran parte consumido por ellos, va paralela con la intensificación prevalente de un sexo de emoción baja y de alta intensidad. La pornografía heterosexual muestra una preocupación obsesiva por escenas standarizadas y con actitudes en las que la complicidad de las mujeres, sustancialmente implícita en el actual mundo social, se reitera de manera ambivalente[12]. Las imágenes de las mujeres en las revistas de pornografía blanda —normalizadas por su inserción en anuncios ortodoxos, en historias no sexuales y en nuevas formas— son objeto de deseo, pero nunca de amor. Excitan y estimulan, desde luego, son la quintaesencia de lo episódico.

La complicidad femenina queda retratada en la forma estilizada en que las mujeres son descritas habitualmente. La "respetabilidad" de la pornografía blanda es una parte importante de su atractivo, y acarrea la implicación de que las mujeres son objetos, pero no sujetos, de deseo sexual. En el contenido visual de las revistas pornográficas la sexualidad femenina queda neutralizada, y la amenaza de la intimidad se disuelve. La contemplación de las mujeres va dirigida habitualmente al lector: Ésta es actualmente una de las convenciones más estrictas que se observan en la presentación de la imagen. El hombre que se deja prender en esta contemplación debe dominarla por definición. Aquí el pene se convierte de nuevo en el falo, el poder imperial que los hombres pueden ejercer sobre las mujeres. Algunas revistas pornográficas contienen columnas en las que se plantean problemas sexuales y se responde a las consultas. Pero el tenor de las cartas en tales periódicos es muy diferente del de las recogidas por Stopes. En contraste con las cartas orientadas a exponer un problema, los firmantes se sienten preocupados por la autenticidad del documento, cuentan episodios sexuales discretos.

En estos episodios hay un motivo que prolifera por doquier. Es el palcer sexual, no el masculino sino el femenino, presentado habitualmente de forma muy peculiar. Se trata de mujeres extáticas en su sexualidad, siempre sometidas al falo. Las mujeres gritan, jadean y se estremecen, pero los hombres están silenciosos, orquestando los actos que se desarrollan. Las expresiones de deleite femenino se deta-

---

[12] Andy Moye, "Pornography", en *The Sexualitiy of Men,* Metcalf and Humphries.

llan con una atención excesiva, y están muy por encima de lo que la experiencia masculina percibe. El arrebato femenino nunca es puesto en duda; aunque el clímax de la historia no tiende a entender o resaltar los orígenes y la naturaleza del placer sexual femenino, sino a domesticarlo y aislarlo[13]. Los hechos se describen en los términos de la reacción de la mujer, pero de forma tal que el deseo femenino aparece tan episódico como el del varón. Los hombres así llegan a saber lo que quieren las mujeres y cómo luchar con el deseo femenino, en sus propios términos.

La pornografía llega a constituir una adicción a causa de su carácter sustitutivo. La complicidad de la mujer está asegurada, pero la representación pornográfica no puede hacer fracasar los elementos contradictorios de la sexualidad masculina. El placer sexual que muestra la mujer viene con la etiqueta pegada de un precio —porque la criatura que puede dar evidencia de este frenesí puede ser contemplada también como quien impone exigencias que deben ser satisfechas. El fracaso no es mostrado abiertamente, pero queda latente como la presunción tácita del deseo; la cólera, el reproche y el miedo a la mujer están inequívocamente mezclados con la devoción que estas historias revelan. Los efectos normalizadores de la pornografía blanda explican probablemente este atractivo de masas, y no el hecho de que un material pornográfico más explícito no pueda obtenerse comercialmente con normalidad. La pornografía dura, en muchas de sus versiones al menos, puede ser más amenazante, aunque su crudeza pueda parecer que corresponde más plenamente a las exigencias del varón. El poder ya no se limita aquí "por el consentimiento del gobernado" —la mirada cómplice de la mujer— sino que aparece aquí más abierta y directamente impuesto por la fuerza. Esto es lo que constituye precisamente su atractivo para algunos. La pornografía dura opera también en el límite externo de la sexualidad fálica, mas por otro lado, revela las libertades amenazadoras de la sexualidad plástica.

VIOLENCIA SEXUAL MASCULINA

La fuerza y la violencia forman parte de todos los órdenes de dominación. En el terreno ortodoxo de la política, se suscita la cuestión de en qué medida el poder es hegemónico; respondiéndose que se debe recurrir a esta violencia sólo cuando el orden legítimo queda

---

[13] *Ibíd.*, págs. 68-69.

quebrantado. Otra cuestión es en qué medida, alternativamente, la violencia expresa la naturaleza real del Estado. Un debate similar se plantea en la literatura que se ocupa de la pornografía y la violencia sexual. Algunos han dicho que el crecimiento de la pornografía dura, particularmente donde la violencia se representa directamente, describe la verdad íntima de la sexualidad masculina en su totalidad[14]. Se ha sugerido que la violencia contra las mujeres, especialmente la violación, es el principal apoyo del control de los hombres sobre ellas[15]. La violación muestra la realidad del dominio del falo.

Parece claro que hay un *continuum,* no un corte brusco, entre la violencia hacia las mujeres y otras formas de intimidación y acoso. La violación, la agresión e incluso el asesinato de las mujeres contienen frecuentemente los mismos elementos nucleares que otros encuentros sexuales no violentos, la sumisión y conquista del objeto sexual[16]. ¿Es la pornografía, entonces, la teoría, y la violación la práctica, como algunos han declarado? Al responder a esta pregunta es importante determinar si la violencia sexual es parte de la opresión duradera del macho sobre las mujeres, o si se relaciona con los cambios de los que trata este libro.

El impulso a subordinar y humillar a las mujeres, como la precedente discusión sobre la sexualidad masculina indica, forma parte probablemente de un aspecto genérico de la psicología masculina. Aunque se pueda decir (no obstante, la opinión es discutible) que el control masculino de las mujeres en las culturas premodernas no dependía primariamente de la práctica de la violencia contra ellas. Lo que prevalecía sobre todo era el "derecho de propiedad" que tenían los hombres sobre las mujeres, unido al principio de la separación de esferas. Las mujeres estaban frecuentemente expuestas a la violencia del macho, especialmente dentro del ámbito doméstico; igualmente importante, sin embargo, era el protegerlas de las disputas públicas en las que los hombres se sometían mutuamente a la violencia. Por esta causa, en el desarrollo premoderno de Europa, florecía la violación "principalmente en las zonas marginales, en las fronteras, en las colonias, en los estados en guerra y en los estados poco civilizados; entre los ejércitos que merodeaban por los territorios y los invadían"[17].

---

[14] Andrea Dworkin, *Pornography: Men Possessing Women*, Londres, Women's Press, 1981.

[15] Susan Griffin, "Rape, the all-American crime", *Ramparts,* vol 10, 1973; Susan Brownmiller, *Against Our Will,* Londres, Penguin, 1977.

[16] Liz Kelly, *Surviving Sexual Violence,* Cambridge, Polity, 1988.

[17] Roy Porter, "Does rape have an historical meaning?", en Silvana Tomaselli y Roy Porter, *Rape,* Oxford, Blackwell, 1986, pág. 235.

La lista es formidable y bastante horrenda. Aunque la violencia en estas circunstancias estuviera pocas veces específicamente dirigida contra las mujeres. En estos "márgenes" las violencia era pronunciada y la violación fue una actividad, entre otras igualmente brutales, que dividía a los hombres en destructores y destruidos. Característica de estas situaciones marginales era el hecho de que las mujeres no estaban tan separadas de los dominios del hombre como en casos normales. Los hombres no podían garantizar su seguridad.

En las sociedades modernas las cosas son muy diferentes. Las mujeres viven y trabajan en lugares públicos y anónimos, mucho más frecuentemente que antes y las divisiones "separadas y desiguales" que aislaban a los sexos han desaparecido sustancialmente. Tiene más sentido en los tiempos que corren que en los anteriores, el suponer que la violencia sexual masculina se ha convertido en la base de control sexual. En otras palabras, una gran cantidad de la violencia sexual masculina deriva ahora de la inseguridad y de la inadaptación, más que de la perpetuación del dominio patriarcal. La violencia es una reacción destructiva a la mengua de la complicidad femenina.

Salvo en condiciones de guerra, los hombres son quizás hoy más violentos hacia las mujeres que hacia otros hombres. Hay muchos tipos de violencia sexual masculina contra las mujeres. Pero al menos algunas tienen la consecuencia anotada antes: en ellos la sexualidad es episódica. Éste podría ser el rasgo principal —aunque ciertamente no el único— que une la violencia a la pornografía. Si esto es así, se sigue de ello que la literatura pornográfica, o buena parte de ella, participa del sistema hegemónico de dominación, mientras que la violencia sexual es un apoyo secundario más que un ejemplo de poder fálico.

Desde luego, sería absurdo proclamar que existe una forma unitaria de masculinidad, y sería falso suponer que todos los hombres son reacios a asumir el cambio. Además, la violencia sexual no se limita a las actividades de los hombres. Las mujeres practican también la violencia contra los hombres en asuntos domésticos. La violencia parece ser un rasgo bastante común en las relaciones lesbianas, al menos en algunos contextos. Los estudios sobre la violencia sexual femenina en Estados Unidos describen casos de violación lésbica, de agresiones físicas y de asaltos con pistolas, cuchillos y otras armas[18]. La mayoría de los hombres que escribieron a Marie Stopes estaban preocupados con la solución de sus problemas, respecto a su capacidad de incrementar la satisfacción de sus parejas femeninas. Muchos

---

[18] Karay Lobel, *Naming the Violence,* Seattle, Seal, 1986.

hombres que regularmente frecuentan a las prostitutas desean asumir un papel pasivo, no activo, estén o no implícitos en éste las prácticas masoquistas. Algunos gays encuentran mayor satisfacción siendo sumisos, aunque muchos son capaces de cambiar los papeles. Ellos han tenido más éxito que la mayoría de los heterosexuales al aislar el poder diferencial y confinarlo a la arena de la sexualidad en cuanto tal. "Hay fantasías —dice un gay— que nos atrapan y otras que nos liberan... Las fantasías sexuales, cuando se emplean conscientemente, pueden crear un contraorden, un tipo de subversión, y un espacio reducido hacia el que podemos escapar, especialmente cuando estas fantasías dinamitan todas las distinciones netas y opresivas entre activo y pasivo, masculino y femenino, dominante y sumiso"[19].

SEXUALIDAD FEMENINA: EL PROBLEMA DE LA COMPLEMENTARIEDAD

Si aceptamos el principio de que cada sexo es lo que el otro no es, entre sexualidad femenina y masculina habría un simple engranaje. Las cosas no son tan nítidas, porque todos los niños comparten semejanzas en la evolución psicosexual, particularmente en la parte inicial de sus vidas. Sea cual fuere la limitación de sus ideas, vistas desde la perspectiva de hoy, Freud fue el primero en ver esto. Pocas chicas tienen una historia erótica semejante a los muchachos —aunque para Freud la razón es que su sexualidad temprana, como dijo, "es de un carácter totalmente masculino"[20]. La diferencia interviene cuando ambos sexos se dan cuenta que la chica joven tiene algo que ha desaparecido. Todos piensan que ha sido castrada.

Según la opinión de Freud, desde el punto de vista psicológico, sólo hay un órgano genital, el del varón. Aunque los genitales de la niña son al principio un asunto indiferente para el niño —hasta que penetra en la fantasía la amenaza de la castración— ella ve rápidamente que lo que le falta es el pene y desea tenerlo. Incluso en la etapa del complejo de Edipo, la experiencia de la niña no es directamente complementaria de la del niño, porque, como dice Freud, "sólo en el muchacho sucede aquí una conjunción fatal simultánea de amor por uno de los padres y de odio por el otro, como si fuera como un rival"[21]. La niña se desvía de la madre y le reprocha la falta

---

[19] Citado en Lynne Segal, *Slow Motion*, Londres, Virago, 1990, pág. 262.

[20] Sigmund Freud, *Three Essays on the Theory of Sexuality*, Standard Edition, Londres, Hogarth, 1953.

[21] *Ibid.*

de pene, aunque ella no pueda identificarse de la misma forma con el padre o desplazar su agresión hacia él.

En su "inversión" de Freud, Chodorow y los autores que escriben desde un punto de vista semejante, introducen una complementariedad mayor de lo presumido en la teoría original freudiana. De acuerdo con ellos, la niña preserva estos rasgos de desarrollo psicosexual que el niño ha dejado; el niño desarrolla rasgos, p.e una actitud instrumental hacia el mundo, que la niña no posee, o que sólo ha elaborado débilmente. Desde el comienzo, la relación de la madre con el muchacho es diferente de la que asume hacia la niña. Ella le trata como a un ser más distinto que la niña, que es amada de una manera mas "narcisista"[22]. Cada sexo gana y pierde, aunque los niños pierden más. Las niñas tienen un sentido más fuerte de la identidad de su sexo, pero un sentido más débil de su autonomía y de su individualidad; los chicos son más capaces de una acción independiente, aunque el precio emocional que hay que pagar por esta capacidad sea elevada.

En la línea de desarrollo de los temas anteriormente introducida, permítaseme modificar e historizar esta interpretación, y tratar de mostrar por qué hay que evitar poner un énfasis indebido sobre la complementariedad. La invención de la maternidad crea una situación en la que, a ojos tanto de la niña como del niño pequeños, la madre es percibida como más todopoderosa y cariñosa, que en generaciones anteriores. Este amor y este poder, sin embargo, se asocian con un respeto mayor que antes por la autonomía del niño, incluso en fases más tempranas de la vida (aunque hay muchos ejemplos reales en los que este respeto es negado ampliamente).

La ruptura con la madre por parte del niño tiene la consecuencia de que su dependencia de las mujeres queda enmascarada y, en un nivel consciente y a veces inconsciente, negada. Es difícil en la vida tardía integrar la sexualidad en una narrativa reflexiva del yo. Lo que los hombres tienden a reprimir, repitámoslo, no es la capacidad de amar, sino la autonomía emocional, importante para el apoyo de la intimidad. Las niñas tienen una posibilidad mayor de lograr esta autonomía, que depende más de la comunicación que de la propensión a expresar emociones en cuanto tales. La abundancia de recursos comunicativos debe ser considerada de esta suerte, como un asunto de competencia, tanto como esa "competencia instrumental" que los varones son propensos a desarrollar.

---

[22] George Stambolian, *Male Fantasies/ Gay Realities*, Nueva York, Sea Horse, 1984, págs. 159-60.

La confianza que otorgan los hombres a las mujeres para hacer el trabajo de la intimidad se expresa no sólo en el terreno de la sexualidad, sino en el de la amistad. Hay organizaciones como clubes o equipos deportivos, que a causa de su carácter exclusivamente masculino, ofrecen situaciones en las que la fraternidad masculina se puede desarrollar y consolidar. Aunque la fraternidad —los lazos que derivan de una experiencia exclusivamente masculina compartida— no sea lo mismo que la amistad, que hay que considerar desde el punto de vista de las características de la pura relación personal. Un estudio en profundidad de doscientos hombres y mujeres en Estados Unidos mostró que dos tercios de los hombres interrogados no podrían mencionar a un amigo íntimo. Entre quienes podían, el amigo era una mujer. Tres cuartas partes de las mujeres de la investigación pudieron fácilmente mencionar una o más personas amigas íntimas, que siempre eran mujeres. Las mujeres, tanto las casadas como las solteras, mencionaban a una mujer como su mejor amistad[23].

Para las chicas y los chicos constituye un choque reconocer el poder del falo —ya que la genuina competencia que han desarrollado se ve amenazada, si no zozobra completamente, por el descubrimiento. En el caso del chico, en el área de la sexualidad, el falo se convierte en un significante de capacidad ambivalente para dominar a las mujeres. Cuanto más se identifica el falo con el pene, sin embargo, más debe ser "experimentado" éste en encuentros episódicos, que combinan riesgo y placer. Más que de complementariedad, la situación es de dislocamiento mutuo e implica elementos contradictorios, tanto en el caso de las chicas como de los chicos. La frustración del deseo de las niñas de ser como el padre es aguda, aunque no fragmenta en compartimentos necesariamente la personalidad en la forma característica de los chicos. Se puede observar porque la decepción respecto de los hombres, alternando con la idealización de los mismos, está tan mezclada en la mente de la niña. El padre simboliza separación y "acción sobre" el mundo; aunque sea también inalcanzable. La capacidad de amar de la niña se funde con un deseo desbordante de ser amada y cuidada.

¿Tiene algún sentido decir que la sumisión es un rasgo peculiar del desarrollo psicosexual femenino, como sostiene el estereotipo? No creo que lo sea. Tanto el niño como la niña tienen impulsos análogos hacia la sumisión y hacia el dominio que se conectan. El deseo de ser dominado es un residuo poderoso de la conciencia reprimida

---

[23] Lillian Rubin, *Intimate Strangers,* Nueva York, Harper and Row, 1983. Véase también Stuart Miller, *Men and Friendship,* Londres, Gateway, 1983.

de la temprana influencia de la madre. Ambos sexos desarrollan la capacidad de cuidar de alguien, aunque esto asuma formas diferentes. Salvo si un niño llega a sentirse completamente alienado psicológicamente de su madre, durante su infancia o después de ella, conservará la capacidad y el deseo de cuidar a otro. Pero esta solicitud normalmente tiene un carácter "instrumental". La crianza, entendida en el sentido de apoyo emocional, corresponde mucho más a las capacidades desarrolladas por la muchachita. Incluso aquí, sin embargo, sería un error suponer que las capacidades de un sexo complementan simplemente a las del otro, ya que ambos se desarrollan en contradicción.

El "padre ausente", el padre que tiene sólo una existencia en la sombra durante el periodo temprano de la crianza del niño, tiene un significado particular para la niña pequeña. Puede ser idealizado a causa de su lejanía, pero aparece como peligroso; este aire de amenaza forma parte de su genuina atracción. Al estar menos en el centro de la vida del muchacho que la madre, es menos accesible a sus habilidades comunicativas. Debe ser "convertido", conquistado, aunque esté también distante y parezca —en el nivel del inconsciente— inalcanzable. Sus cualidades refractarias deben ser puestas bajo control si se quiere lograr autonomía. La paradoja es que si hubiera que conquistarlo, la niña pequeña creería que algo ha ido mal, ya que el gana su respeto no como el poseedor sexual de la madre, sino porque mantiene su "aislamiento".

La ansiedad, así como el deseo de amor, alimenta la sexualidad episódica. Con mucha frecuencia, es la base del masoquismo y del deseo de sumisión, un síndrome conectado con la vergüenza. La ansiedad y la vergüenza, sin embargo, son formas características de la crianza de las mujeres. La niñita ama a su madre, pero también abriga resentimiento hacia la misma. Al distanciarse de ella, por la vía de la identificación con el padre, le transfiere su resentimiento. Por idealizado que pueda estar, no puede esforzarse por lo que ella debe sacrificar al tratar de conquistarle. Su alejamiento, comparado con la proximidad a la madre que el niño ha disfrutado, promueve esta ambivalencia. No se puede confiar en los hombres, siempre te abandonan.

Para entender más plenamente la relación entre la vergüenza y el desarrollo psicosexual, podemos referirnos a la interpretación freudiana de la femineidad, estrechamente ligada con el narcisismo. Según Freud, las mujeres tienen una impresión narcisista en sus cuerpos que falta a los hombres, que es un resultado de la reacción de las niñas a su "castración". La niñita abandona la masturbación y pierde su interés en el clítoris, órgano manifiestamente inadecuado. Su erotismo se hace difuso y no concentrado en un órgano que produce el placer primario. Ella se ve a sí misma sólo como reflejo del deseo del

macho. De aquí que la necesidad de la mujer no vaya en dirección del amor —en palabras de Freud— sino en la de ser amada; "el hombre que llena esta condición es el que encuentra favor" ante ella[24]. Las mujeres no necesitan exactamente ser admiradas, sino oír que son apreciadas y valoradas. Despojadas de la condición narcisista en los inicios de sus vidas, las mujeres sólo encuentran seguridad en el espejo del amor que proporciona el adorador de turno. No es necesario decir que los hombres están tan mal equipados para cumplir estos requisitos como para responder al erotismo femenino. De ahí la queja tantas veces oída de las mujeres de que sus compañeros son desmañados y no entienden qué es lo que las satisface realmente[25].

La conclusión que saca Freud es correcta en parte, aunque no lo sean los argumentos en los que se basa. Tales argumentos aluden a dos asuntos distintos: la sexualidad femenina y el erotismo del cuerpo, por un lado, y el deseo de asegurarse el ser amada, por otro. Podemos suponer que los dos sexos, de hecho, una vez realizada la ruptura con la madre, necesitan cerciorarse de que todavía son amados. La necesidad de amor del niño, sin embargo, contrariamente a la opinión de Freud, es mayor o más urgente que la de la niña, en gran parte porque tiende a quedar profundamente sepultada. La seguridad del niño procede del imperio del falo (la aserción del status social y del poder) y, en el área de la conducta sexual misma, de la sexualidad episódica. Esta sexualidad deniega la genuina dependencia emocional que la alimenta.

La interpretación de Freud de la sexualidad femenina dejó una huella perdurable en la última literatura psicoanalítica. La sexualidad femenina fue considerada esencialmente como algo pasivo, una opinión que reforzaban los estereotipos corrientes. A la luz de los cambios actuales en la conducta sexual, ha quedado claro que, en el grado en que tal retrato corresponde a la realidad, esto ha sido el resultado de las constricciones sociales que pesan sobre las mujeres más que de características psicosociales duraderas. La imagen de la mujer sexualmente voraz, desde luego, ha coexistido mucho tiempo con el de la pasividad femenina. Las teorías de Freud pusieron el acento sobre una descripción a expensas de otras.

El erotismo difuso del que hablaba Freud debería ser considerado propiamente como potencialmente subversivo, más que como una reacción negativa a una situación de "pérdida". El clítoris no es el

---

[24] Sigmund Freud, "On Narcissism", *Standard Edition,* vol. 14, pág. 89. [Trad. esp.: *Obras completas,* Biblioteca Nueva, 1981.]

[25] Janine Chasseguet-Smirgel, *Female Sexuality,* Ann Arbor, University of Michigan Press, 1970, págs. 76-83.

equivalente cotidiano del pene, ni el placer sexual femenino se define como un fracaso en equipararse con el modelo fijado por el varón. Se puede presuponer que ambos sexos, en la infancia, conservan la capacidad de erotizar el cuerpo. El muchacho tiende a omitir esto en favor de un régimen más focalizado genitalmente, como parte de la transición edípica. Las chicas, por otro lado, son más capaces de mantenerlo y —de ahí— también son más capaces de integrar sensaciones especialmente genitales con otras experiencias y adhesiones. De hecho, son capaces de desarrollar una actividad sexual privada de estas conexiones, sin satisfacción[26].

Papel sexual, intimidad y cuidados

Permítaseme resumir las consecuencias que tiene la discusión precedente. Aunque sea posible, como creía Freud, e incluso probable, que haya rasgos más o menos universales de psicología sexual, dejo esta cuestión aparte. Un rasgo distintivo de la socialización del periodo reciente, característica de la mayor parte de los estratos de las sociedades modernas, ha sido el papel prominente de la madre en la crianza inicial del niño. Las relaciones madre-hijo están influidas por la "invención de la maternidad", así como por el reflejo de otros cambios que distinguen a las instituciones modernas de las premodernas. El dominio de la madre tiene consecuencias psicológicas profundas para ambos sexos, y está en la raíz de algunos de los aspectos más penetrantes de la diferencia de los papeles sexuales de hoy.

Los hombres tienen problemas con su intimidad. Esta afirmación se reitera una y otra vez en la literatura terapéutica y en otros lados. ¿Qué significa? Si el análisis que he hecho es válido, no podemos decir sencillamente que las mujeres tienden a ser más capaces de desarrollar simpatía emocional hacia otras personas, que en su generalidad son hombres. Tampoco —por repetir una banalidad— podemos aceptar que las mujeres estén relacionadas con sus sentimientos en una forma distinta de la de los hombres. La intimidad es, sobre todo, un asunto de comunicación emocional, con otros y con ellas mismas, en un contexto. Las mujeres han preparado el camino para la expansión del área de la intimidad en su papel de revolucionarias emocionales de la modernidad. Ciertas disposiciones psicológicas han sido la condición y el resultado de este proceso, así como también lo han

---

[26] Shere Hite, *Women and Love*, Londres, Viking, 1988. [Trad. esp.: *Mujeres y amor*, Barcelona, Plaza y Janés, 1988.]

sido los cambios materiales que han permitido a las mujeres reclamar la igualdad. En el nivel psicológico, las dificultades masculinas con la intimidad son —sobre todo— resultado de dos cosas: una visión cismática de las mujeres que se debe a una reverencia inconsciente hacia la madre, y a una narrativa emocional ya caducada del ego. En circunstancias sociales en las que las mujeres ya no son cómplices del papel del falo, los elementos traumáticos de la masculinidad se exponen así más claramente a la vista.

Todos los mecanismos psicodinámicos, en el caso individual, son complejos y no hay una estricta complementariedad entre psicología masculina y femenina. Así, cualquier generalización sobre "hombres" y "mujeres" que los consideren como un todo —incluso dejando aparte la diversidad de culturas modernas y premodernas o no modernas—, debe quedar especificada. Como en otras partes de este libro, cuando se habla de las "mujeres" sin matizar, siempre hay un paréntesis implícito que añadir: (en muchos casos). La sexualidad episódica, por ejemplo, como se ha resaltado anteriormente, no se reduce a los hombres. Se trata de un mecanismo de poder, y sus atributos defensivos tienen alguna utilidad también para las mujeres. La idea de que "los hombres no pueden amar" es absolutamente falsa y no puede —de nuevo por razones mencionadas anteriormente— ser equiparada directamente con las dificultades de los hombres con su intimidad, pero son bien capaces de ofrecer amor y cuidados a los que son inferiores en poder (mujeres, niños) o con quienes comparten una relación sin estatuto (camaradas, miembros de una fraternidad).

No hay dificultades para la intimidad específica del hombre. Las relaciones de las mujeres con el poder masculino son ambivalentes. La exigencia de igualdad puede coexistir psicológicamente con la búsqueda de una figura masculina que sea emocionalmente distante y autoritaria. El desarrollo del respeto, basado sobre la igualdad de capacidades independientes del otro, plantea problemas para ambos sexos; algo que sin duda afecta a las relaciones homosexuales también. La comunicación de los sentimientos, además, no es en sí ni por sí misma suficiente para la intimidad. En la medida en que tal comunicación está ligada con el narcisismo, se trata de una oferta de poder más que de una contribución al desarrollo del amor confluente.

La masculinidad como pérdida. ¿Es coherente este tema con la realidad de la persistencia de la dominación patriarcal? En lo que concierne a la división del trabajo, ésta permanece sustancialmente intacta. En casa y en el trabajo, en la mayoría de los contextos de las sociedades modernas, los hombres son muy reacios a relajar sus

controles sobre las riendas del poder. El poder está ligado a los intereses y evidentemente las consideraciones materiales ayudan a explicar por qué esto es así. Sin embargo, en la medida en que el poder del varón se basa en la complicidad de las mujeres y en los servicios económicos y emocionales que éstas proporcionan, está amenazado.

CAPÍTULO VIII

Las contradicciones de la pura relación personal

Especialmente en la medida en que los rasgos psicológicos examinados en el capítulo precedente están primaria o parcialmente ubicados en el inconsciente, suscitarán tensiones fundamentales en el mundo emergente de las relaciones puras. Para describir éstas, me referiré a aspectos de las puras relaciones en los encuentros de las personas del mismo sexo —específicamente, a las de las mujeres lesbianas. La estrtategia podría parecer extraña, a tenor de la interpretación habitual de las características psíquicas de la sexualidad masculina y femenina. Mas para ver en qué medida las divisiones psicológicas, que tienden a separar a hombres y mujeres, pueden destruir una pura relación personal, son dignas de considerar sus dinámicas intrínsecas que —en algunas formas— se estudian muy fácilmente cuando se prescinde del elemento heterosexual.

Sin preocuparme demasiado de lo representativo que puede ser el material, resaltaré vigorosamente ciertas secciones de estos documentos maravillosamente reflexivos, que son los informes Hite. Los informes Hite realizaron un "mapa de la revolución ideológica que estaba en marcha", y también los documentos analizados contribuyeron directamente a este proceso. El primer largo "essay questionnaire" fue distribuido en 1972-76, y el subsiguiente primer volumen se basó en las respuestas de 3.500 mujeres norteamericanas. Un rasgo notable de este estudio y de los volúmenes posteriores fue su insistencia en que la sexualidad no fuera estudiada sólo a través de las reflexiones de los "expertos" —como los estudios de Kinsey, Masters y Johnson y demás— sino desde los relatos proporcionados por gente ordinaria. El objetivo del proyecto, en palabras de Hite, fue "hacer que las mujeres definiesen su propia sexualidad", permitirles "hablar

sobre lo que sienten acerca del sexo, cómo definen su propia sexualidad y qué significa la sexualidad para ellas".

Hite averiguó en su estudio (volumen 3) que el 11 por ciento había tenido relaciones sexuales sólo con otras mujeres. Un restante 7 por ciento lo hacía esporádicamente. No hay que atribuir un significado estadístico específico a estas cifras, pero es digno de notar que una proporción sustancial de las encuestadas, que sobrepasaban la edad de cuarenta años, estaban implicadas en relaciones sexuales con mujeres por primera vez en sus vidas. Todas ellas, virtualmente, habían contraído matrimonios heterosexuales. Más del 80 por ciento de las mujeres lesbianas, en el momento del estudio, mantenían relaciones de larga duración.

La mayor parte de las mujeres lesbianas pueden mantener relaciones de larga duración, pero tienen dificultades para experimentar un sentimiento de seguridad en ellas. Una mujer comenta:

> Una relación no convencional, sin reglas, resulta difícil. En un matrimonio, en sentido tradicional, si por suerte los papeles que las personas han aprendido sirven para unir a dos individuos, entonces se trata de un buen arreglo... Mas para la mayoría de nosotras, las gays, en las relaciones no hay reglas, realmente. Si la cosa sigue adelante tú estás bien. Por eso resulta una constante el tratar de explicarse cómo funciona.

Aunque desde que está desapareciendo el matrimonio "en sentido tradicional", los gays se han revelado pioneros a este respecto, y son los primeros experimentadores cotidianos. Ellos han experimentado durante cierto lapso de tiempo lo que es un lugar común cada vez más para las parejas heterosexuales.

La pura relación personal: ruptura y reconstrucción

En el matrimonio heterosexual, al principio de la relación los primeros encuentros sexuales eran "descritos" por los dos miembros de la pareja como de poco significado para el futuro. Las mujeres habitualmente llegaban al matrimonio con su "virtud" intacta, mientras que los flirteos masculinos estaban incluidos en la categoría de una sexualidad episódica aceptada. Hoy, una relación, sin embargo, debe prescindir de lo sucedido antes y también de las implicaciones sexuales o similares, que los individuos pudieron tener. Una persona, con la que un miembro de la pareja mantuviera una relación, puede seguir viviendo en la mente de uno o de los dos; incluso aun cuando los lazos emocionales se hubieran roto absolutamente, una relación

actual puede quedar permeada por sus residuos. Si se reconoce que todos los afectos adultos recuerdan aspectos de la experiencia infantil, hay que concluir que así sucede con las experiencias de pérdida; y en el terreno de las puras relaciones, los individuos deben frecuentemente luchar con múltiples sucesos de este tipo.

La ruptura es un destino fatal para las mujeres gays a causa del status negociado de sus relaciones y del carácter particularmente abierto de la identidad homosexual. "Cuando rompimos, estaba confundida. Me maravillé de que fuera una lesbiana realmente o de que ella fuese la única mujer a la que yo podía amar." Así describía una mujer la disolución de su primera relación con otra mujer. Añadía: "lo mismo pasaba a muchas de mis amigas lesbianas. La primera ruptura fue devastadora porque hacía que todo fuese puesto en cuestión". Ella sufrió también al término de otras relaciones que habían durado varios años o más: una persona habla en nombre de la mayoría gay cuando dice:

> A veces me siento cansada de una vida que me hace seguir negociando relaciones y manteniéndolas. ¿Llegaré alguna vez a una posición en la que obtenga resultados de mis esfuerzos? Una vez recorrida la última milla, ella puede dejarte por una mujer más joven o más inteligente, o mayor, o lo que sea, ¡incluso por un hombre!

Hay una contradicción estructural en la pura relación, centrada en el compromiso, que reconocen muchas de las encuestadas por Hite. Para establecer un compromiso y desarrollar una historia compartida, un individuo debe entregarse a otro. Es decir, ella debe dar, de palabra y de obra, cierto tipo de garantías de que la relación se pueda mantener durante un periodo indefinido. No obstante, una relación actual no es —como lo era el matrimonio— una "condición natural" cuya durabilidad se pudiera asumir como garantizada, salvo en ciertas circunstancias extremas. Un rasgo de la pura relación es que puede terminar, más o menos, a voluntad, por cualquiera de los miembros de la pareja y en un momento preciso. Para que una relación tenga posibilidades de perdurar, es necesario el compromiso. Aunque alguien que se compromete a sí misma sin reservas corre peligro de sufrir graves daños futuros, si la relación se disolviera.

Unos tres cuartos de la muestra de Hite hacen hincapié sobre sus inseguridades relativas al amor. "Siempre me estoy preguntando si ella realmente me quiere o si la amo yo más a ella." "A veces siento amor, otras me siento ignorada. ¿Estoy satisfecha? Me siento más necesitada de ella que ella lo está de mí. Me siento amada pero estoy algo insegura. Deseo que me quiera más. Aunque me disgustaría

enormemente que dependiera demasiado de mí o me alienase." Sin embargo, la mayoría cree que las relaciones sexuales con otras mujeres son más íntimas e iguales que las que se tienen con los hombres. Se hace patente la existencia de una conciencia general que han de desarrollar los nuevos modelos de amor y que las relaciones gay proporcionan un contexto en el que esto puede ser conseguido. "Estar enamorada, como dice una mujer, es algo explosivo, obsesivo, irracional, maravilloso, embriagador, de ensueño. Amar es un largo trabajo, confianza, comunicación, compromiso, dolor, placer."

El conflicto entre el placer sexual, que es corto, y las formas más duraderas de cuidar del otro, emerge con fuerza. Aunque muchos observan también que la intensidad de su respuesta sexual y su satisfacción depende del grado de proximidad que sienten hacia el otro. Más del 80 por ciento dice ser capaz de hablar fácil e íntimamente con el otro miembro de la pareja. "Ella es respetuosamente atenta, me presta atención cuando lo necesito y yo le respondo de la misma forma. Yo soy más capaz de manifestar mis deseos y la estimulo para que haga lo que desea y para que diga lo que siente"[1]. Las desigualdades económicas están menos marcadas que la mayor parte de las relaciones heterosexuales y compartir las tareas domésticas, incluso aunque se produzcan choques, parece ser más o menos universal.

En la pura relación, la confianza no tiene soportes externos y debe desarrollarse sobre la base de la intimidad. La confianza es fiarse del otro y también creer en la capacidad de los lazos mutuos para resistir futuros traumas. Esto es algo más que un asunto de buena fe sólo, por problemático que pueda ser en sí mismo. Confiar en el otro es también apostar por la capacidad del individuo de actuar con integridad. La tendencia de las relaciones sexuales a ser diádicas (que no quiere decir monogámicas) es probablemente, en cierta medida, un resultado del deseo inconsciente de recapitular este sentimiento de exclusividad que el niño disfruta con su madre. La "especialidad" que uno encuentra en otro es, como dice Freud, un "reencuentro" en este sentido. Aunque el carácter diádico de las relaciones sexuales tiende también a reforzarse por la naturaleza de la confianza que se presupone. Porque la confianza, cuando hablamos de las personas, no es una cualidad capaz de expansión indefinida.

La historia compartida que dos individuos desarrollan conjuntamente en algunos puntos se cierra inevitablemente a los demás, que forman parte de lo que genéricamente se vuelve "extraño". La exclu-

---

[1] Todas las citas de los anteriores párrafos, pertenecen a la obra de Shere Hite, *Women and Love*, Londres, Viking, 1988.

sividad no es garantía de confianza, pero si es, sin embargo, un estímulo importante para ella. La intimidad significa la manifestación de las emociones y actos que el individuo no puede hacer patente ante una mirada pública. De hecho, la comunicación de lo que se mantiene oculto ante otras personas es uno de los signos psicológicos principales, apto para suscitar confianza por parte del otro y para ofrecerla, en contrapartida. Es fácil ver cómo la automanifestación que la intimidad presupone puede producir codependencia si no va pareja con la preservación de la autonomía. Si el "darse" psicológico al otro no es mutuo, y razonablemente bien equilibrado, es posible que una persona defina sus necesidades sin relación con el otro, esperando que él o la otra se adapten a ellos.

Desde luego, un compañero de relación puede darse cuenta de que ella o él tiene un círculo de amigos, así como de otras personas en las que puede confiar en tiempos con dificultades. Aunque la confianza no se puede expandir indefinidamente, hay prioridades en estas decisiones. Exactamente como sucede con los amantes, los amigos requieren normalmente signos de intimidad, información especial para ellos solos. Alguien que confía más sus experiencias y sentimientos a un amigo que a un amante, posiblemente tendrá unas relaciones con reservas con este amante. Para muchas parejas heterosexuales este problema queda en cierto sentido "resuelto" por el solo hecho de que las mujeres tan frecuentemente encuentran difícil "hablar" con sus compañeros de pareja. Son capaces de establecer señales de intimidad con sus mujeres amigas, que un esposo o un amante masculino podría repudiar.

Dadas ciertas condiciones, la pura relación personal puede proporcionar un entorno social que facilita el proyecto reflexivo del ego. Las lindes, el espacio personal y el resto, como dicen los manuales terapéuticos, son necesarios para que florezcan en una relación sin dejarse deslizar hacia la codependencia. Aunque resulta claro que aquí hay tambien grandes áreas de posible tensión y de conflicto. La historia compartida que se desarrolla puede servir para ocultar problemas al mundo exterior; uno o dos individuos pueden hacerse dependientes, no tanto uno de otro, sino de la relación y de sus rutinas, de una fórmula fijada, porque ésta es un medio de aislarse a sí mismo de un pleno compromiso con otras tareas u obligaciones sociales. Lograr un equilibrio entre autonomía y dependencia resulta problemático.

La naturaleza mudable de la identidad personal no encaja fácilmente con las demandas de la pura relación personal. La confianza debe acomodarse ella misma de algún modo a las diferentes trayectorias de la evolución que los compañeros de pareja pueden seguir. Siempre existe una cierta permisividad en la confianza. Confiar en al-

guien implica dejar pasar las oportunidades de clasificarlos o hacer que sus manifestaciones se adapten a un molde preconcebido. Aunque la autonomía que se garantiza al otro no deberá ser utilizada necesariamente de forma tal que llene las necesidades que el compañero de pareja tiene en la relación. Las personas se desarrollan aisladamente —observación bastante común—, aunque puede haber implícitas influencias más sutiles. Un cambio en la narrativa del yo, por ejemplo, puede afectar característicamente a la distribución de poder en una relación, y puede derivar en dirección de la codependencia.

Lesbianismo y sexualidad masculina

Cada sexo es un oscuro continente para el otro. La discusión ofrecida en el capítulo anterior indica bastante claramente por qué tiende a ser así. Un sentido claro de alivio, al escapar y evadirse de las atenciones sexuales de los hombres invade las actitudes de muchas de las encuestadas por Hite, incluso de quienes continúan teniendo relaciones heterosexuales. Los descubrimientos de Hite hacen eco a los de Charlotte Wolff y otros, que dicen que las mujeres bisexuales habitualmente tienen ataduras más fuertes con las mujeres que con los hombres, incluso cuando han contraído matrimonios heterosexuales[2].

La sexualidad plástica, si se desarrolla plenamente, implica una actitud neutral hacia el pene. Pocas mujeres del estudio de Hite, o del de Wolff, son capaces de o proclives a moverse libremente entre mujeres y hombres, sin embargo muchas mezclan sus experiencias sexuales. Aunque las mujeres lesbianas rompen el estereotipo de que las mujeres son por naturaleza monógamas. La mayor parte de las encuestadas de Hite consideran la monogamia como un ideal deseable, siempre dentro del marco de una relación razonablemente duradera. Pero esto tiene más relación con el reconocimiento del papel central de la confianza que con una aversión a la experimentación sexual en cuanto tal. Muchas mujeres hablan de las dificultades que ellas o sus compañeros de pareja tienen con monógamos pertinaces, al menos después de que se ha marchitado un periodo inicial de atracción física intensa del compañero.

La sexualidad episódica de los hombres parece relacionada con un esfuerzo inconsciente de reclamar y someterse a una madre todo-

---

[2] Charlotte Wolff, *Bisexuality*, Londres, Quartet, 1979.

poderosa. Este tipo de aventurismo sexual extremo parece casi absolutamente ausente entre las mujeres. No obstante, sabemos que el deseo de someter no está limitado a la psicología masculina y no es sorprendente advertir que algunas mujeres utilizan la promiscuidad como medio de atemperar el compromiso con una relación primaria. "Ella es una coqueta horrible" señala una mujer respecto de su amante

> y siempre lo ha sido. He tenido relación con ella durante tres años. Vivimos juntas dos años. Yo, finalmente, me marché. Todavía la veo y duermo con ella, pero duermo con otras mujeres también. Después de todo este tiempo, al ver que ella salía con otras, decidí hacerlo yo también. Ahora me gusta hacerlo y ya no estoy segura de si soy todavía básicamente monógama.

Una proporción de lesbianas, menor que el de casadas heterosexuales, ha tenido, o tiene, relaciones fuera de sus relaciones primarias, pero los números son aquí importantes (cerca de un tercio entre las encuestadas por Hite). "He tenido relaciones sexuales fuera de mis relaciones"; "me gustan las mujeres. Me gusta flirtear. Amo la seducción." "No estaba enamorada, me limitaba a disfrutar." ¿No se podría pensar que estaban hablando hombres heterosexuales?

Sin embargo, hay diferencias. La mayor parte de los heterosexuales ocultan sus asuntos a sus compañeros de pareja; pero entre los homosexuales el sexo no monógamo es típicamente practicado con el conocimiento y la acquiescencia del compañero de pareja o esto llega muy rápidamente a conocimiento del otro. La razón es que en las relaciones de mujer a mujer, al contrario que con las relaciones heterosexuales, se produce un mayor nivel de comunicación. Las desviaciones de la monogamia se discuten más abiertamente, puesto que la monogamia es menos un residuo de las normas tradicionales del matrimonio que un modelo establecido de forma consentida. Cuando otras relaciones no se manifiestan desde el principio, tienden a salir a la luz en un punto u otro.

Unas pocas mujeres parecen pasar por alto el sexo episódico que los encuentros con los hombres hacen posible, pero que es más raro en las implicaciones sexuales con otras mujeres. Algunas continúan acostándose con hombres específicamente por esto. Otra dice, "me parece que es casi imposible lograr en encuentros sexuales impersonales con mujeres el tipo de 'placer' que se acostumbra a tener con los hombres. Pero con las mujeres se habla mucho más, hay mayor afecto, al menos se establece amistad". De acuerdo con las cifras de Hite, más del 60 por ciento de las mujeres lesbianas siguen siendo

amigas íntimas y a largo plazo con sus examantes, tras la ruptura de la relación[3].

Un rasgo prominente de los informes sobre las mujeres lesbianas refleja la naturaleza intensa y urgente de la satisfacción sexual. ¿Desean las mujeres el sexo? Ciertamente estas mujeres practican activamente la satisfacción sexual y la persiguen, tanto fuera como dentro de las relaciones. Si el placer sexual fuese medido por la respuesta orgásmica —un dudoso índice, como muchos han dicho, pero seguramente no desprovisto de valor cuando se evocan las privaciones sexuales sufridas por las mujeres en el pasado—, el sexo lesbiano aparecería con mayor éxito que la actividad heterosexual. Además, hay una mayor igualdad en el dar y en el recibir de la experiencia sexual: "hay un lazo entre nosotras, que no se puede comparar mi experiencia con los hombres." "Me gustan las maneras femeninas, sus cuerpos, las pasiones, su poder y su gentileza." "Nunca me he visto presionada para tener relaciones con una mujer. *Siempre* lo he sido por parte de los hombres." Para la mayor parte, estos énfasis parecen compatibles con una respuesta sexual y sirven para producirla activamente. Estas mujeres dan un mentís a la idea de que la erotización del cuerpo femenino culmina a expensas de la sensación genital. Las dos, de hecho, van juntas. Algo que es enteramente compatible con la influencia de la sexualidad plástica.

En las relaciones homosexuales, tanto el hombre como la mujer, pueden contemplar la sexualidad completamente aparte de la reproducción. La sexualidad de las lesbianas se organiza necesariamente casi enteramente en función de las implicaciones de la pura relación. Es decir, la plasticidad de la respuesta sexual se canaliza sobre todo por medio de un reconocimiento de los gustos de los compañeros y su opinión de lo que es o no disfrutable o tolerable. El poder diferencial puede ser reactivado a través de una proclividad, por ejemplo, hacia el sexo sadomasoquista.

Una mujer dice:

> Me gusta el sexo grosero, apasionado, porque sobrepasa las barreras de lo "conveniente", que tantas mujeres levantan en su entorno. No hay sentimiento de contención, como sucede respecto del sexo blando y socialmente correcto, como uno de mis

---

[3] Hite en *Women and Love* discute actualmente este fenómeno dos veces en su libro. En la pág. 610 y en la 641, aparentemente sin explicar la causa de la repetición. Las cifras concernientes a las mujeres, que permanecen amigas de sus examantes femeninas son ligeramente diferentes en los dos lugares, el 64 por ciento en una página y el 62 por ciento en otra.

> amigos lo ha llamado, suave y ligero (S y L). Mi amante actual y yo hemos experimentado algo con S/M (sado-maso) y la "esclavitud" y lo hemos encontrado muy excitante y sexy. Cada cosa que hemos hecho ha sido totalmente consentida y pactada. Hemos incluido cosas como las zurras, los azotes, estirones de pelo y mordiscos. Nunca hasta el punto de dañarnos o dejar señales. Lo que nos hace disfrutar es el sentimiento de permisividad total[4].

Se puede ver aquí el retorno del falo, en una forma algo nociva. En cierta medida esto puede ser correcto, pero también podría proponerse una interpretación diferente. En las relaciones lesbianas (como sucede también con los gays masculinos), las actitudes y rasgos "prohibidos" en la pura relación pueden ser potencialmente desarrollados, incluido el control instrumental y el ejercicio del poder formal. Confinado dentro de la esfera de la sexualidad y convertido en fantasía —y no, como ha sido siempre habitual, determinado desde fuera— el dominio quizás ayude a neutralizar la agresión que se haría sentir de otra forma.

Como en otros aspectos, lo que puede aparecer como una característica retrógrada de las relaciones sexuales de mujer a mujer podría actualmente proporcionar un modelo para una actividad heterosexual éticamente defendible. El sadomasoquismo consentido no necesita ser ofrecido como receta para una experiencia sexual gratificante, lo que sucede es que el principio que expresa es capaz de generalización. La sexualidad plástica puede convertirse en una esfera que ya no contiene el detritus de las compulsiones externas, sino que en su lugar aparece como una forma entre otras de autoexploración y de construcción moral: Aquí, quizás, el lector podría encontrar un significado en los escritos de Sade muy diferente del que ordinariamente se sugiere. En Sade, el poder, el dolor y la muerte aparecen plenamente en el sexo y son ejercidos a través de la perversión. El falo domina todo y la sexualidad aparece desprovista de cualquier atisbo de ternura —o así lo parece. Aunque Sade separa la sexualidad femenina totalmente de la reproducción y celebra su huida crónica de la subordinación a las preocupaciones fálicas. Su representación del sexo, que concentra todo lo demás en sí, puede ser considerada como una herramienta metafórica irónica, que indica la inocencia de la sexualidad misma.

---

[4] Hite, *Women and Love*.

La sexualidad episódica está más desarrollada entre las mujeres en la cultura de algunos tipos de clubes y bares lesbianos. La vida del bar se concentra a veces sobre la transhumancia, la búsqueda de compañeras sexuales transitorias. Una recién llegada a la cultura del bar comenta que, durante un rato largo "no pude entender por qué estaba probando fortuna en los bares". Su educación y su personalidad, continúa diciendo ella, no parecían impresionar a ninguna. Entonces se abrió paso en ella la idea de que lo que contaba principalmente en la formación de relaciones eran las miradas y el atractivo del momento. "Esto era sencillo... Nadie en el bar estaba interesada en encontrar a alguien que pudiera llevarte a casa para encontrar a mamá"[5]. Las relaciones personalizadas, a corto plazo, no están en modo alguno ausentes de las relaciones lesbianas. Si se tiene en cuenta que muchos gays establecen lazos a largo plazo con otros, no cabe exagerar los contrastes entre la homosexualidad masculina y la femenina. Aunque la sexualidad episódica entre algunos gays masculinos sea más intensa de lo que es normal en las comunidades lesbianas. Cuando las casas de baño existían, por ejemplo, muchos hombres que las frecuentaban buscaban muchas experiencias sexuales cada tarde. Los más quedaban decepcionados si sólo tenían un encuentro sexual durante el curso de varias horas. En su estudio de la cultura de las casas de baño de los sesenta, por ejemplo, Martin Hoffman encuestó a un joven, que —como receptor pasivo— tenía frecuentemente unos cincuenta contactos sexuales en el curso de una tarde[6].

El sexo en una casa de baño, como sucede en otros contextos distintos de la actividad sexual gay masculina, era generalmente anónimo. Los hombres que acudían allí no tenían habitualmente contacto social con los demás, salvo en conversaciones generalmente casuales. No tenían conocimiento de las vidas de los demás en el mundo exterior y se llamaban sólo con los nombres. Aquí lo transitorio adquiere un nuevo significado; comparado con tales encuentros, el episodio anónimo heterosexual de *El último tango en París* aparece como una relación profunda y duradera.

---

[5] Sydney Abbott y Barbara Love, *Sappho Was a Right-On Woman,* Nueva York, Stein, 1977, pág. 74.

[6] Martin Hoffman, *The Gay World,* Nueva York, Basic, 1968, págs. 49-50.

El hombre del que habla Hoffman era casado y padre de dos hijos. La bisexualidad masculina es tan característica de la conducta sexual de los hombres en la actualidad, que se considera tan ortodoxa en su orientación como la heterosexualidad. La proporción de hombres heterosexuales que se implican en la actividad homosexual episódica ha crecido marcadamente en el periodo reciente —a pesar del impacto del SIDA. Los investigadores han estimado que en Estados Unidos el 40 por ciento de los hombres casados se implican en una relación sexual con otros hombres en cierto momento de sus vidas de casados. Otros han afirmado que la proporción es mayor[7].

Los aspectos defensivos de la sexualidad episódica aparecen muy claramente. Se puede observar que la huida de las conexiones que unen la sexualidad, la identidad personal y la intimidad forman un todo. Donde las mujeres ya no son cómplices, la homosexualidad episódica es un esfuerzo de los hombres para resistir las implicaciones de la igualdad de los papeles sociales de los sexos. El compromiso con los derechos del otro en la relación marital es mantenido a raya emocionalmente por medio del efecto de distanciamiento de los encuentros episódicos.

¿Se puede decir lo mismo de los hombres que son gays más explícitamente y rechazan todos los contactos sexuales con las mujeres? Si se tiene en cuenta que el resentimiento hacia las mujeres forma parte de la psicología masculina, en un nivel general, los gays masculinos, en cierto sentido, luchan con ambivalencia al separase de ellas en su conjunto. No obstante, sería erróneo ver la orientación hacia la sexualidad episódica sólo en términos negativos. Como sucede con las lesbianas, los gays masculinos, ponen en tela de juicio la integración tradicional heterosexual del matrimonio y de la monogamia. Como se ha entendido siempre en el matrimonio institucional, la monogamia ha ido siempre ligada al doble modelo y por ende al patriarcado. Ha sido una exigencia normativa hacia los hombres, pero que ha sido respetada sólo al romperla. En un mundo de sexualidad plástica y de puras relaciones, sin embargo, la monogamia debe ser "reelaborada" en el contexto del compromiso y de la confianza. La monogamia se refiere no a la relación misma, sino a la exclusividad sexual como criterio de confianza. La "fidelidad" carece de significado salvo como un aspecto de esta integridad que se presupone en la confianza en los demás.

Cuando los encuentros episódicos no constituyen una herramienta de control —o una adicción, como seguramente sucede en el

---

[7] Heather Formani, *Men. The Darker Continent,* Londres, Mandarin Books, páginas 23-30.

ejemplo descrito por Hoffman— éstos constituyen, en efecto, exploraciones de las posibilidades ofrecidas por la sexualidad plástica. Desde esta perspectiva, incluso en la configuración de lo impersonal, los contactos esporádicos, la sexualidad episódica pueden ser una forma positiva de experimentación cotidiana. Ésta revela lo que es la sexualidad plástica (implícitamente): sexo separado de la servidumbre ancestral al poder diferencial. La sexualidad gay episódica de la cultura de las casas de baños expresa así una igualdad que está ausente de la mayoría de las relaciones heterosexuales, incluyendo las pasajeras. Por su verdadera naturaleza, permite el poder sólo en la forma de la práctica sexual misma: la satisfacción sexual es el único determinante. Esto forma parte seguramente del placer y de la realización que la sexualidad episódica puede proporcionar, cuando está liberada de sus características compulsivas.

El gay macho, la reina del cuero, el que viste jeans, son algo más que meras réplicas de la masculinidad heterosexual. Son una deconstrucción visible del machismo y, al mismo tiempo, toman como axiomático lo que niega el poder fálico: que en la vida social moderna la identidad personal, incluida la sexual, es un logro reflexivo. De forma paralela, el sexo episódico impersonal es un comentario crítico sobre la subversión del placer sexual, a causa de su implicación con la dominación "extrínseca". Es probable que sea defensivo y compulsivo a la vez, en el grado en que está movido por influencias externas. Su igualdad intrínseca sólo puede ser plenamente lograda si se nutre de influencias igualadoras en otros medios de la vida social. La sexualidad episódica puede ser usualmente un camino para evitar la intimidad, pero también ofrece un medio para elaborarla, a partir de ella, porque la exclusividad sexual sólo es una forma de proteger el compromiso con otro y de lograr la integridad. Por central que esto sea para la normativa del falo, no es en absoluto claro que la sexualidad episódica sea intrínsecamente incompatible con las normas emergentes de la pura relación.

Hombres y mujeres: ¿juntos o separados?

"He sido gay durante treinta años. He tenido largas relaciones. Tengo mis amigas, pero casi ninguna permanecen juntas de por vida. Solemos lamentarnos de que las parejas heterosexuales resisten más que las de gays." La mujer que hacía esta observación en el estudio de Hite añade que las cosas han cambiado ahora. Ahora tienen relaciones más estables. Las relaciones entre gays descritas en las investigaciones de Hite son frecuentemente difíciles, están acosadas por

problemas y son de corta duración. En comparación con ellas, sin embargo, las relaciones heterosexuales parecen frecuentemente un campo de batalla, donde la agresión y la lucha abierta se entreveran con un profundo desafecto entre los sexos. Hite descubrió que casi toda la muestra de mujeres heterosexuales encuestadas dijo que ellas deseaban "una manifestación verbal del afecto" con sus esposos; la mayoría dice encontrar resistencia o despego emocional, cuando ellas intentan una comunicación más íntima. Las mujeres se sienten desesperadas respecto de las infidelidades continuas de sus compañeros de pareja, aunque una proporción comparable de las mismas se deslicen a aventuras extramaritales. Encuentran una aridez emocional en situaciones en las que deseaban que el amor continuase. Hite describe las cosas de la siguiente forma:

> Muchas mujeres saben que no obtienen un apoyo emocional igual, estima o respeto en sus relaciones. Y todavía puede resultar difícil calificar a un hombre que está proyectando actitudes que están en retroceso. Algunas de las formas en que esto sucede son tan sutiles en sus expresiones, que, aunque una mujer puede concluir que se siente frustrada y a la defensiva, puede encontrar casi imposible decir exactamente por qué; puntualizar la sutileza de la cosa dicha o hecha parecería algo tonto, o una reacción desproporcionada. Pero considerado todo en conjunto, no es sorprendente que uno de esos incidentes pueda originar una lucha mayor —o, lo que resulta más característico—, un nuevo capítulo de alienación que nunca acaba de resolverse. Estos pequeños incidentes cercenan la relación y hacen que las mujeres se entristezcan haciendo que el amor descienda hasta el nivel de una tolerancia modesta[8].

La igualación es un elemento intrínseco tanto en la transformación de la intimidad, como en el facilitar la comunicación. El resentimiento de los hombres contra las mujeres, en una parte sustancial, es una reacción contra la autoafirmación de las mujeres, en la casa, el puesto de trabajo, y en otros lugares. Las mujeres están molestas contra los hombres, a su vez, a causa de las formas sutiles y no sutiles con las que les niegan los derechos materiales que éstas reclaman para sí mismas. ¿Se puede definir la situación del drama como de pobreza económica, en el caso de las mujeres, y de pobreza emocional en el de los hombres? Quienes se autodefinen como abogados de hombres y mujeres, en ambos casos, dirían que sí, aunque probable-

---

[8] Hite, *Women and Love*, pág. 73.

mente cada uno acusaría al otro de no reconocer plenamente los sufrimientos del otro sexo.

Insistiendo sobre el tema de la masculinidad como daño psíquico, Herb Goldberg describe "los riesgos de ser hombre" y habla del mito de los privilegios masculinos[9]. Goldberg es un observador sensible de los cambios que han afectado a los papeles de los sexos y a la sexualidad y sintoniza con los objetivos del movimiento feminista. En sus escritos, sin embargo, las quejas de las mujeres contra los hombres que aparecen en los estudios de Hite, cuyos ecos se repiten en miríadas de manuales terapéuticos, de que los hombres sufren de atrofia emocional, que están alienados de sus sentimientos, son descritas como cargas psíquicas gravosas que hay que soportar.

Aquí aparece una vez más el papel central que tiene la adicción. Muchos hombres, dice Goldberg, se han convertido en "zombies", que se mueven por motivaciones que apenas conocen. La cultura moderna está saturada de "hombres de negocios zombies, zombies de coches deportivos, y play boys zombies: todos ellos juegan según las reglas del juego masculino"; con la consecuencia de "haber perdido contacto con sus sentimientos y con la conciencia de los mismos o de vivir al margen de los mismos". Las mujeres han protestado contra su confinamiento en el medio doméstico y contra las limitaciones que todo ello acarrea, y se han liberado del mismo. Los hombres están presos del papel de "ganadores del sustento". Incluso los beneficios económicos que los hombres acarrean a las mujeres suscitan resentimiento más que aprecio. La necesidad "de actuar como un hombre" está muy grabada —y es una conducta esperada también por las mujeres, en su mayor parte—, pero las presiones que produce son intensas. La idea de que los varones son unos privilegiados —dice Goldberg— se evapora frente a todas las estadísticas de daño personal: en lo que respeta a longevidad, proclividad a la enfermedad, suicidio, crimen, accidentes, alcoholismo y adicción a las drogas, las mujeres resultan más favorecidas que los hombres.

> El hombre que en momentos de reflexión honrada se pregunta "¿en qué me concierne a mí todo esto? ¿Qué estoy obteniendo y qué puedo esperar en el futuro?" podría encontrarse con una pérdida considerable si responde positivamente o con optimismo. Sus cambios, unidos a su propia rigidez, le han colocado contra la pared. Si persiste en sus viejos atavismos, es acusado in-

---

[9] Herb Goldberg, *The Hazards of Being Male,* Nueva York, Signet, 1976; *The New Male,* Nueva York, Signet, 1979; y otras obras del mismo autor. [Hay traducción española de la obra *Hombres, hombres,* en Madrid, Temas de Hoy, 1992.]

> mediatamente de machismo y de sexismo. Si se esfuerza en asumir nuevas responsabilidades, sin hacer análogas demandas, arrojando por la borda elementos de su patrimonio, sólo logrará encontrarse sobrecargado y forzado hasta casi el fracaso. Si abandona el estilo tradicional masculino completamente, podrá verificar con terror que se está volviendo invisible, nada sexy e indigno a los ojos de la mayoría de las mujeres y también de los demás hombres, que se apartan de un hombre sin trabajo, status ni poder[10].

En las relaciones contemporáneas, de acuerdo con Goldberg, los hombres se encuentran frecuentemente en situación de no ganadores. Las mujeres dirán "tenéis miedo de la afectividad y de la calidez emocional", cosa que frecuentemente es verdad. Pero ellas se han quedado activamente con los hombres a los que pueden observar y mejorar, hombres con autocontención, controlados y dedicados al mundo del trabajo. Las mujeres se ven angustiadas ante las características genuinas que las atrajeron anteriormente, porque ellas han venido a devaluar las formas de solicitud y atención que la mayoría de los hombres han sido capaces de proporcionar[11].

La respuesta feminista ve todo esto de una manera muy diferente. De acuerdo con Barbara Ehrenreich, los hombres iniciaron una rebelión contra sus papeles sexuales preexistentes un poco antes que las mujeres[12]. Hace unos treinta o cuarenta años cabía esperar que un hombre se casase y mantuviese a una mujer. Quien no lo hiciera así era considerado como sospechoso, en cierta manera. En determinado momento, sin embargo, los hombres se han hecho más prudentes respecto a asumir las cargas matrimoniales. Mantenían su orientación hacia el éxito económico, pero ya no creían que debieran trabajar para los demás. Para ser libre, un hombre debe permanecer soltero, para disfrutar de los frutos de su trabajo sin los requisitos sociales de una esposa o de una casa puesta. Según la opinión de Ehrenreich, los *beatniks* y los *hippies,* que pusieron en tela de juicio el trabajo duro, del varón convencional, reforzaron los cambios ya en camino, ya que despreciaban el matrimonio, la casa y la responsabilidad doméstica.

La medicina y la psicología, dice Ehrenreich, contribuyeron inconscientemente a la rebelión masculina, al mostrar en qué medida los hombres estaban afectados desproporcionadamente por el estrés y las presiones de la vida moderna. En el siglo XIX, la expectativa de vida de los hombres era mayor que la de las mujeres. Cuando las

---

[10] Goldberg, *The Hazards of Being Male,* pág. 3.
[11] Goldberg, *The New Male,* pág. 163.
[12] Barbara Ehrenreich, *The Hearts of Men,* Londres, Pluto, 1983.

afecciones cardiacas, el cáncer y otras enfermedades sustituyeron a las afecciones importantes de antaño, como la tuberculosis o la neumonía, y cuando la mortalidad infantil se hizo infrecuente, las mujeres comenzaron a superar estadísticamente en longevidad a los hombres. Los hombres se han convertido en el sexo débil y en algunos círculos médicos, al menos, este hecho se ha atribuido a la necesidad de trabajar con mayor dureza que las mujeres.

Las enfermedades coronarias, en particular, concentradas más entre los hombres que entre las mujeres, vinieron a ser un signo del estrés con el que los hombres se enfrentan. Los argumentos de Goldberg se han invertido: "el efecto a largo plazo del horror de las enfermedades coronarias ha sido el dejar sin valor las quejas de las mujeres para compartir el salario de sus maridos, y más allá, a impugnar el papel de ganar el pan como 'trampa letal' para los hombres"[13].

¿Cuál ha sido el resultado? La posición de Goldberg, según Ehrenreich, permite que los hombres apuesten por una doble ganancia. Pueden abandonar su papel de ganar el sustento sin dejar sus ventajas económicas, superiores a las de las mujeres. La "máscara de la masculinidad" puede caer, pero al mismo tiempo el varón puede evitar cualquier compromiso doméstico a largo plazo, dedicándose en contrapartida a sus propios placeres. Se ha creado un clima social que apoya "la no responsabilidad, la autoindulgencia y el despego aislacionista ante las exigencias de los demás"[14]. Los hombres han obtenido su libertad mientras que las mujeres todavía esperan hacerlo. La independencia económica obtenida por los hombres, no está disponible para las mujeres, que han debido asumir las responsabilidades que los hombres han abandonado. Las mujeres, particularmente, que encabezan familias monoparentales, forman parte en gran medida de los pobres. Los hombres han renegado del pacto que en la época anterior era la base del ingreso familiar.

La separación de los sexos

Dada la discrepancia de sus análisis, no es sorprendente que los remedios prácticos que cada autor ofrece sean diferentes. El programa de Ehrenreich es primordialmente económico en su carácter. Las mujeres deben tener un ingreso mínimo suficiente para contribuir al presupuesto familiar, sin la asistencia necesaria de los hombres, que

---

[13] *Ibíd.*, pág. 86.
[14] *Ibíd.*, pág. 169.

implica, entre otras cosas, la igualdad de oportunidades en el mercado de trabajo; la ayuda para cuidar a los niños, la formación vocacional y también es necesario el apoyo del Gobierno a las mujeres que no cobren un salario. Ehrenreich contempla la posibilidad de que esto puede significar que las mujeres tiendan progresivamente a prescindir de los hombres. Los hombres pasarán episódicamente por las vidas de las mujeres, que serán el fundamento real de la familia. Se hace posible una reconciliación entre los sexos, basada sobre "una renovación de la lealtad y de la confianza entre mujeres y hombres adultos", que dista mucho de estar garantizada[15].

Las recomendaciones de Goldberg conciernen casi todas a la identidad del yo. Los hombres deben redefinir la masculinidad para superar las influencias que les han separado de su "experiencia interior". Deben evitar las etiquetas que han servido para apoyar su adhesión de esclavos al principio del éxito —con la preocupación de ser tachado de cobarde, débil, fracasado, inmaduro, impotente o misógino. Deberían cultivar estrechas amistades con otros hombres para encontrar el mismo tipo de apoyo que las mujeres pueden ofrecer a otros. Es importante que cada hombre rompa con la idea de que las mujeres con las que el hombre se implica deben ser pasivas y sumisas. Más bien deben establecer relaciones con mujeres que sean autónomas individualmente. Los hombres deben desarrollar su "aspecto femenino" y pedir "emociones, necesidades de dependencia, pasividad, fluidez, sensualidad, vulnerabilidad y resistencia a asumir siempre la responsabilidad"[16]. Goldberg aconseja: "no trates tan ardientemente de cambiar el mundo, cámbiate a ti mismo primero".

Hay poca duda de que se están abriendo nuevos antagonismos emocionales entre los sexos. Las fuentes del resentimiento masculino y femenino tienen raíces mucho más profundas que las que sugieren las estimaciones actuales. El falo es sólo el pene. ¡Qué turbador y desconcertante descubrimiento ha constituido esto para los dos sexos! Las exigencias de poder del macho dependen de una pieza de carne colgante que ha perdido ahora su específica relación con la reproducción. Se trata de una nueva castración. Las mujeres pueden ver ahora a los hombres, al menos en un nivel cognoscitivo, justamente como un adminículo tan privado de función como el órgano sexual mismo.

En lo que concierne al varón, como se ha indicado anteriormente, sustentar la confianza básica, es, desde la infancia, algo vincu-

---

[15] *Ibíd.*, pág. 182.
[16] Goldberg, *The New Male*, pág. 254.

lado con el domino y el control, también con el autocontrol, originados por una dependencia emocional reprimida respecto de las mujeres. La necesidad de neutralizar estos deseos reprimidos, o de destruir el objeto de los mismos, choca con los deseos de amor. En tales circunstancias, los hombres son capaces de distanciarse de las mujeres en gran proporción y considerar el compromiso como una trampa, y así los niveles de violencia masculina contra las mujeres pueden superar muy bien los observados corrientemente.

La dependencia ambivalente, sin embargo, no se limita al sexo masculino. La cólera alimentada por la vergüenza es característica también del desarrollo psicosexual femenino. La transmutación del falo en pene tiene implicaciones perturbadoras para las mujeres, porque su papel como significante de autonomía es importante para su propio sentido de autointegridad. La admiración femenina de los hombres presupone que el varón es capaz de escaparse del dominio de la madre. La complejidad de las mujeres deriva de esta "maldad" específica, que puede estar domesticada por el amor. Muchas mujeres son capaces de anhelar precisamente a ese tipo de hombre que huirá del compromiso. De hecho, una aversión al compromiso, por las razones ya explicadas, incrementa al máximo frecuentemente tanto su atractivo como el reto que ofrece.

Todas estas cosas tienen un impacto profundo sobre los lazos heterosexuales. El matrimonio heterosexual aparece en la superficie como mantenedor de esta posición central en el orden social, haciendo marginal la discusión anterior de las relaciones lesbianas y la sexualidad plástica. Si el matrimonio ortodoxo no es contemplado justamente —con visión amplia— como un estilo de vida entre otros, como de hecho ha llegado a ser, esto es en parte resultado de un retraso institucional, y en parte resultado de la amalgama complicada de atracción y repulsión, que el desarrollo psíquico de cada sexo crea, respecto del otro. Cuanto más se convierta la pura relación en la forma prototípica de vida personal, este plexo paradójico de actitudes aparecerá más claramente ante la vista. Produce varias formas de dependencia y codependencia, pero también las consecuencias cismáticas arriba señaladas.

Algunos matrimonios pueden ser contraídos o mantenidos, principalmente, por el deseo de tener o criar hijos. Aunque la presencia de los hijos —en las "primeras familias" o en las familias de padrastros y madrastras— sirva frecuentemente tanto para introducir vínculos en una relación, como para apuntalarlos. La mayor parte de los matrimonios heterosexuales (y muchas relaciones homosexuales) que no se aproximan a la relación pura pueden desarrollarse en dos direcciones, siempre que no caigan en la codependencia. Una es la

versión del matrimonio de camaradería. El nivel de implicación sexual de un cónyuge con el otro es bajo, pero se consolida cierto grado de igualdad y simpatía mutua en el seno de la relación. Éste es un matrimonio de tipo moderno, organizado según el modelo de la amistad. La otra forma es aquella en la que el matrimonio se utiliza como base doméstica para ambos compañeros de pareja. Éste difiere del viejo "tipo estándar" del matrimonio heterosexual, en el que el varón utilizaba el matrimonio como una plataforma de operaciones, mientras la esposa organizaba los medios de la existencia fijada. Aquí ambos compañeros de pareja consideran el matrimonio como un medio relativamente seguro del que salen para enfrentarse con el mundo[17].

Aunque cada uno de estos tipos es susceptible de derivar hacia la relación pura, en el seno de la experiencia vital del individuo y de la sociedad en toda su amplitud. El que los sexos se desarrollen aislada o conjuntamente dependerá de la medida en que las puras relaciones puedan ser establecidas y encauzadas de manera duradera. Las perspectivas que representan Goldberg y Ehrenreich tienen sus defectos. Ehrenreich evoca una diversidad de fuentes en su interpretación de la irresponsabilidad creciente de los hombres. La filosofía Playboy es mencionada conjuntamente con la visión bohemia de los *beatniks,* la cardiología, la psicología de Maslow del potencial humano y los intentos de alinear los movimientos masculinos por los cauces por los que aboga Goldberg. Todas se desplazan en la dirección de "perfidia ascendente" cuando los hombres consolidan su libertad a expensas de las mujeres. Pero las cosas son seguramente más complejas que lo que sugiere su descripción. Las corrientes narcisistas caracterizan algunas tendencias descritas, pero también lo hacen los intentos de desarrollar actitudes de masculinidad que contrarresten la dominación machista. Como han formulado Goldberg y otros, por ejemplo, el liberacionismo masculino reconoce la igualdad de hombres y mujeres y dice que los vínculos entre masculinidad e instrumentalidad económica deben quedar disueltos. Lo que describe Ehrenreich como "huida del compromiso" por parte de los hombres, coincide actualmente con el verdadero inicio del "compromiso" en su sentido actual, un cambio en las relaciones sexuales hacia la emergencia de la pura relación. Y éste es un fenómeno con consecuencias diversas para los hombres, y no exactamente para las mujeres —especialmente si se reconoce la dependencia masculina encubierta respecto de las mujeres.

---

[17] Respecto de una tipología algo diferente ver Hite, *Women and Love,* págs. 521-3.

Goldberg, por otro lado, subestima la fuerza de las constricciones sociales y económicas que impiden que las mujeres logren la paridad en los terrenos público o privado. Algo que está relacionado sobre todo con el hecho de que las mujeres siguen siendo el principal agente parental y de celadoras del orden doméstico. El patriarcado sigue atrincherado en el orden económico y social. También activa subrepticiamente la fuerza de la resistencia psíquica que afecta a la conducta de hombres y mujeres, así como el carácter contradictorio de las formaciones psicosexuales. ¿Por qué no puede ser sexy un hombre bueno y por qué no puede ser bueno un hombre sexy? Esta es una manifestación del corazón, no un rechazo quijotesco femenino de la aceptación plena de las implicaciones que tiene la igualdad de los papeles sexuales. Esto tiene una contrapartida muy real en la proclividad de los hombres a la sexualidad episódica, por las razones anteriormente descritas.

Nadie sabe en qué medida la vigencia de la pura relación se mostrará, en sus consecuencias, más explosiva que integradora. La transformación de la intimidad, juntamente con la sexualidad plástica, establecen condiciones que pueden producir una reconciliación de los sexos. Esto encierra algo más, sin embargo, que una mayor igualdad económica entre los sexos y una reestructuración psíquica, extremadamente difícil de lograr, aunque no imposible. Enseguida trataré de mostrar por qué en los capítulos finales.

CAPÍTULO IX

Sexualidad, represión, civilización

¿Es la sexualidad, en uno u otro sentido, la clave de la civilización moderna? Muchos de los situados en el lado progresista del espectro político han respondido que sí. Según las interpretaciones habituales —que seguramente son inadecuadas— Freud, al menos, sería una excepción al relacionar su idea de la sexualidad con una visión conservadora de la civilización moderna. Los seguidores de Freud, sin embargo, han adaptado frecuentemente sus ideas, o parte de ellas, a objetivos radicales. La civilización moderna es represiva, sí, pero la liberación de la represión sexual respecto de sus ataduras puede producir una emancipación de largo alcance. El sexo, como dice Edward Carpenter, "va delante y le siguen las manos, los ojos y la boca. Desde el medio del vientre y de los muslos irradia el saber de uno mismo, la religión y la inmortalidad"[1].

SEXO Y REPRESIÓN: REICH

> Vos, dignidades especiosas, que os burláis de mí
> ¿de dónde prospera vuestra política,
> durante tanto tiempo en que habéis regido el mundo?
> ¡de las puñaladas y del asesinato!

Así comienza la obra *Listen, Little Man!* (¡Escucha hombrecito!) de Wilhelm Reich, un libro cuyo título evoca la agresividad paranoica que invade el texto, pero que defiende también la visión radical de la

[1] Edward Carpenter, *Selected Writings*, vol. 1, *Sex*, Londres, GMP, 1984, portada.

reforma social que Reich defendió durante toda su vida[2]. A causa de la forma atrevida en que desafió a la autoridad, Reich fue perseguido por una gran variedad de grupos, cuya gama iba desde los que defendían la ortodoxia psicoanalítica, hasta las organizaciones religiosas y el gobierno norteamericano. A todos ellos trató Reich de "fascistas rojos". Reich, el primero y más famoso de los radicales seguidores del psicoanálisis sexual, vería cómo todos estos grupos, y otros más, asumían sus ideas.

Reich fue el azote del matrimonio burgués y vio en la sexualidad genital —en su cultivo o rechazo— la clave de los males de la modernidad. El "hombrecillo" al que Reich se dirigía es un miembro del sexo masculino, aunque no sea el hombre de la calle. Incluía en esta categoría a todas las personas que tenían posiciones de poder, que eran esclavos de la convención, neuróticos que creían ser sanos. El hombrecillo, dice Reich, que no se mordía la lengua, es "miserable y pequeño, maloliente, impotente, rígido, sin vitalidad y vacuo". Él es un guía, esclavo de sí mismo. Se ve impulsado por sus propias impresiones y trata de evitar que otros reclamen su libertad.

La neurosis del hombrecillo fue descrita por Reich como represión de la energía sexual. Aunque él estaba lejos de propagar la idea de una licencia sexual incontrolada, como le acusaban sus enemigos:

> ¡Eres un hombrecillo miserable! —proclamaba.
>
> Conduces tus automóviles y trenes sobre los puentes que inventó el gran Galileo. ¿Sabes, hombrecillo, que el gran Galileo tuvo tres hijos fuera del matrimonio? Esto no se lo cuentas a tus hijos en edad escolar. ¿Tampoco has torturado a Galileo por esta razón?...
>
> No tienes ninguna sospecha del hecho de que tu mente pornográfica y tu irresponsabilidad sexual es lo que pone las cadenas de tus leyes matrimoniales...
>
> No tienes mujer, y si la tienes sólo deseas "someterla al orden" para probar lo hombre que eres. No sabes lo que es el amor.
>
> Sabes y yo lo sé, y todo el mundo lo sabe, que estás en un estado de perpetua hambre sexual; que miras ansiosamente a cada miembro del otro sexo; que hablas con tus amigos del amor con sucios chistes. A ti y a tus amigos os oí, cuando paseabais por la calle, cantar al unísono: "¡queremos mujeres, queremos mujeres!"[3].

---

[2] Wilhelm Reich, *Listen, Little Man!*, Londres, Souvenir, 1972.
[3] *Ibíd.*, págs. 43-61.

Reich oponía la sexualidad al poder y vio en el reino del "hombrecillo" los orígenes del autoritarismo al que se resistía con tanta vehemencia. La sexualidad, correctamente expresada, es nuestra fuente principal de felicidad y todo aquel que es feliz está libre de la sed de poder. Quien tiene sentido para vivir la vida tiene una autonomía que procede de fomentar las posibilidades de uno mismo. La sexualidad orientada al "abrazo amoroso" proporciona una vía más allá del dominio, un camino —como dijo Reich— a la libertad, desde las ataduras del deseo sexual mal dominado. En lugar de la sexualidad del obseso, que busca dar un pellizco en el trasero a las criadas, las personas deben llegar a ser "abiertamente felices en su amor"[4].

¿Cómo puede producirse esta situación? No ciertamente por medio de una reforma política, dice Reich, sino por medio de la reforma del carácter de las masas. Según Reich, el carácter es una formación defensiva, una "armadura protectora" elaborada para resistir contra las vicisitudes de la vida. El carácter es descrito como una deformación crónica del ego, que asume la forma de una rigidez. La armadura que una persona construye le protege contra los peligros externos e internos, aunque con un enorme coste psíquico, se desarrolla como resultado del bloqueo de la libido. El "endurecimiento del ego" proviene de diversos conjuntos de procesos. La identificación con una realidad frustrante o, más específicamente, con los individuos que representan esta realidad, confiere a esta armadura su contenido significativo. La agresión generada por el otro frustrante produce ansiedad, una ansiedad que se vuelve contra uno mismo. Las energías de un individuo se ven aquí bloqueadas en su expresión motriz y se convierten en inhibiciones. Estas energías se dedican a desviar los impulsos sexuales, que aparecen sólo en la superficie de forma compulsiva.

El método terapéutico de Reich implica perforar la armadura del carácter, socavando el "equilibrio neurótico" del individuo. Para muchas personas, la capacidad del goce espontáneo, que tiene su origen en el placer sexual, se ha visto deformado por el sadismo, la codicia y el egoísmo. El carácter es un signo de insinceridad que, sin embargo, puede verse alterado mediante la liberación de la libido de las fijaciones pregenitales. Durante el transcurso de la terapia, la ansiedad genital infantil se ve reactivada, pero como un medio de reestablecer la "potencia orgástica", perdida como resultado de un desarrollo psicosexual deformado[5].

Según Reich, Freud escribió *El malestar en la cultura,* en parte

---

[4] *Ibíd.*, págs. 111-12.

[5] Wilhelm Reich, *Character Analysis*, Londres, Vision, 1950. [Trad. esp.: *Análisis del carácter,* Barcelona, Paidós, 1986.]

para refutar el "peligro" que presentaba la interpretación de la modernidad que hacía Reich[6]. En apreciación de Reich, Freud equiparó erróneamente las instituciones modernas con la civilización en general. Anticipando la relación definida por Marcuse, Reich dice que la cultura moderna es específicamente represiva; pero rechaza la idea de un instinto de muerte, ya que la destructividad resulta de la frustración de la libido. Freud ha tratado de minar deliberadamente las posibilidades de liberación sexual, bloqueando las implicaciones más radicales de sus propias ideas[7].

Hay cierto grado de verdad en esta afirmación. Contra la tesis foucaultiana de que Freud resume la preocupación moderna por la sexualidad, en sus últimos escritos, dice que Freud trató de modificar deliberadamente su temprana y exagerada insistencia sobre la libido. Su iniciativa fue seguida por la mayoría de los miembros de la profesión psicoanalítica, incluso aunque rechazasen la concepción de un instinto de muerte. Reich mismo se consideró a sí mismo como el defensor de una fe verdadera. La sociedad moderna es patriarcal y su insistencia en el matrimonio monogámico sirve para desarrollar rasgos de carácter autoritario, legitimando, por tanto, un sistema social explotador. Tras este fenómeno subyace una transición crucial para la historia antigua, la de la sociedad matriarcal en la que la represión de la sexualidad infantil y adolescente era desconocida.

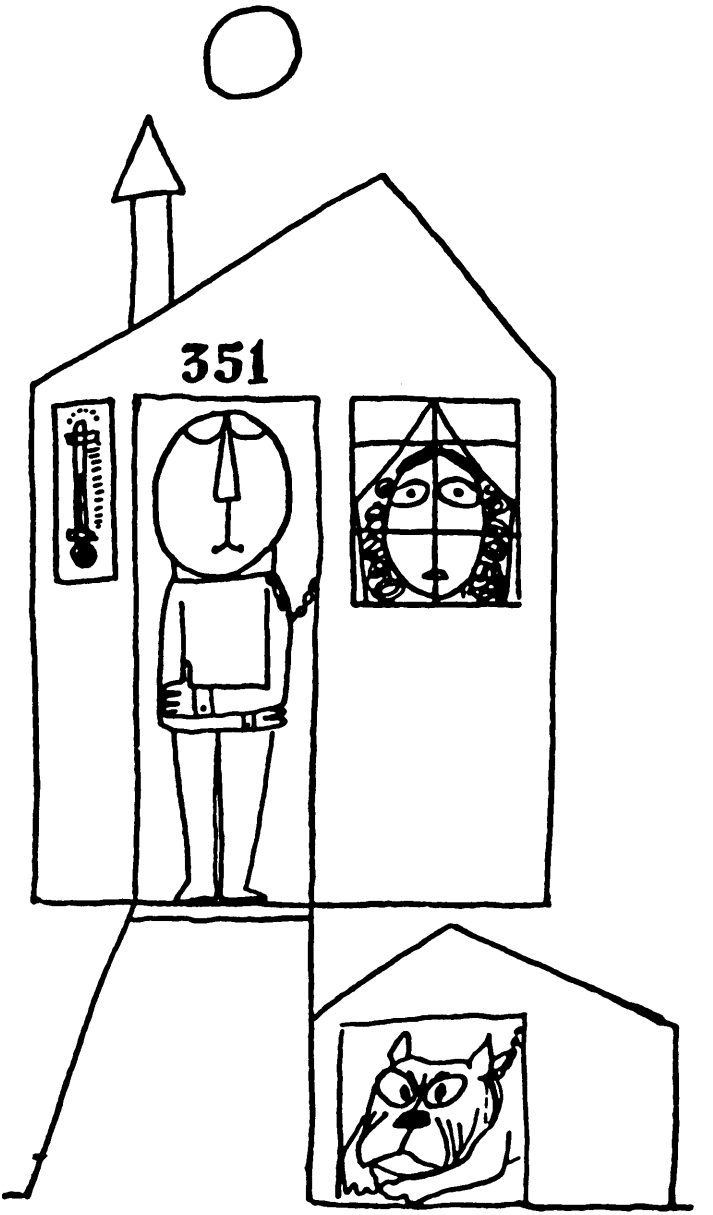
Reich creía que la reforma sociopolítica sin liberación sexual es imposible: libertad y salud sexual son la misma cosa. Aunque abogaba por la igualdad de la expresión sexual de las mujeres, prestó una atención especial a los derechos sexuales de los niños y de los adolescentes. Hay que dar a los niños el derecho de practicar el juego sexual con otros y de masturbarse. También deben ser protegidos de la dominación de sus padres. Los adolescentes deben tener la oportunidad de satisfacer sus necesidades sin ponerles freno, para que puedan ser agentes futuros del cambio social venidero. La homosexualidad era contemplada por Reich como producto de una libido frustrada. Consideraba que desaparecería con la liberación progresiva de la sexualidad; como sucedería con la pornografía.

El último trabajo de Reich ha sido considerado extraño por muchos; como la idea de una persona que al final de su vida se vuelve demente. No obstante su enfoque es importante y muestra de hecho una fuerte continuidad entre sus escritos iniciales y los últimos. Reich

---

[6] Wilhelm Reich, *The Function of the Orgasm,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1961, págs. 165-8. [Trad. esp.: *La función del orgasmo,* Barcelona, Paidós, 1993.]

[7] Wilhelm Reich, *The Function of the Orgasm,* Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1962, págs. 247 ss.



Deseas felicidad, pero la seguridad es más importante para ti.
De Wilhelm Reich, *Listen, listen Little man,* Londres, Souvenir Press, 1972.

sospechaba del modelo de cura psicoanalítica basado en la confesión. La libre asociación que rige en ésta, aleja de los problemas de una persona, más que ayudar a conocerlos. El cuerpo y sus disposiciones tiene su propio lenguaje expresivo, para conseguir una genuina evaluación de un individuo, el terapeuta debe pedirle que no hable durante un momento. "Tan pronto el paciente cesa de hablar, la expresión corporal de la emoción se hace claramente manifiesta." La "terapia Orgone" se basa en promover la expresividad sexual por medio del orgasmo genital. El propósito subyacente, sin embargo, es permitir que el individuo, hombre y mujer, se exprese somáticamente, en tal forma que el "lenguaje quede eliminado hasta un grado muy profundo"[8]. La idea de Reich de que la energía sexual queda encerrada en la musculatura del individuo contiene residuos de las opiniones del siglo XIX sobre la histeria, pero anticipa también la concepción del estrés como una patología física posterior en el presente siglo. Se reconoce más significativamente que el control reflexivo del cuerpo está en el centro de las dificultades psicológicas. Aquí no hay confesionario: Reich abandonó la terapia verbal en favor de programas de relajación, masaje y de disipación de la tensión corporal.

HERBERT MARCUSE

Marcuse también trató de discernir "el lazo oculto que va del psicoanálisis" hacia el radicalismo[9]. Crítico con Erich Fromm y otros "revisionistas", Marcuse trató, al igual que Reich, de dejar al descubierto el potencial liberador de la obra de Freud. La libido queda rescatada, pero el instinto de muerte queda transmutado como un residuo de los límites al puro placer. Toda civilización presupone "una represión básica" de las pulsiones de vida y de muerte, pero en la sociedad moderna la demanda de disciplina económica introduce una carga de represión no necesaria. Al ajustarse al principio freudiano de "realidad", el individuo responde de hecho a las exigencias de una forma de dominación explotadora.

La interpretación marcusiana de Freud tiene algo en común con la versión lacaniana, aunque el resultado final es muy diferente. Al igual que Lacan, Marcuse critica la psicología del ego, y pone fuerte énfasis sobre el inconsciente. Sin embargo, en contraste con Lacan, Marcuse cree que una recuperación del inconsciente ofrece un medio

---

[8] Reich, *Character Analysis*, pág. 362.

[9] Herbert Marcuse, *Eros and Civilisation*, Londres, Allen Lane, 1970, pág. 11. [Trad. esp.: *Eros y civilización*, Barcelona, Ariel, 1989.]

poderoso contra el criticismo social radical. Para Marcuse, esto es así porque la psicología del ego acepta el mundo tal y como es. Al poner la atención en los instintos, en el sentido freudiano del término, podemos dejar al descubierto los mecanismos de la represión social y podemos también dar un contenido a la promesa emancipatoria de la época moderna.

Los desplazamientos conceptuales clave, en la diagnosis de Marcuse sobre la posibilidad de emancipación, dividen la represión en básica y adicional y añaden el principio de realización al principio de realidad. Algunas formas de represión, en otras palabras, resultan del "ascetismo intramundano" de las instituciones modernas y pueden quedar disipadas cuando estas instituciones quedan transcendidas. Hay "excedente de requisitos" en un sentido psicológico. El principio del éxito es el principio implicado en el hacer frente, no a la "realidad" en cuanto tal, sino a la realidad histórica "impermanente" de un orden social particular. Lo que Marcuse describe como la familia "monogámica patriarcal", por ejemplo, es una forma social en la que hay un excedente de represión. Sin embargo, concentra con mucho el grueso de su atención sobre un excedente de represión en el contexto del puesto de trabajo.

La emancipación para Marcuse va unida a la primacía del placer, que diferencia claramente del hedonismo. La disciplina del trabajo moderno es sólo posible en el grado en que el cuerpo queda deserotizado. Si se permitiese que la libido evitase una represión excedentaria, amenazaría o destruiría completamente esta disciplina. El hedonismo, dice Marcuse en uno de sus primeros escritos, "encarna un juicio correcto sobre la sociedad". La persecución de la sensualidad golpea en el corazón de la represión excedentaria y adquiere un aspecto intrínsecamente crítico. El hedonismo, sin embargo, es anárquico y sólo se emancipa cuando va unido a la verdad. La verdad, en este sentido aparece muy diferente de la concepción de Foucault de la "verdad" de la sexualidad: es un placer realizado con normas de felicidad y apreciación estética. En lo que concierne a la felicidad, Marcuse coincide con Platón, en que el placer debe estar "sujeto al criterio de verdad"[10].

En un pasaje interesante de *El malestar en la civilización* —dice Marcuse—, Freud relaciona el carácter represivo de la civilización, no con la sublimación de los instintos en cuanto tales, sino con la exclusividad de las relaciones sexuales. El "amor sexual", dice Freud, "es una relación entre dos personas en la que un tercero puede ser sólo

---

[10] Herbert Marcuse, "On Hedonism", en *Negations*, Londres, Allen Lane, 1968.

superfluo o perturbador"[11]. Una pareja de amantes no tiene interés en otro; la civilización no puede tolerar esto, porque depende de las relaciones entre grandes grupos de personas. Freud reproduce aquí la objeción tradicional al *amour passion*. No obstante, como Marcuse observa con exactitud, el amor sexual puede ser liberador en doble sentido: cuando está preparado para respetar al otro como un igual, el amor quebranta el marco de la familia patriarcal y monogámica, pero también es positivamente compatible con una ciudadanía social más amplia. "Liberar a Eros" no es sólo coherente, sino la verdadera condición para continuar con unas relaciones societarias civilizadas"[12].

Marcuse explota continuamente las incoherencias internas de la obra de Freud, para demostrar que la interpretación freudiana de las demandas psíquicas es tan revolucionaria como conservadora. Así, Freud dice que el narcisismo primario sobrevive en la civilización moderna, no sólo como neurosis, sino como "realidad alternativa". Especialmente, aunque no exclusivamente, en lo que concierne a la sexualidad, el narcisismo puede generar un sentimiento oceánico de "unidad con el universo". El narcisismo, entendido en sentido habitual (se puede añadir aquí: no sólo por Freud, sino por sus actuales críticos culturales como Christopher Lash; así como por Foucault en su descripción del "culto californiano del ego") como una adaptación defensiva al mundo más amplia por medio de la retirada del mismo, revela un potencial de transcendencia. El narcisismo "puede convertirse en la fuente y el reservorio de una nueva catexis libidinal del mundo objetivo —transformando este mundo en un nuevo modo de ser"[13].

Marcuse difiere notablemente de Reich en su evaluación de la naturaleza de la sexualidad genital. Freud afirmó —dice Marcuse— que la excitación sexual del niño asume la forma de un erotismo corporal generalizado, que posteriormente se concentra sobre los genitales en su proceso normal de desarrollo psicosexual. Como se ha observado en el capítulo VII, Freud dijo que la fijación en la sexualidad genital es característica de los muchachos. Las muchachas se ven forzadas a "habérselas" con un erotismo más difuso. Según Marcuse, Freud no supo ver que la progresión hacia la sexualidad genital es una restricción de las posibilidades de placer impuesta por el moderno orden social. La "tiranía genital" deriva del hecho de que la libido ha sido eliminada de las partes que el cuerpo necesita para participar en el trabajo industrial. Se propone una resexualización del

---

[11] Citado en Marcuse, *Eros and Civilisation*, pág. 48.
[12] *Ibíd.*, pág. 49.
[13] *Ibíd.*, pág. 138.

cuerpo, juntamente con una renovación del significado del erotismo, unido a una apreciación estética, como parte de un futuro cambio revolucionario. Marcuse no asume plenamente la sexualidad plástica, sino que en su lugar considera las "perversiones", incluida la homosexualidad, como críticas "conductuales" del régimen de la sexualidad genital. Señala enclaves de resistencia a la subordinación de la actividad sexual a la procreación[14].

Para Marcuse, así como para Freud, el instinto de muerte no es una fuerza totalmente destructiva. La creatividad humana es una consecuencia de la fusión de los instintos de vida y de muerte. El problema de la civilización moderna es que el instinto de muerte se ha separado de su interacción con la energía libidinal. Thanatos se ha incorporado al carácter mecánico y rígido de la disciplina moderna, que invade algo más que el puesto de trabajo solo. La superación del trabajo alienado liberará el excedente de represión y también reconectará el instinto de muerte con las fuentes del placer sexual. La liberación de la fatiga permite la reerotización no sólo del cuerpo, sino de la naturaleza. La preeminencia de la sexualidad genital va asociada a unas perspectivas instrumentales hacia el medio ambiente natural. La "sublimación no represiva" debería ser la base para una armonía renovada con la naturaleza[15].

Una cultura no represiva —que sólo tolera una represión básica— dice Marcuse, debería ser en parte regresiva, en sentido psíquico. Debería ser una inversión de la civilización que es al mismo tiempo una superación y un retroceso, para progresar. Eros, liberado del "sexo", tiene capacidades de construir una cultura que vaya más allá de las que están vigentes en la sociedad presente. En la medida en que pueda servir aquí la teoría política, hay que decir que Charles Fourier tiene más que enseñar que Marx. La cooperación placentera, basada en la *attraction passionnée;* no el amor apasionado sino el florecimiento de Eros en el amor comunicativo y en la amistad, sería el medio dominante de sociabilidad. En palabras de Marcuse: "con la transformación de la sexualidad en Eros, los instintos de vida desarrollan su orden sensual, mientras que la razón se hace sensual en el grado en que comprende y organiza la necesidad en términos de protección y enriquecimiento de los instintos vitales... la razón represiva, al ceder, deja camino libre a una nueva *racionalidad de la gratificación* en la que convergen razón y felicidad"[16].

---

[14] *Ibíd.*, págs. 164-6.

[15] Herbert Marcuse, *One-Dimensional Man*, Londres, Allen Lane, 1972. [Trad. esp.: *El hombre unidimensional*, Barcelona, Ariel, 1990.]

[16] Marcuse, *Eros and Civilisation*, págs. 179-80.

Una fuente importante de dificultad para quien como Reich y Marcuse, dicen que la civilización moderna es intrínsecamente represiva, es esta fascinación pública por el sexo que advierte Foucault. La maduración de las instituciones modernas no va asociada con la presión creciente, sino con su prominencia creciente casi por doquier. Marcuse fue consciente del asunto y tenía una respuesta al mismo. Permisividad sexual no es lo mismo que liberación. La trivialización de la sexualidad es abundante, pero el erotismo está más o menos absolutamente borrado de la vista. El antagonismo con el que la sexualidad era considerada en las fases iniciales de la historia de Occidente es preferible, dice Marcuse, a la "libertad sexual" que encubre su opresión bajo un brillo de goce. Previamente se ha preservado una conciencia de lo que había sido eliminado del foro; podemos parecer más libres, pero de hecho vivimos sometidos.

¿Quién defiende las ideas de Reich y Marcuse hoy? Muy pocos y resulta instructivo preguntar por qué. Foucault podría decir que, al igual que Freud, su mentor, fue captado por la hipótesis represiva. Cada uno creía que las sociedades modernas dependían de un elevado nivel de represión sexual, como había sucedido inicialmente en el victorianismo. Estaban equivocados en esta presuposición y, por ende, el resto de sus ideas resulta sospechoso. No obstante, la hipótesis represiva, aparte la diferencia entre las opiniones de Reich y Marcuse y Foucault, no es tan amplia como podría pensarse. La desublimación represiva no es una expresión que usaría Foucault y resulta ajena a su pensamiento; mas para él, así como para los demás, la permisividad de la era presente es un fenómeno de poder y no un sendero hacia la emancipación. "Quizás un día, dice Foucault, haya una economía diferente de cuerpos y de placeres"[17]. Marcuse y Reich estarían de acuerdo, aunque ambos tendrían una visión más plena que Foucault de cómo esto pudo realizarse.

Para captar las limitaciones (y también lo que me parece importante) de las opiniones de los "radicales sexuales", debemos ir más allá de Foucault. En los escritos de Reich y Marcuse se dice poco acerca del papel de los sexos o acerca de los cambios que influyen en el desarrollo de las relaciones amorosas en el orden social moderno.

---

[17] Michel Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1. *An Introduction*, Hardmondsworht, Pelican, 1981, pág. 159.

Reich escribió mucho acerca del amor, así como de la familia patriarcal. De acuerdo con Freud a este respecto, al menos, decía que la buena vida debería ser construida sobre "tres pilares": el amor, el trabajo y el conocimiento. Sin embargo, ni en su obra ni en la de Marcuse encontramos una teoría sistemática de los sexos y del amor como influencias revolucionarias en sí mismas. La sexualidad es descrita habitualmente como si fuese andrógina, el resultado directo de seguir una concepción de la libido que es anónima respecto de los papeles sociales de los sexos. Marcuse parece sencillamente ignorar los análisis de Freud sobre las diferentes vías de desarrollo psicosexual: aunque Reich y Marcuse eran entusiastas partidarios del movimiento feminista, no se aprecia en sus escritos intepretación alguna sobre el impacto de las luchas de las mujeres en el entorno doméstico o fuera. La omisión de la preocupación sobre el amor es un rasgo intrigante de la obra de Marcuse —aunque una reflexión momentánea recordará al lector que tal ausencia es característica de la mayor parte de las teorías sociales. Los trastornos de la modernidad, que Marcuse subraya, en su mayor parte se deben al dominio del varón. El amor, hay que suponer, es una vez más algo que está detrás del escenario, una especialización de las mujeres. En el frontispicio existe sólo el mundo del trabajo pagado, que se supone empresa masculina. ¿No resulta sorprendente que esta descripción de las cargas de la modernidad, tal y como las describe Marcuse, evoque fuertemente el tema de la "masculinidad dañada", como la interpretan Goldberg y otros?

Marcuse no explica los orígenes de la permisividad sexual que él describe. Tampoco, creo, lo han hecho ni Reich ni cualquiera que parta de la teoría freudiana de la civilización y de la represión, y la hayan radicalizado. Porque radicalizar a Freud implica mostrar que lo que pensamos que es una característica de la civilización en general es algo específico del orden moderno. Este orden es presentado como mucho más monolítico y resistente al cambio de lo que realmente es. Si las instituciones modernas dependen de hecho de la represión sexual, ésta aumentaría y no decaería con su desarrollo ulterior. Decir que la "permisividad" es una forma de sexualidad distorsionada ofrece una etiqueta para un proceso de liberalización creciente, pero no explica por qué y cómo ha sucedido. Además, estos pensadores no ven en esta liberalización un signo de progreso; un aumento de la libertad sexual no amenaza el edificio que nos sepulta en el omnienvolvente sistema disciplinario.

Foucault toma como punto de partida la preocupación occidental por el sexo, y —además— introduce una duda en la idea de represión. La preocupación por la sexualidad, incluida la invención de la "sexualidad" misma, es resultado de la difusión de la vigilancia como

medio de generar poder. Este poder estaba concentrado inicialmente sobre el cuerpo, considerado como una máquina —idea de Max Weber e incluso de Marcuse—, y posteriormente en los procesos biológicos que afectan a la reproducción, la salud y la longevidad. Las sociedades modernas no están basadas, como los sistemas premodernos, en el poder de generar vida sino en el poder de desarrollarla, "para invertir en vida hasta la médula"[18]. La influencia inicial, se podría decir, señala la aceptación por parte de Foucault del ascetismo del que la vida social moderna se supone está impregnada. El "contacto entre la vida y la historia", como dice Foucault, que representa el segundo elemento, es de nuevo algo más. Durante milenios, los seres humanos han vivido bajo el dominio de la naturaleza; el entorno natural ha ejercido su imperio sobre la actividad humana: el control demográfico ha estado gobernado por los avatares de la naturaleza. A partir del siglo XVIII en adelante, sin embargo, estos procesos han estado cada vez más sujetos al control humano.

El sexo se ha convertido en una preocupación preeminente, de acuerdo con Foucault, porque constituía el punto principal de conexión entre estas dos influencias sobre el desarrollo corporal. "Era un medio de acceso, tanto para la vida del cuerpo como para la vida de las especies"; por esto "la sexualidad acompaña hasta los menores detalles de la vida". Ha sido rastreado en la conducta, perseguido en los sueños; se ha creído que subyacía en las mínimas locuras; fue detectado en los primeros años de la infancia[19]. El desarrollo de la sexualidad como poder ha hecho del sexo un misterio, pero también, para Foucault, el sexo se ha hecho algo deseable, que debemos asumir para establecer nuestra individualidad. La crítica de Reich de la represión sexual, le hizo prisionero de lo que trataba de liberar. El hecho real de que se hayan realizado tantos cambios en la conducta sexual desde el siglo XIX, sin ir acompañados por otros cambios que anticipaba Reich, indica que esta lucha "antirrepresiva" es parte del campo de la sexualidad, no una subversión de la misma[20].

Las opiniones de Foucault, ya criticadas en el capítulo II, son deficientes. Lo que Foucault denomina poder —este "poder" que misteriosamente hace las cosas por propia volición— es en algunos aspectos fundamentales poder de los roles sociales de los sexos. Las mujeres, que habían sido desenergizadas, que habían sido eliminadas de los terrenos importantes de protagonismo de la modernidad —a las que se había negado su capacidad de disfrute sexual— estaban co-

---

[18] *Ibíd.*, págs. 139-42.
[19] *Ibíd.*, págs. 146.
[20] *Ibíd.*, pág. 130-131.

menzando a construir a su vez una revolución infrastructural. El amor, juntamente con el individualismo afectivo del que habla Lawrence Stone, estaba en el centro de los cambios en la organización familiar y fue también importante en otras transformaciones que afectaban a la vida íntima. Estos cambios no se originaron con el Estado, o a partir del poder administrativo en un sentido más general. Si se acepta, como debe ser, que el poder es distributivo así como generativo, podemos decir que no derivaron del poder sino de la falta del mismo.

Foucault ofrece una interpretación específica de por qué la forma constringente del biopoder ha sido seguida por otra más dinámica. La primera estuvo dominada por el requisito de crear una fuerza de trabajo acquiescente; la segunda, corresponde a una fase ulterior de desarrollo en el siglo XX, en el que la fuerza de trabajo ya no tenía que estar sometida al mismo grado de control directo. Una vez que esta transición se había efectuado, la sexualidad se vio canalizada por una diversidad de circuitos sociales y de ahí que resultase más o menos omnipenetrante.

La idea no es seguramente convincente, aunque sólo tenga relación con la conducta sexual estrictamente entendida, y ni mucho menos se refiera a los cambios que afectan a las relaciones personales más en general. Sugiere que nuestra fascinación por el sexo deriva de la expansión de la sexualidad como fenómeno discursivo, que penetra en áreas en las que anteriormente estaba ausente. No creo que este biopoder, tal y como lo describe Foucault, explique los cambios en las actitudes sexuales y en las opiniones respecto del mismo, descritos en los primeros capítulos. Estos cambios son, al menos en algunas partes, resultado de una lucha y es imposible negar que hay elementos de emancipación involucrados en ellos. No se trata de una emancipación, quizás, exactamente en la forma que habían contemplado Reich y Marcuse, tampoco meramente de una lucha con una enmarañada tela de araña como dice Foucault. Las mujeres, en particular, han conquistado libertades sexuales que, por parciales que puedan ser, son importantes comparadas con la situación de pocas décadas atrás. Sean cuales fueren las limitaciones y distorsiones a las que se está sujeto, existe un diálogo mucho más abierto sobre la sexualidad —en el que virtualmente se implica toda la población— que el que habría parecido concebible a las generaciones anteriores.

Repensemos, por tanto, la relación entre sexualidad y poder, comenzando por la afirmación de que el poder, en cuanto tal, no hace nada. Los aspectos generativos del poder, tanto como sus características distributivas, están vinculados con propiedades específicas de los grupos e individuos así como con contextos que varían y con los modos de reflexividad institucional. La sexualidad no ha sido creada por "poder", ni la invasión de la sexualidad —al menos en una forma directa— es tampoco el resultado de su importancia focal para este "poder".

En mi opinión, no existe nada a lo que se le pueda llamar biopoder, al menos en el sentido genérico que Foucault atribuye a esta expresión. En lugar del mismo, podemos distinguir diversos hilos de transformación organizada y personal en el desarrollo de las sociedades modernas. El desarrollo administrativo de las instituciones modernas debe ser separado de la socialización de la naturaleza y de la reproducción —son procesos fundamentales y directamente relacionados con la sexualidad— pero no deben ser analizados según la perspectiva foucaultiana. Deben ser distinguidos del proyecto reflexivo del yo y de las innovaciones de la vida personal ligadas con el mismo.

En lo que concierne al impacto de la vigilancia, es posible coincidir con Foucault en que la sexualidad, al igual que otros aspectos de la vida personal, ha venido a ser objeto de la misma y ha sido reestructurada por la expansión de los sistemas de poder. Las organizaciones modernas, incluido el Estado, penetran las actividades locales en formas desconocidas para las culturas premodernas. Los discursos de la ciencia —incluidos los de la ciencia social— se han visto directamente implicados en estos procesos. Aunque —como se ha dicho anteriormente— la creación del poder administrativo es un fenómeno dialéctico en mayor medida de lo que Foucault admite. La expansión de la vigilancia produce espacios para la movilización y un poder "contravalente". Una sociedad de reflexividad institucional es una sociedad muy lastrada, que hace posibles formas de compromiso colectivo y personal que alteran muy sustancialmente la dimensión sexual.

El movimiento característico de la modernidad, se puede decir, se encamina hacia la creación de sistemas internamente referenciales —órdenes de actividad determinados por principios internos a ellos mismos[21]. Ciertas áreas distintivas de la vida social en las culturas pre-

---

[21] Anthony Giddens, *Modernitiy and Self-Identity,* Cambridge, Polity, 1991, cap. 5 y *passim*.

modernas tenderían a ser gobernadas por influencias "externas" (a veces establecidas como fenómenos garantizados por la tradición, aunque incluyendo también factores físicos y biológicos). Con el advenimiento de las instituciones modernas, sin embargo, éstos se han visto cada vez más sometidos a la intervención social. Así, la invención de la "desviación" socializó un conjunto variado de características externas, entre ellas: la pobreza, el vagabundeo y la locura, las cuales en su totalidad, en otro tiempo, se tomaban como parámetros de una existencia "producida por la voluntad de Dios". La desviación se constituía socialmente y al mismo tiempo se separaba de los principales campos de la actividad social, a través de un proceso de secuestro. Igualmente, la enfermedad y la muerte, antaño "puntos de limitación" de la influencia de lo biológico sobre lo social, se vieron más socializadas y fueron desapareciendo de la vida pública.

La naturaleza y la sexualidad secuestradas se conectan de forma crucial con la socialización de la reproducción. Aunque la contracepción moderna es la expresión tecnológica más obvia de la reproducción como sistema internamente referencial, no lo es su ímpetu original. Éste tiene su fuente principal en la auténtica separación de la reproducción de las condiciones malthusianas que menciona Foucault[22]. Una vez que el tamaño de la familia comienza a limitarse —algo que se origina principalmente desde dentro de la misma familia— la reproducción viene a ser gobernada primariamente por el deseo de tener hijos cuando se desean realmente. La invención de la infancia y de la maternidad tienen sus orígenes aquí. La "sexualidad" no tiene una existencia distinta en la medida en que la conducta sexual va unida con la reproducción y con las generaciones. La actividad sexual se dividía en dos: la orientada a la reproducción, y el *ars erotica,* clasificación que corresponde a la catalogación de las mujeres en puras e impuras.

La sexualidad se convierte en un propiedad del individuo cuanto más referencial se hace internamente la pulsión de vida y cuanto más se considera la identidad del ego como un esfuerzo reflexivamente organizado. Una vez constituida como dominio en cuanto tal, la sexualidad se retira tras el escenario, apartada de la vista, tanto en sentido físico como social. Ahora es un medio de establecer conexiones con los demás sobre la base de la intimidad; ya no se basa en un parentesco inmutable ni es sustentada por generaciones. La pasión queda secularizada, es liberada del *amour passion,* y reorganizada como ese hecho complejo llamado amor romántico. Es privatizada y redefinida.

---

[22] Cfr. Mitchell Dean, *The Constitution of Poverty,* Londres, Routledge, 1991.

Lo que puede ser descrito como "secuestro de la experiencia"[23] es consecuencia de la ruptura aun más radical de las instituciones de la modernidad con la tradición y la creciente intrusión de sus sistemas de control sobre las "fronteras externas" preexistentes de la acción social. Su consecuencia es la disolución de las líneas generales de la ética y de la moral que se referían a la actividad social, a lo transcendental, a la naturaleza y a la reproducción. Éstas se transmutan, en efecto, por seguridad, en la rutina que ofrece la vida social moderna. Cierto sentido de seguridad ontológica se deriva primariamente de la rutina misma. El individuo es vulnerable moral y psicológicamente cuando se quebrantan las rutinas establecidas. Si se tiene en cuenta lo que se ha dicho, está claro que esta vulnerabilidad no es neutral en lo que respecta a los sexos.

El secuestro es una forma de represión, un "olvido", pero esto no presupone una carga creciente de culpabilidad. En su lugar están los mecanismos de la vergüenza, ligados al proyecto reflexivo del ego, entrelazados con él, aunque no lo sustituyen plenamente, ya que éstos implican una ansiedad culpable. Una propensión ascendente a experimentar vergüenza —el sentimiento de que uno es indigno, la vida es vacía y el cuerpo propio una herramienta inadecuada— se deriva de la diseminación de los sistemas referenciales internos de la modernidad. El proyecto reflexivo del yo, que incluye tantas posibilidades de autonomía y felicidad, debe quedar subsumido en el contexto de rutinas muy desprovistas de contenido ético. La actividad sexual es susceptible de ser perseguida por esta "vaciedad", esta búsqueda de un sentido siempre elusivo de plenitud, que afecta a los dos sexos, aunque de diferentes formas. Para muchos hombres constituye un esfuerzo incansable el combatir los sentimientos de inadecuación que dañan tan profundamente al niño pequeño que debe abandonar a su madre. Para las mujeres resulta mucho más importante este "romance" de la búsqueda del padre, deseado pero ausente. En ambos casos, sin embargo, hay un anhelo de amor.

La modernidad como obsesión

Nos detendremos en este punto para considerar qué puede significar hoy decir que hay una preocupación general por la sexualidad en la cultura moderna. Una interpretación, en alguna forma a la manera de Marcuse, podría contemplar la mercantilización como el pri-

---

[23] *Ibíd.*

mer dominio en el que tal preocupación es evidente. La sexualidad produce placer y el placer, o al menos la promesa del mismo, proporciona una ventaja para los bienes del mercado, en una sociedad capitalista. La imaginería sexual aparece, casi por doquier, en el mercado como una especie de artimaña gigantesca para la venta. Se podría decir que la mercantilización del sexo es un medio de desviar a las masas de sus verdaderas necesidades, sin entrar aquí en cuales deben ser éstas. La prominencia de la sexualidad podría ser interpretada en términos de un desplazamiento, desde un orden capitalista —que se basa en el trabajo, en la disciplina y en la autorrenuncia— a otro preocupado por el consumismo, y por ende, por el hedonismo.

Las limitaciones de tal idea, sin embargo, son bastante obvias. No se explica por qué la sexualidad tiene la preeminencia de la que disfruta. Si el sexo es un poderoso ingrediente adherido al consumismo, se debe a que ya existe una preocupación compulsiva por el mismo. Además, es absolutamente evidente el efecto que la sexualidad es preocupante, perturbadora, y está cargada de tensiones. El placer está acosado por demasiadas tendencias que pretenden contrarrestarlo, que hacen plausible la idea de que la sexualidad forma el punto central de una sociedad hedonista de consumidores.

Otra opinión nos podría llevar a Foucault. Según él, el sexo sería nuestra "verdad", el núcleo de un principio confesional generalizado de la civilización moderna. Ya he sugerido razones por las cuales esta idea no es válida en el nivel del análisis; y si se la toma como una caracterísitica descriptiva de la cultura moderna también es bastante poco convincente. La idea de Freud se vio combatida inmediatamente por otras terapias que ponían en tela de juicio la importancia atribuida al sexo. La idea del "sexo como verdad" ha tenido cierto éxito, pero difícilmente se puede decir que se haya convertido en el principio generador de energía del pensamiento moderno en su totalidad.

Se puede proponer una tercera interpretación al fenómeno de la adicción sexual. El papel central de la sexualidad en las sociedades modernas queda significado por las cualidades compulsivas de la conducta sexual actual. Esta compulsividad es evidente, a la vista de la adicción a la pornografía, las revistas salaces, filmes y otros medios de comunicación y en la afanosa persecución de experiencias sexuales a las que algunos se dedican. La descripción es adecuada, pero debemos preguntarnos cuáles son los orígenes de esta situación, y considerar cómo se puede llegar a este estado de cosas en una sociedad presuntamente basada en la represión sexual.

Creo que esta charada puede ser resuelta de la forma siguiente. La sexualidad quedó secuestrada o privatizada como parte de los procesos de la época en que la maternidad fue inventada y se convirtió

en un componente básico del dominio femenino. El secuestro de la sexualidad se produjo en gran parte más como resultado de la represión social que de la psicológica, y se refería, sobre todo, a dos cosas: la reducción o negación de la capacidad femenina de respuesta sexual y a la aceptación generalizada de la sexualidad masculina como exenta de problemas. Estos procesos eran reelaboraciones de las divisiones arcaicas entre los sexos, particularmente la discriminación entre mujeres puras e impuras, pero redistribuidas en un nuevo formato institucional. Cuanto más se separa la sexualidad de la reproducción y se integra en un proyecto emergente reflexivo del ego, más tensión se advierte en este sistema institucional de la represión.

Las mujeres se han visto lastradas, de facto, con la tarea de administrar el proceso de transformación de la intimidad que ha desencadenado la modernidad. El sistema de represión institucional estuvo sujeto desde el principio a tensiones a causa de la exclusión de las mujeres de la esfera pública. Las investigaciones que los hombres han llevado a cabo sobre la naturaleza de las mujeres no fueron exactamente una expresión de la alteridad sexual tradicional; fueron investigaciones sobre escenarios desconocidos de la identidad y de la intimidad, como áreas remodeladas de la vida social a las que los hombres tenían poco acceso. La sexualidad, así, se convierte efectivamente en un asunto de preocupación primaria para ambos sexos, aunque de diferentes formas. Para las mujeres, el problema era constituir el amor como un medio de comunicación y de autodesarrollo —en relación con los niños así como con los hombres. La exigencia del placer sexual femenino vino a formar parte de la reconstitución de la intimidad; una emancipación tan importante como cualquier otra de las realizadas en el dominio público. En lo que concierne a los hombres, la actividad sexual se ha hecho compulsiva, en la medida en que permanecía aislada de estos cambios más subterráneos.

Emancipación sexual

En las primeras obras de Foucault, se propusieron versiones de la emancipación sexual que diferían marcadamente de las de Reich y Marcuse. Para la mayor parte, se trata de variaciones sobre el tema de la sexualidad plástica. La "justificación biológica" de la heterosexualidad como "normal" ha estallado en pedazos. Lo que habitualmente se llamaban perversiones son meramente formas en las que se puede expresar legítimamente la sexualidad y definir la identidad del ego. El reconocimiento de diversas proclividades sexuales corresponde a la

aceptación de una pluralidad de diferentes estilos de vida, hecho que constituye un gesto político:

> Las perversiones, primero veladas en el terreno público cuidadosamente en sombra, en los volúmenes de los primeros sexólogos, se han hecho altamente llamativas por su propia cuenta. Ya no necesitan "ventriloquizar" por medio de los latinajos y prosas retóricas de un Kraft Ebing o Havelock Ellis, o comprometerse en las intrincadas transferencias o contratransferencias de analistas y analizados. Ahora hablan por sí mismas en la política de la calle y en las organizaciones, por medio de opúsculos, diarios o libros, por la vía de la semiótica de montajes altamente sexualizados, con sus códigos elaborados de claves, colores y ropajes, en los medios de comunicación populares y en los detalles más mundanos de la vida doméstica[24].

El enfoque del "pluralismo radical" es un esfuerzo emancipatorio que trata de desarrollar líneas directrices para la opción sexual de cada uno, pero no reclama que estas representen principios morales coherentes. El valor radical del pluralismo, deriva, no de sus efectos de choque —poco nos choca ya a nosotros— sino del efecto del reconocimiento de que la "sexualidad normal" es simplemente una opción de un estilo de vida entre otros. "Los sentimientos subjetivos", las intenciones y los significados son elementos vitales a la hora de decidir los méritos de una actividad. El factor decisivo es la conciencia del contexto, de la situación en la que las opciones se realizan"[25]. El pluralismo sexual, argumentan sus defensores, no es sucumbir a la sexualidad, sino ofrecer exactamente lo que Foucault parece proponer como una posibilidad, superar el dominio que la sexualidad ejerce sobre nuestras vidas.

Tal y como están las cosas, sin embargo, este programa es vago y toda versión de la liberación sexual que ponga el acento sólo en el factor de la elección hace frente a toda una serie de objeciones. El significado y las potencialidades de la emancipación sexual deben ser entendidos de diferente manera, aunque la aceptación de la legitimación de la sexualidad plástica forma parte ciertamente del asunto. Unas pocas observaciones provisionales podrían ayudar en este punto. Ningún punto de vista que oponga la energía de la sexualidad contra las características disciplinares del orden social moderno puede tener mucho valor. Tampoco lo tiene el considerar las formas

---

[24] Jeffrey Weeks, *Sexuality and Its Discontents,* Londres, Routledge, 1985, página 213. [Trad. esp.: *La sexualidad y otros malestares,* Madrid, Talasa, 1992.]

[25] *Ibíd.*, pág. 219.

más excéntricas o no convencionales de sexualidad como la vanguardia, capaz de batir las ciudadelas de la ortodoxia hasta que se entregue. Finalmente, si se adopta el pluralismo sexual, éste debe ofrecer exactamente algo más que una especie de cosmopolitismo casual, particularmente si otros asuntos intrínsecos a la sexualidad, que incluyen la diferencia de los sexos y la ética de la pura relación, no son consignados.

He dicho que la sexualidad tiene actualmente para nosotros tanta importancia, no a causa de su significación para los sistemas de control de la modernidad, sino porque es un punto de conexión entre otros dos procesos: el secuestro de la experiencia y la transformación de la intimidad. La separación de la sexualidad respecto de la reproducción y la socialización de la reproducción —desarrolladas como modos de conducta, con toda su riqueza moral y con los desequilibrios de poder de los sexos— se ven sustituidas internamente por los órdenes referenciales de la modernidad. Al mismo tiempo que lo que acostumbraba ser "natural" se hace cada vez más socializado, en parte como resultado de una acción directa, los dominios de la actividad personal y de la interacción comienzan a verse fundamentalmente alterados. La sexualidad sirve como metáfora de estos cambios y es el foco de su expresión, particularmente en lo que concierne al proyecto reflexivo del ego.

El secuestro de la experiencia separa a los inviduos de algunos de los mayores puntos de referencia morales, que organizaron la vida social en las culturas premodernas. En estas culturas, las relaciones con la naturaleza y con la sucesión de las generaciones fueron coordinadas por formas tradicionales de práctica, y por códigos inspirados por la ética y por la religión. La extensión de sistemas internamente referenciales protege al individuo de las cuestiones molestas, suscitadas por los parámetros existenciales de la vida humana, pero deja sin respuesta estas cuestiones. La sexualidad, se podría decir, obtiene sus cualidades compulsivas, a la vez que su aura de excitación y peligro, del hecho de que nos pone en contacto con estos campos perdidos de la experiencia. Su éxtasis, o la promesa del mismo, tiene ecos de la "pasión ética" que el simbolismo transcendental acostumbraba a inspirar. Desde luego el erotismo cultivado, distinto de la sexualidad al servicio de la reproducción, ha ido asociado desde antiguo con la religiosidad.

LECTURA Y CULTURA SIN EGOÍSMOS
BIBLIOTECA
www.lecturasinegoismo.com

Conclusión

Pocos, como he dicho, leen ya a Reich o a Marcuse. Aunque sus visiones respectivas de un orden no represivo contienen una cierta belleza y está claro que estas visiones quedán simplemente relegadas al olvido. La sexualidad es un terreno fundamental de lucha política y también un medio de emancipación, exactamente como proclamaron los radical-sexuales. Una sociedad no represiva, como la que propugnan Marcuse y Reich, sería aquella en la que la sexualidad está liberada de la compulsividad. De esta forma, la emancipación presupone la autonomía de acción en un contexto de generalización de la sexualidad plástica. Está separada de la permisividad en la medida en que crea una ética de vida personal que hace posible una conjunción de felicidad, amor y respeto por otros.

Los radical-sexuales presuponían que sería necesario una doble revolución antes de que pudiéramos comenzar a contemplar este estado de cosas. La sociedad debería soportar un cataclismo absoluto y se haría necesaria también una gran cantidad de cambio psíquico. Aunque si, como ya he dicho, la represión sexual ha sido sobre todo asunto de secuestro social unido al poder de los papeles sexuales, las cosas pueden enfocarse de forma diferente. No tenemos necesidad de esperar en una revolución sociopolítica para elaborar programas de emancipación, ni tampoco esta revolución nos ayudaría mucho. Los procesos revolucionarios están ya activos en la infraestructura de la vida personal. La transformación de la intimidad fuerza el cambio psíquico, así como el cambio social y este cambio, de arriba abajo, puede ramificarse potencialmente a través de otras instituciones más públicas.

La emancipación sexual, creo, puede ser el medio de lograr una reorganización emocional de amplio espectro de la vida social. El significado concreto de emancipación en este contexto no es, sin embargo, como los radical-sexuales proponían, un conjunto sustantivo de cualidades psíquicas o formas de conducta. Es entendido más efectivamente de forma procedimental, como la posibilidad de la *democratización radical* de la vida de las personas. Quien dice emancipación sexual, a mi entender, dice democracia sexual. No sólo es la sexualidad lo que está en juego. La democratización de la vida personal, se extiende potencialmente también, de manera fundamental, a las relaciones de amistad, y nuclearmente, a las relaciones con padres, hijos y otros parientes.

CAPÍTULO X

La intimidad como democracia

La democratización de la esfera privada es hoy algo que no sólo está en proyecto, sino que constituye una cualidad implícita de toda la vida personal que viene introducida por la pura relación. El fomento de la democracia en el dominio público fue inicialmente un proyecto masculino en el que las mujeres participaban de forma casual, por mor de su propia lucha. La democratización de la vida personal es un proceso menos visible, en parte porque no sucede en la esfera pública, pero sus implicaciones son igualmente profundas. Se trata de un proceso en el que las mujeres han ejercido un papel de primera fila, aunque el resultado final de los beneficios logrados, incluso en la esfera pública, estén abiertos a todos.

EL SIGNIFICADO DE LA DEMOCRACIA

Hay que considerar previamente qué significa, o puede significar, la democracia en su sentido más ortodoxo. Hay un gran debate sobre los rasgos más específicos de la representación democrática, pero aquí no abordaré este tema. Si comparamos los diversos enfoques de la democracia política, como ha hecho David Held, veremos que la mayoría posee diversos elementos en común[1]. Todos están preocupados por consolidar "relaciones libres e iguales" entre los individuos, de forma que se consigan determinados resultados, a saber:

[1] Sigo estrechamente el pensamiento de Held en la primera parte de este capítulo: *Models of Democracy,* Cambridge, Polity, 1986. [Trad. esp.: *Modelos de democracia,* Madrid, Alianza, 1993.]

1. La creación de circunstancias en las que las personas puedan desarrollar sus potencialidades y expresar sus diversas cualidades. Un objetivo clave aquí es que cada individuo debe respetar las habilidades de los demás, así como su capacidad para aprender y fomentar sus aptitudes.
2. La protección respecto del uso arbitrario de la autoridad política y del poder coercitivo. Esto presupone que se pueden negociar las decisiones en cierto sentido, por aquellos a quienes afecta, incluso si estas son tomadas por parte de la mayoría para una minoría.
3. La implicación de los individuos en la determinación de las condiciones de su asociación. En este caso se presupone que los individuos aceptan el carácter razonado y auténtico de los juicios de los demás.
4. La expansión de las oportunidades económicas para desarrollar los recursos disponibles. Aquí se incluye la presuposición de que cuando los individuos se vean liberados de las cargas de la necesidad física serán más capaces de lograr sus propósitos.

La idea de autonomía une estas aspiraciones diversas. La autonomía es la capacidad de los individuos de reflexionar por sí mismos y de autodeterminarse: "deliberar, juzgar, elegir y actuar en diversos modos posibles de acción"[2]. La autonomía claramente, en este sentido, no puede desarrollarse, mientras los derechos y las obligaciones políticos estén estrechamente ligados a la tradición y a prerrogativas fijadas, basadas en cierto régimen de propiedad. Una vez disueltas éstas, sin embargo, se hizo posible y necesario un movimiento hacia la autonomía. Una preocupación intensa sobre el hecho de que los individuos puedan determinar y regular las condiciones de su asociación es una característica virtual de todas las interpretaciones de la democracia moderna. Las aspiraciones que componen la tendencia hacia la autonomía se pueden resumir en un principo general, el "principio de autonomía":

> Los individuos deben ser libres e iguales en la determinación de las condiciones de sus propias vidas; esto es, deben disfrutar de iguales derechos (y, consecuentemente, de obligaciones iguales) en la especificación del marco que genera y limita las oportunidades disponibles para los mismos, en tanto que no utilicen este marco para negar los derechos de los demás[3].

---

[2] *Ibíd.*, pág. 270.
[3] *Ibíd.*, pág. 271.

De aquí que la democracia implique no sólo el derecho al libre e igual autodesarrollo, sino también la limitación constitucional del poder (distributivo). La "libertad del fuerte" debe quedar restringida, cosa que no supone una negación de toda autoridad —esto sólo llega a ser así en el caso del anarquismo. La autoridad se justifica sólo en el grado en que reconoce el principio de autonomía. En otras palabras, en la medida en que se pueden dar razones defendibles, ahora o en el futuro, o en la medida en que la sumisión estimula la actividad, ahora o en el futuro. La autoridad constitucional puede ser entendida como un contrato implícito que equivale a un acuerdo que estipule unas condiciones de asociación explícitamente negociadas entre iguales.

¿Es bueno proponer un principio de autonomía sin decir algo sobre las condiciones de su realización? ¿Cuáles son esas condiciones? Una es que debe haber igualdad de influencia en las tomas de decisión —en la esfera política esto se expresa por el lema "un hombre un voto". Las preferencias que expresa cada individuo deben tener igual importancia, y estar sujetas en ciertos ejemplos a las cualificaciones que se hacen necesarias por la existencia de la autoridad legítima. Debe haber también una participación efectiva. Esto significa que hay que proporcionar a los individuos los medios para que se escuchen sus voces.

Hay que crear un foro de debate abierto. La democracia implica discusión, la posibilidad de que la "fuerza del mejor argumento" cuente frente a otros medios de tomar decisiones (entre los que son más importantes están las decisiones políticas). Un orden democrático proporciona acuerdos institucionales para la mediación, la negociación y el logro de compromisos, allí donde sea necesario. La conducta de la discusión abierta es en sí misma un medio de educación democrática: la participación en el debate con otros puede conducir al surgimiento de una ciudadanía más ilustrada. En cierto modo, esta consecuencia surge de una ampliación de los horizontes cognitivos individuales. Pero ello también deriva de un reconocimiento de la diversidad legítima —es decir, el pluralismo— y de la educación emocional. Un participante en el diálogo, políticamente formado, es capaz de canalizar sus emociones de un modo positivo: por razonar desde la convicción más que empeñarse en un pensamiento enfermo, o sumirse en polémicas o diatribas emocionales.

La responsabilidad pública es otra característica básica de una sociedad democrática. En todo sistema político, las decisiones deben ser tomadas frecuentemente en nombre de otros. El debate público es posible normalmente sólo respecto de ciertos asuntos o coyuntu-

ras particulares. Las decisiones tomadas, o las políticas forjadas, sin embargo, deben quedar abiertas al conocimiento público.

La responsabilidad no puede ser continua nunca, de ahí que con ella vaya aparejada la confianza. La confianza, que deriva de la responsabilidad y de la abertura, y también las protege, es una especie de hilo que recorre la totalidad del orden político democrático. Es un componente crucial de la legitimidad política. Institucionalizar el principio de autonomía implica especificar derechos y obligaciones, que deben ser sustantivos y no meramente formales. Los derechos especifican los privilegios que advienen con la pertenencia a la *politeia,* pero indican también los deberes que los individuos tienen *vis à vis* de los otros y del orden político en sí mismo. Los derechos son esencialmente formas de dar poder; son instrumentos de capacitación. Los deberes especifican el precio que hay que pagar por los derechos concedidos. En un orden político democrático, los derechos y los deberes se negocian y nunca pueden ser simplemente asumidos. A este respecto difieren decisivamente —por ejemplo— del medieval *droit du seigneur* u otros derechos establecidos, simplemente, en virtud de la posición social del individuo. Derechos y deberes deben hacerse focos de atención reflexiva continua.

La democracia —hay que insistir en ello— no requiere igualdad, como sus críticos han formulado frecuentemente. No es enemiga del pluralismo. Más bien, como se ha sugerido anteriormente, el principio de autonomía estimula la diferencia, e insiste en que la diferencia no debe ser castigada. La democracia es enemiga del privilegio. Los privilegios se definen como el mantenimiento de los derechos o posesiones a los que no hay acceso limpio e igual por parte de todos los miembros de la comunidad. Un orden democrático no implica un proceso genérico de "nivelación por abajo", en su lugar fomenta la elaboración de la individualidad.

Los ideales no son la realidad. En qué medida un orden político concreto puede desarrollar este marco plenamente es problemático. En este sentido se puede afirmar que hay elementos utópicos en estas ideas. Por otro lado, se debe decir que la tendencia característica de la evolución de las sociedades modernas apunta hacia su realización. El ingrediente utópico, en otras palabras, está contrapesado por un claro componente de realismo[4].

---

[4] Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity,* Cambridge, Polity, 1990, pág. 154-8. [Trad. esp.: *Consecuencias de la modernidad,* Madrid, Alianza, 1993.]

La posibilidad de la intimidad implica una promesa de democracia: he apuntado este tema en capítulos anteriores. (El lector puede releer las págs. 90-93.) El origen estructural de esta promesa es la emergencia de la pura relación, no sólo en el área de la sexualidad sino también en las relaciones entre padres e hijos y otras formas de parentesco y amistad. Podemos analizar el desarrollo de un marco ético para un orden democrático personal, que en las relaciones sexuales y otros dominios personales se conforma con un modelo de amor confluente.

Como en la esfera pública, la distancia entre ideales y realidad es considerable. En la arena de las relaciones heterosexuales en particular, como se ha indicado en capítulos iniciales, hay profundas tensiones. Las grandes diferencias, tanto psicológicas como económicas, que hay entre los sexos son patentes. Aunque el utopismo puede de nuevo quedar contrapesado por el realismo. Los cambios que han contribuido a transformar los contextos personales de acción ya están muy avanzados y tienden hacia la realización de las cualidades democráticas.

El principio de autonomía ofrece el hilo conductor y el componente sustantivo más importante de estos procesos. En el escenario de la vida personal, la autonomía es la realización feliz del proyecto reflexivo del yo personal, la condición para relacionarse con los demás de forma igualitaria. El proyecto reflexivo del yo debe desarrollarse de tal manera que permita una autonomía en relación con el pasado, cosa que —a su vez— permite una "colonización" del futuro. Así concebida, la autonomía permite ese respeto por las capacidades de los demás, que es nuclear en el orden democrático. El individuo autónomo es capaz de tratar a otros como tales y de reconocer que el desarrollo de sus capacidades separadas no es una amenaza. La autonomía ayuda también a crear los lazos personales que se necesitan para la administración exitosa de las relaciones. Estos límites son transgredidos siempre que una persona utiliza a otra como medio para dar salida a tendencias psicológicas arcaicas, o donde se fomente una compulsividad recíproca, como en el caso de la codependencia.

Las segundas y terceras condiciones de la democracia en la esfera pública arriba observada fomentan la democratización de la vida personal. Las relaciones violentas y abusivas son comunes en el terreno sexual y entre adultos y niños. La mayor parte de esta violencia

deriva de los hombres y se dirige hacia seres más débiles que ellos mismos. La prohibición de la violencia es de importancia básica para mantener el ideal emancipatorio de la democracia. Las influencias coercitivas en las relaciones, sin embargo, pueden asumir evidentemente formas distintas de la violencia física. Los individuos pueden ser proclives, por ejemplo, a cometer abusos verbales y emocionales respecto de los demás. El matrimonio, se dice, es un pobre sustitutivo del respeto. Evitar el abuso emocional es quizás el aspecto más difícil de la nivelación del poder en la relación; pero el principio rector es claramente el respeto de las opiniones y rasgos personales del otro.

> Sin respeto —como afirma una guía de la intimidad—, los oídos ensordecen, las actitudes se agrian, y posiblemente no se puede entender por qué se está viviendo con alguien tan incompetente, estúpido, informal, insensible, feo, desaliñado y maloliente... Es sorprendente que se haya elegido a un compañero de pareja de este jaez. Debía estar fuera de mí[5].

El axioma que define los ideales de la pura relación es "la implicación de los individuos en la determinación de las condiciones de su asociación". Esta frase expresa una primera diferencia entre el matrimonio tradicional y el actual y llega hasta el núcleo de las posibilidades democratizadoras de la transformación de la intimidad. Esto se aplica, desde luego, no exactamente sólo a la iniciación de una relación, sino a la reflexividad inherente a su prosecución o a su disolución. El criterio que hay que seguir no es justamente el respeto por el otro, sino el abrirse a esta persona. Un individuo cuyas intenciones reales se ocultan al compañero de pareja no puede poseer las cualidades que se necesitan para una definición cooperativa de las condiciones de la relación. Todos y cada uno de los textos terapéuticos sobre el tema de las relaciones demuestran por qué revelarse al otro —como medio de comunicación más que de descarga emocional— es una aspiración que vincula a una interacción democráticamente organizada.

Los derechos y las obligaciones, como he trado de mostrar, definen en cierta medida lo que es actualmente la intimidad. Ésta no debe ser entendida como una descripción interaccional, sino como un conjunto de prerrogativas y responsabilidades que establecen agendas de actividad práctica. La importancia de los derechos como medios de lograr la intimidad puede haber sido causada por la lucha

---

[5] C. Edward Crowther, *Intimacy. Strategies for Succesful Relationships,* Nueva York, Dell, 1988, pág. 45.

de las mujeres para lograr un status igual en el matrimonio. El derecho de las mujeres a iniciar el divorcio, por poner un ejemplo que parece sólo un hecho negativo, tiene actualmente un efecto equilibrador importante. Sus consecuencias niveladoras hacen algo más que posibilitar la huida de una relación opresiva, por importante que ésta sea. Éstas limitan la capacidad del esposo para imponer su férula y de ahí, contribuyen a la transmutación del poder coercitivo en una comunicación igualitaria.

No hay derechos sin obligaciones. Este precepto elemental de la democracia política se aplica también al reino de la pura relación. Los derechos ayudan a disolver el poder arbitrario sólo en la medida en que acarrean hacia el otro la responsabilidad de establecer un equilibrio entre privilegios y obligaciones. En las relaciones, como en otros ámbitos, las obligaciones deben ser tratadas como algo revisable a la luz de las negociaciones que se realizan entre los miembros de la pareja.

¿Qué se puede decir de la responsabilidad y de su relación con la autoridad? Ambas cosas, responsabilidad y autoridad —cuando existan en la pura relación—, están profundamente ligadas con la confianza. La confianza, sin responsabilidad es susceptible de hacerse unilateral; es decir, resbala hacia la dependencia; la responsabilidad sin confianza es imposible, porque significaría el escrutinio permanente de los motivos y acciones del otro. La confianza entraña que el otro la merezca —concederle un "crédito" que no requiere una inspección contable continua, pero que puede estar abierto a una inspección periódica si es necesario. El ser considerado digno de confianza por un compañero de pareja es ver reconocida la integridad personal; pero en un contexto igualitario esta integridad significa también revelar la razón que se tiene para las acciones, si se es requerido a ello y tener de hecho buenas razones para cada una de las acciones que afectan a la vida del otro.

La autoridad en las puras relaciones entre adultos existe como una "especialización" —cuando una persona ha desarrollado capacidades especiales que faltan al otro. Aquí, se puede hablar de autoridad sobre el otro en el mismo sentido que en las relaciones paterno filiales, especialmente donde hay hijos menores. ¿Puede ser democrática una relación entre padres e hijos jóvenes? Puede y debe, exactamente en el mismo sentido que en el orden político[6]. El niño tiene derecho a ser tratado de forma igual que el adulto. Las acciones que

---

[6] Allison James y Allan Prout, *Constructing and Reconstructing Childhood*, Basingstoke, Falmer, 1990. "El nuevo paradigma" que James y Prout sugieren para estudiar a la infancia se relaciona estrechamente con las ideas desarrolladas aquí.

no pueden ser negociadas directamente con un niño, porque él o ella son demasiado jóvenes para captar lo que eso entraña, deben ser capaces de justificación por la lógica de los hechos. Hay que asumir que se lograría un acuerdo y se mantendría la confianza, si el niño fuera suficientemente autónomo para desplegar argumentos sobre una base idéntica a la del adulto.

Mecanismos

En la esfera política, la democracia implica la creación de una constitución y, normalmente, un foro de debate público sobre asuntos políticos. ¿Cuáles son los mecanismos equivalentes en el contexto de la pura relación no convencional? En lo que concierne a las relaciones heterosexuales, el contrato matrimonial acostumbraba a ser una carta de derechos, que formalizaba la naturaleza "particular pero desigual" del vínculo. La atribución al matrimonio del papel de significante de compromiso, más que como determinante del mismo, altera radicalmente esta situación. Todas las relaciones, que se aproximan a la forma de las puras relaciones personales, mantienen un contrato implícito oscilante, al que pueden recurrir los cónyuges cuando se percibe que las situaciones son poco limpias u opresivas. El contrato oscilante es una herramienta constitucional subyacente, pero que también está abierta a la negociación, a la discusión abierta de los dos compañeros de pareja sobre la naturaleza de la relación.

Aquí mostramos un "catálogo de normas", trazado en un manual de autoayuda, encaminado a ayudar a las mujeres a desarrollar más satisfactoriamente las relaciones heterosexuales. La mujer, dice el autor, debería primero catalogar los problemas que se han suscitado en sus relaciones anteriores. Los que se deben a ella misma y los que se deben a las relaciones con sus anteriores compañeros de pareja. Ella debe compartir su libro de normas con su compañero de pareja, para desarrollar un conjunto de reglas convergentes:

Norma 1. Cuando trate de impresionar a un hombre que me gusta, hablando tanto acerca de mí misma que no le pregunte a él nada, dejaré de hacerlo y me limitaré a preguntarme si él me conviene.

Norma 2. Le expresaré mis sentimientos negativos tan pronto como sea consciente de ellos, antes de que se consoliden, aunque esto implique hacerle daño.

Norma 3. Trabajaré en cuidar mi relación con mi exesposo, cuidando de no considerarme como dañada y no hablaré de él, como si fuese la víctima y él fuese el verdugo.

Norma 4. Cuando mis sentimientos sean dañosos, le diré a mi compañero de pareja qué estoy sintiendo, antes que lloriquear, o hacer muecas, pretendiendo que no me preocupo o actuando como una niña pequeña.

Norma 5. Cuando me veo llenando vacíos (áreas muertas en la relación), me detendré y me preguntaré si mi compañero de pareja me ha dado últimamente mucho a mí. Si no lo ha hecho, le pediré lo que necesito en lugar de hacer las cosas mejor yo mismo.

Norma 6. Cuando me veo a mí misma dando un consejo que no se me ha pedido o tratando a mi compañero como a un niño, dejaré de hacerlo, tomaré aliento y permitiré que se dé cuenta de que está fuera de su alcance, a no ser que me pida ayuda[7].

Esta lista parece a primera vista, no sólo desconcertantemente simple, sino también potencialmente contraproducente. Establecer reglas por el mero hecho de hacerlo, como Wittgenstein puso de relieve, altera la naturaleza de las mismas. Hacer explícitas tales prescripciones —se diría— las despojaría de cualquier posibilidad de tener efectos positivos, ya que sólo con tales premisas, la relación puede desarrollarse armoniosamente. Aunque esta opinión, creo, podría hacernos no ver la realidad. El poder diferencial, sedimentado en la vida social no es susceptible de cambio si los individuos rechazan el examen reflexivo de su propia conducta y de sus justificaciones implícitas. Estas normas, sin embargo, por poco sofisticadas que parezcan, si se aplican con éxito, sitúan las acciones individuales fuera del juego inconscientemente organizado del poder. En principio, sirven para incrementar la autonomía, al mismo tiempo que requieren respeto con relación al otro.

Un contrato oscilante no desemboca en absolutos éticos. Éste deriva de una "lista de problemas específicos de la relación" donde había previamente "negativas". La persona en cuestión pensaba que se había visto enormemente preocupada por impresionar a los hombres en los que estaba interesada; tenía miedo de asustar a sus compañeros de pareja, revelándoles sus temores y necesidades, Tendía a actuar como madre suya. Una "constitución" de esta suerte, desde luego, sólo es democrática si se integra con los otros elementos arriba mencionados; debe reflejar un encuentro de personas autónomas e iguales.

---

[7] Barbara De Angelis, *Secrets About Men Every Woman Should Know,* Londres, Thorsons, 1990, pág. 274. [Trad. esp.: *Los secretos de los hombres que toda mujer debería saber,* Barcelona, Grijalbo, 1992.]

El imperativo de la comunicación abierta y libre es la *conditio sine qua non* de la pura relación. La relación es su propio forum. En este punto venimos a cerrar el ciclo. La autonomía, la ruptura de la compulsividad, es la condición para el diálogo abierto con el otro. Este diálogo, a su vez, es el medio de expresión de las necesidades individuales, así como el medio por el que la relación se organiza reflexivamente.

La democracia es aburrida, el sexo excitante —aunque quizás algunos podrían decir lo contrario— ¿cómo se aplican las normas democráticas a la experiencia sexual misma? Ésta es la esencia de la cuestión de la emancipación sexual. Esencialmente, estas normas separan la sexualidad del poder distributivo, sobre todo del poder del falo. La democratización implicada en la transformación de la intimidad incluye, aunque también lo transciende, el "pluralismo radical". No hay límites a la actividad sexual, salvo las incluidas en el principio de la autonomía y las establecidas por las normas negociadas de la pura relación. La emancipación sexual consiste en integrar la sexualidad plástica con el proyecto reflexivo del ego personal. Así, por ejemplo, ninguna prohibición se refiere necesariamente a la sexualidad episódica, mientras se admita en todo el principio de autonomía y otras normas democráticas asociadas. Por otro lado, cuando la sexualidad se utiliza como un modo de dominación explotadora, subrepticia o claramente, o cuando exprese una compulsividad, permanece al margen del ideal emancipatorio.

La democracia política implica que los individuos tienen recursos suficientes para participar autónomamente en el proceso democrático. Lo mismo rige en el dominio de la pura relación personal. Como sucede en el orden político, es importante evitar el reduccionismo económico. Las aspiraciones democráticas no significan necesariamente igualdad de recursos, aunque tienden claramente en esta dirección. Ellas implican la inclusión de los recursos dentro de la carta de derechos negociados reflexivamente, como una parte de la relación. La importancia de este precepto dentro de las relaciones heterosexuales es muy clara, dado el desequilibrio de los recursos económicos disponibles para hombres y mujeres y en las responsabilidades relativas al cuidado de los hijos y del trabajo doméstico. El modelo democrático presupone igualdad en estas áreas; el objetivo, sin embargo, no debe ser necesariamente la paridad completa, sino un acuerdo equitativo negociado, de acuerdo con el principio de autonomía. Debe negociarse un cierto equilibrio de tareas y recompensas que cada uno juzgue aceptables. Se podría establecer una división del trabajo, pero que no sea la heredada del pasado ni esté basada sobre criterios preestablecidos o impuestos por recursos económicos desiguales, que pesan sobre la relación.

Hay condiciones estructurales en el resto de la sociedad que penetran hasta el núcleo de las puras relaciones; a la inversa, la forma en que se ordenan las relaciones tiene consecuencias sobre todo el orden social. La democratización en el dominio público, no sólo en el nivel de la nación-Estado, proporciona condiciones esenciales para la democratización de las relaciones personales. Pero también podría aplicarse al contrario. El avance de la autonomía en el contexto de las puras relaciones personales es rico en implicaciones para la práctica democrática en la comunidad mayor.

Existe una simetría entre la democratización de la vida personal y las posibilidades democráticas en el orden político global en el nivel más extenso. Considérese la distinción entre la negociación posicional y la negociación según principios, prominente en el análisis de estrategias y conflictos globales de hoy. En la negociación posicional —que puede equipararse con una relación personal en la que falte la intimidad— cada uno de los lados viene a la negociación asumiendo una postura extrema. Por medio de amenazas mutuas y el desgaste, uno y otro lado se extenúan y se logra un resultado, cuando el proceso de negociación no se ha visto roto totalmente. Las relaciones globales, organizadas de una manera más democrática, derivarían hacia una negociación de acuerdo según principios. Aquí, la interacción de las partes comienza por un intento de descubrir las preocupaciones e intereses subyacentes, definiendo una gama de opciones posibles antes de precisar y eliminar algunas. El problema que hay que resolver queda exento del antagonismo hacia el otro, de forma que es posible ser firme en lo que concierne a la sustancia de la negociación, mientras se apoya y se respeta a la otra parte. En resumen, como sucede en la esfera personal, las diferencias pueden ser un medio de comunicación.

SEXUALIDAD, EMANCIPACIÓN, POLÍTICA DE VIDA

Nadie sabe si se desarrollará en un nivel global un marco de instituciones democráticas o si, por el contrario, la política mundial derivará hacia una destructividad que pueda amenazar todo el planeta. Nadie sabe si las relaciones sexuales se convertirán en un desierto de uniones no permanentes, marcado tanto por una antipatía emocional como por el amor, y señaladas por la violencia. Hay buenas razones para el optimismo en cada caso, pero en una cultura que ha abandonado el providencialismo, el futuro debe ser elaborado sobre un sustrato de riesgo conocido. La naturaleza abierta del proyecto global de la modernidad tiene un correlato real en el resultado in-

cierto de los experimentos sociales cotidianos que son el tema de este libro.

Lo que se puede decir con certeza es que la democracia no es suficiente. La política de emancipación es una política de sistemas internamente referenciales de la modernidad. Está orientada al control del poder distributivo y no puede enfrentarse con el poder en su aspecto generativo. Deja a un lado la mayor parte de las cuestiones que plantea el secuestro de la experiencia. La sexualidad tiene la enorme importancia que muestra en la civilización moderna, porque es un punto de contacto con todo aquello a lo que se ha renunciado por la seguridad técnica que la vida cotidiana ofrece. Su asociación con la muerte ha venido a ser para nosotros tan sorprendente y casi tan impensable como evidente su implicación con la vida. La sexualidad se ha visto aprisionada dentro de una búsqueda de la identidad que la actividad sexual misma puede proporcionar sólo momentáneamente. "Apoya tu cabeza durmiente, mi amor /sobre mi brazo sin fe." Gran parte de la sexualidad es amor frustrado, predestinado infinitamente a buscar diferencias en la mismidad de la anatomía y de la respuesta física.

En la tensión entre la privatización de la pasión y la saturación del dominio público por la sexualidad, así como en algunos de los conflictos que dividen hoy a hombres y mujeres, podemos columbrar nuevos proyectos políticos. Particularmente, en lo que concierne a los papeles sociales de los sexos, la sexualidad ha suscitado determinadas políticas del ámbito personal, una frase malentendida siempre, si se la relaciona sólo con la emancipación. Lo que definiríamos más bien en términos de política de la vida[8] es una política de estilo de vida, que actúa en el contexto de la reflexividad institucional. Está preocupada no por "politizar", en el sentido más estricto del término, las decisiones sobre el estilo de vida, sino por remoralizarlas. Dicho con mayor precisión: se trata de que emerjan a la superficie los atisbos morales y existenciales rechazados de la vida cotidiana por el secuestro de la experiencia. Se trata de temas que amalgaman filosofías abstractas, ideas éticas y preocupaciones muy prácticas.

El campo de la política de la vida contiene un número de asuntos parcialmente diversos. Uno es el de la identidad en cuanto tal. En la medida en que se focaliza sobre un periodo de la vida, considerado como un sistema internamente referencial, el proyecto reflexivo del ego se orienta sólo al control. No hay moralidad que sea distinta de la autenticidad. Una versión moderna de la vieja máxima podría

---

[8] Anthony Giddens, *Modernity and Self-Identity,* Cambridge, Polity, 1991, cap. 7.

ser: "sé sincero contigo mismo". Hoy, sin embargo, dada la caducidad de la tradición, la pregunta ¿quién soy yo? queda sustituida por la de "¿cómo viviré?" Aquí se presentan muchas cuestiones, pero en lo que concierne a la sexualidad la más obvia es la que concierne a la identidad sexual.

Cuanto mayor es el nivel de igualdad logrado entre los sexos, se puede pensar que la mayoría de formas preexistentes de masculinidad y femineidad son susceptibles de converger en un modelo andrógino. Esto puede ser o no ser así, dada la reviviscencia de la diferencia en las políticas sexuales actuales, pero en cualquier caso esta expresión estará vacía de significado, a no ser que tratemos de especificar el contenido de la misma, asunto en el que hay que decidir acerca de unos valores. Los dilemas que se suscitan quedaban ocultos mientras la identidad sexual aparecía estructurada en términos de diferencia sexual. Un código binario de varones y mujeres, que no admite virtualmente instancias intermedias, se adhirió a los papeles sociales del sexo, como si fuesen lo mismo.

Las atribuciones de los papeles sexuales se hacían de la siguiente forma:

1. Cada individuo asumía su condición de varón o de mujer, sin rol "intermedio".
2. Las características físicas y los rasgos de conducta de los individuos eran interpretados como masculinos o femeninos, de acuerdo con un esquema definitorio de los papeles sexuales.
3. Las reglas de los sexos fueron sopesadas rutinariamente y fijadas dentro de los límites de conducta permisibles, establecidos socialmente para los sexos.
4. Las diferencias de los papeles sociales así constituidos y reconstituidos fueron aplicadas a la concretización de las identidades sexuales, con elementos filtrados, de "roles sexuales cruzados".
5. Los actores controlaban su propia apariencia y conducta, en concordancia con una identidad sexual "naturalmente dada"[9].

La fuerza con la que estas influencias son sentidas todavía queda de manifiesto en el hecho de que el travestismo masculino es comúnmente estigmatizado, aun cuando ya no se contemple en la literatura psiquiátrica como una perversión. Más interesante, porque tiene ma-

---

[9] Holly Devor, *Gender Bending. Confronting the Limits of Duality*, Bloomington, Indiana University Press, 1989, págs. 147-9.

yor ambigüedad, es el caso de las mujeres que tienen o cultivan la apariencia de masculinidad. Las normas corrientes de apariencia, conducta y vestido en las sociedades modernas permiten a las mujeres mantener una semejanza con los hombres, mayor que la normalmente tolerada en otros paradigmas de antaño. No obstante, el dualismo tiende a quedar reforzado: si una persona no es "realmente" un hombre, deberá ser una mujer. Las mujeres que rechazan aparecer como femeninas se ven constantemente hostigadas.

> No llevaré vestidos ni usaré maquillaje, ni llevaré bolso ni actuaré de forma femenina. Mi amigo me ha dicho que ésta es la razón por la que soy molestada por la gente y sé que así es. Pero rechazo hacer esto. No me sentiría cómoda usando vestidos. No podría sentarme como me estoy sentando ahora. Igual que has logrado recorrer cierto camino. Y el maquillaje parece un perjuicio sangriento[10].

Una combinación del poder desequilibrado de los papeles sexuales y de las disposiciones psicológicas que conlleva, mantiene en su lugar el dualismo de las divisiones sexuales con mucha firmeza; pero en principio, los asuntos pueden organizarse de diferente modo. En la medida en que la anatomía deja de ser un destino, la identidad sexual se hace cada vez más un estilo de vida. Las diferencias sexuales continuaran, al menos en el futuro próximo, ligadas a las mecánicas de la reproducción de las especies; pero ya no hay razón para que se conformen con una clara ruptura en la conductas y las actitudes. La identidad sexual puede formarse por diversas configuraciones de rasgos que relacionan la apariencia y la conducta. La cuestión de la androginia debe plantearse en términos de lo que podría justificarse como una conducta deseable y nada más.

El asunto de la identidad sexual es una cuestión que exige un debate prolongado. Parece muy probable, sin embargo, el que un elemento pueda ser lo que John Stoltenberg, ha llamado "el rechazo de ser un hombre"[11]. El rechazo de la masculinidad no equivale a abrazar la femineidad. Resulta de nuevo una tarea de construcción ética, el relacionar, no sólo la identidad sexual, sino una identidad más amplia, con la preocupación moral de la solicitud por los demás. El pene existe, el sexo masculino es sólo el falo, el centro de la mismidad en la masculinidad. La idea de que hay creencias y acciones que son correctas para un hombre y erróneas para una mujer, o vice-

---

[10] *Ibíd.*, pág. 128.
[11] John Stoltenberg, *Refusing to be a Man*, Londres, Fontana, 1990.

versa, puede perecer con la progresiva mengua del falo al convertirse en pene.

Con el desarrollo de las sociedades modernas, el control de los mundos natural y social, el dominio del macho, se concentró en la "razón". Justamente cuando la razón, guiada por la investigación disciplinada, se desvió de la tradición y del dogma, también lo hizo de la emoción. Como ya he dicho, esto suponía no tanto un proceso psicológico masivo de represión, cuanto una división institucional entre razón y emoción; una división que correspondía estrechamente a las líneas de los papeles sociológicos de cada sexo. La identificación de las mujeres con la sinrazón, bien en serio (locura) o en una forma aparentemente de menos consecuencias (mujeres como criaturas caprichosas), las convirtió en abanderadas emocionales. La emoción, y todas las formas de relación social inspiradas por ella —el amor y el odio— vino a ser considerada como refractaria a las consideraciones morales. La razón ha cortado con la ética a causa de la dificultad de encontrar argumentos empíricos para justificar las convicciones morales. Esto es así, sin embargo, porque los juicios morales y los sentimientos emocionales vienen a ser considerados como antitéticos. Se necesitan pocos esfuerzos para ver cuán ajenos son la locura y el capricho a los imperativos morales.

Freud redescubrió la emoción a través de sus interpretaciones de la psicología femenina, pero su pensamiento permaneció atado a los dictados de la razón, a pesar de lo mucho que según él el conocimiento dependía de las fuerzas subterráneas del inconsciente: "nada molesta los sentimientos... tanto como el pensamiento". La emoción es el otro lado de la razón, con el incremento de su poder causal. Ninguna conexión se hace entre la emoción y la ética, acaso porque ambas han quedado relegadas. La frase: "donde estuvo el id allí estará el ego" sugiere que la esfera de lo racional puede expandirse sustancialmente. Si existen imperativos éticos, por tanto, habrá que encontrarlos en el dominio público. Pero se prueba difícil demostrar su validez y permanecen vulnerables al poder.

El amor apasionado fue originariamente una entre otras pasiones; su interpretación estaba muy influida por la religión. La mayor parte de las disposiciones emocionales pueden ser pasiones, pero en la sociedad moderna la pasión se ve reducida al reino del sexo y una vez así queda más y más ensordecida en su expresión. La pasión se admite hoy sólo con renuencia y reservas, incluso en lo que concierne a la misma conducta sexual, en parte porque su papel como "fuerza compulsiva" se ha visto sustituido por la adicción.

No hay espacio para la pasión en los esquemas rutinarios que nos proporcionan seguridad en la vida social moderna. No obstante,

¿quién puede vivir sin pasión, si ella es el poder motivacional de la convicción? La emoción y la motivación están estrechamente conectadas. Hoy pensamos que la motivación es "racional" —como se ve en la prosecución compulsiva del beneficio por parte del empresario, por ejemplo— pero si la emoción es totalmente resistente a la valoración racional y al juicio ético, los motivos nunca pueden ser evaluados, salvo como medios para fines o en términos de consecuencias. Esto es lo que Weber vio al interpretar los motivos de los primeros industriales, imbuidos —según él— energéticamente por la convicción religiosa. Sin embargo, creyó evidente, e incluso lo elevó al estatuto epistemológico, lo que es distintivamente problemático en lo que concierne a la modernidad: la imposibilidad de evaluar la emoción.

Visto como un asunto político, el problema de las emociones no es el de recuperar la pasión, sino desarrollar líneas directrices éticas para la valoración o justificación de la convicción. El terapeuta dice: "mantente en contacto con tus sentimientos". Aunque, a este respecto, la terapia está en connivencia con la modernidad. El imperativo subyacente sería "evalúa tus sentimientos", y una demanda tal no puede ser asunto sólo de un informe psicológico. Las emociones no son juicios, sino una conducta disposicional estimulada por respuestas emocionales. Evaluar los sentimientos equivale a preguntarse por los criterios que inspiran los términos en los que se formulan tales juicios.

La emoción se convierte en un asunto político de numerosas formas con los procesos recientes de la modernidad. La emoción, como medio de comunicación, como compromiso y cooperación con los demás, resulta especialmente importante en el reino del sexo. El modelo del amor confluente implica la existencia de un marco ético para el fomento de una emoción no destructiva en la conducta individual y en la vida comunitaria. Proporciona la posibilidad de revitalización de lo erótico —no como una habilidad de las mujeres impuras, sino como una cualidad genérica de la sexualidad en las relaciones sociales, formada por las atenciones mutuas y no por un poder desigual. El erotismo es el cultivo del sentimiento, expresado por la sensación corporal, en un contexto de comunicación; un arte de dar y recibir placer. Escindido del poder diferencial, puede hacer revivir las cualidades estéticas de las que habla Marcuse.

Así definido lo erótico se opone a todas las formas de instrumentalidad emocional en las relaciones sexuales. El erotismo es la sexualidad reintegrada en una gama amplia de objetivos emocionales, entre los que la comunicación es lo supremo. Desde el punto de vista del realismo utópico, el erotismo resulta del triunfo de la voluntad que, desde Sade hasta Bataille, parece afirmarse. Si lo interpretamos

no como una diagnosis, sino como una crítica, como he advertido anteriormente, el universo de Sade es una antiutopía que excluye la posibilidad de su opuesto.

La sexualidad y la reproducción se estructuraban mutuamente en el pasado. Hasta que se socializó totalmente, la reproducción fue extrínseca a la actividad social, en cuanto fenómeno biológico. Organizaba el parentesco y era organizado por ella y unía la vida del individuo con la sucesión de las generaciones. Cuando estaba directamente relacionada con la reproducción, la sexualidad era un medio de transcendencia. La actividad sexual estableció un lazo con la finitud del individuo y era portadora, a la vez, de la promesa de su irrelevancia. Vista en relación con el ciclo de las generaciones, la vida individual aparecía como parte de un orden simbólico más general. La sexualidad refleja todavía un eco de transcendencia. Incluso si fuera así, también aparece rodeada con un aura de nostalgia y desilusión. Una civilización adicta al sexo es una sociedad en la que la muerte ha perdido significado. La política de la vida implica en este punto una renovación de la espiritualidad. Desde este punto de vista, la sexualidad no es la antítesis de una civilización dedicada al crecimiento económico y al control técnico, sino la encarnación de su fracaso.

Colección Teorema

Colección Teorema

Serie mayor

TÍTULOS PUBLICADOS

ABERCROMBIE, N. y otros, *Diccionario de Sociología*, 2.ª ed.
ACERO, J. J.; BUSTOS, E.; QUESADA, D., *Introducción a la filosofía del lenguaje*, 4.ª ed.
ANGUERA, María Teresa, *Metodología de la observación en las ciencias humanas*, 6.ª ed.
AYALA, Francisco, *Introducción a las Ciencias Sociales*, 2.ª ed.
BARNES, Jonathan, *Los presocráticos.*
BAUDRILLARD, Jean, *De la seducción*, 6.ª ed.
COLAIZZI, Giulia, *Feminismo y teoría del discurso.*
CRARY, Jonathan Y KWINTER, Sanford, (eds.), *Incorporaciones.*
DERRIDA, Jacques, *Márgenes de la filosofía*, 2.ª ed.
EVANS-PRITCHARD, Edward, *Historia del pensamiento antropológico.*
GIDDENS, Anthony, *La transformación de la intimidad*, 2.ª ed.
GIDDENS, Anthony, *Más allá de la izquierda y la derecha.*
GILBERT, Paul, *Terrorismo, nacionalismo, pacificación.*
GUISÁN, Esperanza, *Introducción a la ética.*
HAACK, Susan, *La filosofía de las lógicas*, 2.ª ed.
HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos*, 3.ª ed.
KOLAKOWSKI, Leszek, *La presencia del mito.*
KRISTEVA, Julia, *Las nuevas enfermedades del alma.*
KUTSCHERA, Franz von, *Fundamentos de ética.*
LECHTE, John, *50 pensadores contemporáneos esenciales*, 2.ª ed.
LYOTARD, Jean-François, *La condición postmoderna*, 5.ª ed.
MACEY, David, *Las vidas de Michel Foucault.*
MAGEE, Bryan, *Los grandes filósofos*, 2.ª ed.
MAGEE, Bryan, *Schopenhauer.*
MAN, Paul de, *La ideología estética.*
MIETHE, Terry y FLEW, Anthony, *¿Existe Dios?*
MORIN, Edgar, *El Método. La naturaleza de la naturaleza*, 4.ª ed.
MORIN, Edgar, *El Método. La vida de la vida*, 3.ª ed.
MORIN, Edgar, *El Método. El conocimiento del conocimiento*, 2.ª ed.
MORIN, Edgar, *El Método. Las ideas.*
PRIEST, Stephen, *Teorías y filosofías de la mente.*
RORTY, Richard, *La filosofía y el espejo de la Naturaleza*, 3.ª ed.

ROSNAY, Joël de, *El hombre simbiótico.* Miradas sobre el tercer milenio.
RUSE, Michael, *La homosexualidad.*
SANTAYANA, George, *Interpretaciones de poesía y religión.*
SCHARFSTEIN, Ben-Ami, *Los filósofos y sus vidas.* Para una historia psicológica de la filosofía, 2.ª ed.
SCHNÄDELBACH, Herbert, *Filosofía en Alemania, 1831-1933.*
SEARLE, John, *Actos de habla,* 4.ª ed.
SERRES, Michel (ed.), *Historia de las Ciencias.*
URMSON, J. O., *Enciclopedia concisa de filosofía y filósofos,* 3.ª ed.
WITTGENSTEIN, Ludwig, *Ocasiones filosóficas, 1912-1951.*

Colección Teorema

Serie menor

TÍTULOS PUBLICADOS

ADORNO, Theodor, *Sobre Walter Benjamin.*
AJDUKIEWICZ, Kazimierz, *Introducción a la filosofía.* Epistemología y metafísica (3.ª ed.).
BADIOU, Alain, *Manifiesto por la filosofía.*
BARNES, Jonathan, *Aristóteles* (2.ª ed.).
BARTHES, Roland, *Sade, Fourier, Loyola.*
BARTLEY III, William W., *Wittgenstein* (3.ª ed.).
BEARDSLEY, Monroe C.; HOSPERS, John, *Estética.* Historia y fundamentos (11.ª ed.).
BENNINGTON, Geoffrey y DERRIDA, Jacques, *Jacques Derrida.*
BLACK, Max, *Inducción y probabilidad* (2.ª ed).
BOBBIO, Norberto, *El tercero ausente.*
BODEN, Margaret, *Piaget* (2.ª ed.).
BOOLE, George, *El análisis matemático de la lógica* (2.ª ed.).
BRETON, Philippe, *Historia y crítica de la informática.*
BUBNER, Rüdiger, *La filosofía alemana contemporánea* (2.ª ed.).
CAMPBELL, Tom, *Siete teorías de la sociedad* (4.ª ed.).
CHRISTEN, Ives, *El hombre biocultural.*
COULON, Alain, *La etnometodología.*
DELEUZE, Gilles, *El bergsonismo* (2.ª ed.).
—, *La filosofía crítica de Kant.*
DESCOMBES, Vincent, *Lo mismo y lo otro.* Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978) (2.ª ed.).
FERNÁNDEZ-MARTORELL, Mercedes, *Antropología de la convivencia.*
FEYERABEND, Paul K., *Diálogo sobre el método.*
—, *Diálogos del conocimiento.*
FINNIS, J.; JARVIS, J.; TOOLEY, M. y WERTHEIMER, R.; *Debate sobre el aborto.* Cinco ensayos de filosofía moral (2.ª ed.).
FODOR, Jerry, *La explicación psicológica* (2.ª ed.).
GADAMER, Hans Georg, *La Dialéctica de Hegel* (4.ª ed.).
GARDNER, Martin, *Comunicación extraterrestre* y otros pasatiempos matemáticos (2.ª ed.).
GIDDENS, A. y otros, *Habermas y la modernidad* (3.ª ed.).
GUÉRY, François; DELEULE, Didier y OSMO, Pierre, *Comentario de textos de filosofía* (2.ª ed.).
HARTNACK, Justus, *Breve historia de la filosofía* (13.ª ed.).
—, *La teoría del conocimiento de Kant* (8.ª ed.).

KENNY, Anthony, *Introducción a Frege.*
KOLAKOWSKI, Leszek, *La filosofía positivista* (3.ª ed.).
LAKOFF, George y JOHNSON, Marc, *Metáforas de la vida cotidiana* (2.ª ed.).
LEVINAS, Emmanuel, *Dios, la muerte y el tiempo.*
LÉVI-STRAUSS, Claude, *Raza y cultura* (2.ª ed.).
L YOTARD, Jean-François, *Peregrinaciones.*
MAYNARD SMITH, John, *Los problemas de la biología.*
MURE, G. R. G., *La filosofía de Hegel* (2.ª ed.).
NIDDITCH, P. H., *El desarrollo de la lógica matemática* (5.ª ed.).
PARKER, Barry, *El sueño de Einstein* (2.ª ed.).
PAULOS, John A., *Pienso, luego río* (3.ª ed.).
PUTNAM, Hilary, *Cómo renovar la filosofía.*
RICOEUR, Paul, *El discurso de la acción* (2.ª ed.).
ROSS, David, *La teoría de las ideas de Platón* (4.ª ed.).
RUSE, Michael, *Sociobiología* (2.ª ed.).
RUSSELL, Bertrand, *El credo del hombre libre y otros ensayos.*
—, *Sociedad humana: Ética y política* (4.ª ed.).
SEARLE, John, *Mentes, cerebros y ciencia* (3.ª ed.).
SERRES, Michel, *Atlas.*
SMULLYAN, Raymond, *5.000 años a. de C. y otras fantasías filosóficas* (2.ª ed.).
—, *Alicia en el país de las adivinanzas.* Un cuento al estilo de Lewis Carrol para niños de menos de ochenta años (5.ª ed.).
—, *¿Cómo se llama este libro?* El enigma de Drácula y otros pasatiempos lógicos (12.ª ed.).
—, *La dama o el tigre* y otros pasatiempos lógicos (5.ª ed.).
STEVENSON, Leslie, *Siete teorías de la naturaleza humana* (20.ª ed.).
STOVE, David, *El culto a Platón.*
VATTIMO, G.; ROVATTI, P. A. (eds.), *El pensamiento débil* (3.ª ed.).
VIRILIO, Paul, *El cibermundo, la política de lo peor.*
WEINBERG, Julius, *Breve historia de la filosofía medieval.*
WILLIAMS, Bernard, *Descartes.* El proyecto de la investigación pura.
—, *Introducción a la ética* (3.ª ed.).
WOLF, Mauro, *Sociologías de la vida cotidiana* (3.ª ed.).
WOODCOCK, Alexander y DAVIS, Monte, *Teoría de las catástrofes* (3.ª ed.).
ZAMBRANO, María, *El pensamiento vivo de Séneca* (2.ª ed.).

REVOLUCIÓN sexual, una expresión evocadora, pero ¿qué significado tiene en la actualidad? ¿Cómo surge y qué relación tiene con los cambios que han afectado a la vida personal en un plano más general? Anthony Giddens discute muchas de las interpretaciones dominantes del papel de la sexualidad en la cultura moderna. La emergencia de lo que Giddens denomina sexualidad plástica —sexualidad liberada de su relación intrínseca con la reproducción— es analizada en términos de desarrollo a largo plazo del orden social moderno y de las influencias sociales de las últimas décadas. Giddens argumenta que la transformación de la intimidad, en la que las mujeres han desempeñado la función más destacada, encierra la posibilidad de una democratización radical de la esfera personal.

Una poderosa y a menudo provocativa teoría de cómo la sexualidad y los papeles sociales de los sexos se están transformando.

0112044

ISBN 84-376-1324-8

9 788437 613246

Colección TEOREMA
serie mayor